

J. HERCULANO
PIRES

EDUCACIÓN

para la

MUERTE



Datos de Copyright

Sobre la obra:

La presente obra es puesta a disposición por el equipo de *ebook espirita* con el objetivo de ofrecer contenido para uso parcial en investigaciones y estudios, así como una simple prueba de la calidad del trabajo, con el propósito exclusivo de compra futura.

Queda expresamente prohibida y totalmente reprobable la venta, alquiler o cualquier uso comercial de este contenido.

Sobre nosotros:

El *ebook espirita* pone a disposición contenidos de dominio público y propiedad intelectual de forma totalmente gratuita, ya que considera que el conocimiento y la educación espírita deben ser accesibles y gratuitos para todos y cada uno. Puede encontrar más obras en nuestro sitio web www.ebookespirita.org



www.ebookespirita.org

EDUCACIÓN PARA LA MUERTE

J. Herculano Pires

Contenido resumido

Para los materialistas, el título “Educación para la Muerte” significa “Educación para la Nada”. Sin embargo, para aquel, que entrevé la inmortalidad del alma, Este título se torna grandioso, pues comprende que la muerte solo es el término de una experiencia material y el retorno a la vida libre del Espíritu.

En esta obra Herculano nos demuestra que el ser humano debería ser educado, no solo para esta vida actual, sino también prepararse, a través del perfeccionamiento intelectual y moral, para las próximas existencias, que se alternan en el mundo espiritual y en el mundo material, dentro del largo proceso evolutivo a que están vinculados todos los seres del universo.

ÍNDICE

Obra y Autor	4
1 Educación para la Muerte.....	5
2 Concepto actual de la Muerte.....	11
3 Los Vivos y los Muertos	20
4 La Extinción de la Vida.....	27
5 Los Medios de Fuga.....	33
6 La Heróica Cachetada	39
7 Inquietudes Primaverales	46
8 La Escalera de Jacob	52
9 Jóvenes y Maduros.....	58
10 La Eterna Juventud.....	64
11 El Acto Educativo	69
12 El Mandamiento Difícil.....	77
13 La Consciencia de la Muerte	83
14 Dialéctica de la Consciencia.....	89
15 Espias y Golpeadores	95
16 Los Amantes de la Muerte	101
17 Los Voluntarios de la Muerte.....	107
18 Psicología de la Muerte.....	113
19 Los Muertos Resucitan.....	120



Obra y Autor

Herculano Pires desencarnó el 9 de marzo de 1979, en su residencia en Sao Paulo. El corazón se negó a seguir funcionando, abriéndole al filósofo del Espiritismo las puertas del Nuevo Mundo Viejo. Sí, nuevo y viejo al mismo tiempo, como afirma aquí, en esta obra, resaltando, sin embargo, que lo viejo no significa roto, carcomido, sino pre-existente, anterior, real. Y Herculano se sumergió profundamente en este nuevo mundo, la inmersión de quien se hubiera auto-educado durante más de seis décadas hacia la realidad dialéctica de la muerte. Sería reconquistar todas las prerrogativas del Espíritu, perdidas al renacer en el cuerpo humano.

Un poco antes, sin embargo, que el sol de la vida somática bajase otra vez en el horizonte de la experiencia terrenal, Herculano revisó los conceptos humanos de la muerte, llegando a la conclusión de que la fuga de la muerte, tantas y tantas veces repetida por el hombre, significaba la fuga de la propia vida. Por esto, en vísperas de iniciar el gran viaje, en la tranquilidad silenciosa de sus pródigas madrugadas, gustosamente insomnes, el filósofo leal a Kardec reunió las experiencias, positivas o frustradas, de la cultura humana para afirmar la necesidad de que se instituya en la Tierra la *Educación para la Muerte*.

El hombre nace y le enseñan la educación para la vida. No obstante, la muerte es la certeza-negada, omitiéndola siempre que fuera posible, pintándola con los colores del vacío misterioso. Por esto, no habrá vida plena ni muerte tranquila. Todo se resume en un vivir con sobresaltos que las mismas religiones alimentan.

Por lo tanto, al conmemorar la ocasión del 5º aniversario de la muerte de Herculano Pires, *Ediciones Correo Fraternal* entrega esta *Educación para la Muerte*, con la certeza de que con él el lector tendrá la oportunidad de revisar sus caminos de la vida; la verdadera, claro.

Wilson García

1

Educación para la Muerte

Voy a acostarme para dormir. Mas puedo morir durante el sueño. Estoy bien, no tengo ningún motivo especial para pensar en la muerte en este momento. Ni para desearla. Mas la muerte no es una opción, ni una posibilidad. Es una certeza. Cuando el Jurado de Atenas condenó a Sócrates a la muerte al contrario de premiarlo, su mujer corrió afligida hacia la prisión, gritándole: “Sócrates, los jueces te condenaron a la muerte”. El filósofo respondió calmadamente: “Ellos también ya están condenados”. La mujer insistió en su desespero: “Mas es una sentencia injusta!” Y él le preguntó: “Preferirías que fuese justa?” La serenidad de Sócrates era el producto de un proceso educacional: la Educación para la Muerte. Es curioso señalar que en nuestro tiempo solo nos preocupamos de la Educación para la Vida. Nos olvidamos de que vivimos para morir. La muerte es nuestro fin inevitable. Mientras tanto, llegamos generalmente a ella sin la menor preparación. Las religiones nos preparan, bien o mal, para la otra vida. Y después que morimos encomiendan nuestro cadáver a los dioses, como si él no fuese precisamente aquello que dejamos en la Tierra al morir, el fardo inútil que no sirve para más nada.

Quien primero se preocupó por la Psicología de la Muerte y de la Educación para la Muerte, en nuestro tiempo, fue Allan Kardec. El realizó una pesquisa psicológica ejemplar sobre el fenómeno de la muerte. Por años consecutivos habló al respecto con los espíritus de los muertos. Y, considerando al sueño como hermano o primo de la muerte, investigó también a los espíritus de personas vivas durante el sueño. Esto porque, según verificara, los que duermen salen del cuerpo durante el sueño. Algunos salen y no vuelven: mueren. Llegó, con anticipación de más de un siglo, a esta conclusión a que las ciencias actuales también llegaran, con la misma tranquilidad de Sócrates, a la conclusión de Victor Hugo: “Morir no es morir, sino solo mudarse”.

Las religiones podrían haber prestado un gran servicio a la Humanidad si hubiesen colocado el problema de la muerte en términos naturales. Mas, nacidas de la magia amamantadas por la mitología, solo hicieron complicar las cosas. La mudanza simple de que habló Victor Hugo se transformó, en las manos de los clérigos y teólogos, en un pasaje dantesco por la *selva selvaggia* de la Divina Comedia. En las civilizaciones agrarias y pastorales, gracias a su contacto permanente con los procesos naturales, la muerte era encarada sin complicaciones. Los rituales suntuosos, los ceremoniales y sacramentos surgieron con el desenvolvimiento de la civilización, en el zarpe de la imaginación creadora. La mudanza se revistió de exigencias antinaturales, complicándose con la burocracia de los pasaportes, las recomendaciones, el tránsito sombrío en la barca de Caronte, los procesos de juicios seguidos de condenaciones tenebrosas y así por delante. Más tarde, para satisfacer el deseo de sobre vivencia, surgió la monstruosa arquitectura de la muerte, con mausoleos, pirámides, momificaciones, que permitían la ilusión del cuerpo conservado y de la permanencia ficticia del muerto sobre la tierra y de los gusanos. Morir, ya no era morir, sino metamorfosearse, volverse momia en los sarcófagos o terror maléfico en los misterios de la noche. Las momias, por lo menos, tuvieron utilidad posterior, como vemos en la Historia de la Medicina, sirviendo para los efectos curadores del polvo de momia. Y cuando las momias se acabaron, no encontrándose ninguna para remedio, surgieron los fabricantes de momias falsas, que suplían la falta del polvo milagroso. Los muertos socorrían a los vivos en la forma encantada del polvo de pirimpimpim.

Mucho antes de Augusto Comte, los médicos habían descubierto que los vivos dependían siempre y cada vez más de la asistencia y del gobierno de los muertos. De todo este embrollo resultó el pavor a la muerte entre los mortales. Actualmente los antropólogos pueden constatar, entre los pueblos primitivos, la aceptación natural de la muerte. Entre las tribus salvajes de África, de Australia, de América y de las regiones árticas, los viejos son muertos a garrotazos o huyen hacia el descampado a fin de ser devorados por las fieras. El lobo u el oso que devora al

viejo y a la vieja expuestos voluntariamente al sacrificio será después abatido por los jóvenes cazadores que se alimentan de la carne del animal reforzada por los elementos vitales de los viejos sacrificados. Es un proceso generoso de intercambio en el cual los clanes y las tribus se revigorizan.

El mayor pavor de la muerte proviene de la idea de soledad y oscuridad. Mas los teólogos creyeron que esto era poco y oficializaron las leyendas remotas del Infierno, del Purgatorio y del Limbo, a las que no escapan ni siquiera los niños muertos sin bautizar. De tal manera se aumentaron los motivos del pavor a la muerte, que llegó a significar deshonor y vergüenza. Para los judíos, la muerte se tornó la propia impureza. Los túmulos y los cementerios fueran considerados impuros. Los cenotafios, túmulos vacíos contruidos en honor a los profetas, muestran bien esta aversión a la muerte. Cómo podrían ellos aceptar un Mesías que venía de Galilea de los Gentiles, donde el Palacio de Herodes fuera construido sobre tierra de cementerios? Cómo aceptar a este Mesías que murió en la cruz, vencido por los romanos impuros, que arrancara a Lázaro de la sepultura (ya hediondo) y lo hiciera su compañero en las lides sagradas del mesianismo?

Aún en nuestros días el respeto a los muertos está envuelto en una forma velada de repulsión y deprecio. La muerte transforma al hombre en cadáver, lo tacha del número de los vivos, le quita todas las posibilidades de acción y, por lo tanto, de significación en el medio humano. “El muerto está muerto”, dicen los materialistas y el populacho ignaro. El Papa Pablo VI declaró, y la prensa mundial lo divulgó en todas partes, que “existe una vida después de la muerte, mas no sabemos como ella es”. Esto quiere decir que la misma Iglesia nada sabe de la muerte, a no ser que muramos. La idea cristiana de la muerte, sustentada y defendida por las diversas iglesias, es simplemente aterradora. Los pecadores al morir se ven enfrentados ante un Tribunal Divino que los condena a suplicios eternos. Los santos y los beatos no escapan a las condenas, no obstante la misericordia de Dios, que no sabemos cómo puede ser misericordioso con tanta impiedad. Los niños inocentes, que no han tenido tiempo de pecar, van hacia el Limbo misterioso y sombrío por la simple falta del bautismo.

Los criminales rudos, ignorantes y todo el grueso de la especie humana son atrapados en las garras de Satanás, un ángel caído que solo no encarna al mal porque no debe tener carne. Mas con dinero y la adoración interesada a Dios estas almas pueden ser perdonadas, de manera que solo para los pobres no habrá salvación, mas para los ricos el Cielo se abre al impacto de los *te-déuns* suntuosos, de las misas cantadas y de las gordas contribuciones para la Iglesia. Nunca se ha visto soberano más venal ni tribunal más injusto. La depreciación de la muerte generó el desabrido comercio de los traficantes del perdón y de la indulgencia divina. El vil dinero de los robos e injusticias terrenas consigue abrirse camino entre la Justicia Divina, de manera que el desprestigio de los muertos llega al máximo de la vergüenza. La felicidad eterna dependerá del relleno de los cofres dejados en la Tierra.

Frente a todo esto, el concepto de la muerte se tiznaba en las manos de los cambistas de la simonía, vaciándose en la incredulidad total, transformándose en el concepto de la nada, que Kant definió como concepto vacío. El muerto se pudre enterrado, perdió la riqueza de la vida, se volvió pasto de gusanos y su misteriosa salvación dependerá de las condiciones financieras de la familia terrena. El muerto es débil, un fracasado y un condenado, enteramente dependiente de los vivos en la Tierra.

El pueblo no comprende bien todo este cuadro de miserias en que los teólogos envolvieron a la muerte, mas siente el asco y el miedo de la muerte, introyectados en su consciencia por la farsa de los poderes divinos que lo amenazan desde la cuna al túmulo y más allá del túmulo. No será de admirarse que los padres y las madres, los parientes de los muertos se asusten y se desesperen frente al hecho irremisible de la muerte.

Jesús enseñó y probó que la muerte se resuelve en la *Pascua* de la resurrección, que ninguno muere, que todos tenemos el cuerpo espiritual y viviremos más allá del túmulo como vivos más vivos que los encarnados. Pablo de Tarso proclamó que el cuerpo espiritual es el cuerpo de la resurrección (Cáp. 12 de la primera Epístola a los Corintios), mas la permanente imagen del Cristo crucificado, de las procesiones absurdas del Señor Muer-

to, – herejía clamorosa –, las ceremonias de la Vía-Sacra y las imágenes aterradoras del Infierno Cristiano – más impío y brutal que los Infiernos del Paganismo – marcados a fuego en la mente humana a través de dos milenios, aplastan y envilecen al alma supersticiosa de los hombres.

No es de admirar que los teólogos actuales, divididos en varias corrientes de sofistas cristianos modernísimos, estén hoy proclamando, con una alegría liviana de debiluchos, la Muerte de Dios y el establecimiento del Cristianismo Ateo. Para estos nuevos teólogos, el Cadáver de Dios fue enterrado por el Loco de Nietzsche, creación fantástica e infeliz del pobre filósofo que murió loco.

El clero cristiano, tanto católico como protestante, tanto del Occidente como del Oriente, perdió la capacidad de socorrer y consolar a los que se desesperan con la muerte de las personas amadas. Sus instrumentos de consuelo perdieron la eficacia antigua, que se apoyaba en el oscurantismo de las poblaciones permanentemente amenazadas por la Ira de Dios. La Iglesia, Madre de la Sabiduría Infusa, recibida del Cielo como gracia especial concedida a los elegidos, confiesa que nada sabe sobre la vida espiritual y sola aconseja a los fieles las prácticas anticuadas de los rezos y ceremonias pagadas, para que los muertos queridos se beneficien en el otro Mundo con el tañir de las monedas terrenas. El Mesías espantó con el látigo a los animales del Templo que debían ser comprados para el sacrificio redentor en el altar simoniaco y derrumbó las mesas de los cambistas, que trocaban en el Templo las monedas griegas y romanas por las monedas sagradas de los magnates dispensadores de la misericordia divina. El episodio esclarecedor fue suplantado en la mente popular por el impacto aplastador de las amenazas celestiales contra los incrédulos, estos rebeldes demoníacos. En vano el Cristo enseñó que las monedas de César solo valen en la Tierra. Hace dos mil años estas monedas impuras vienen siendo aceptadas por Dios para el rescate de las almas condenadas. Quién podría, en sana consciencia, creer hoy en día en una Justicia Divina que funciona con el mismo combustible de la Justicia Terrena? Los sacerdotes fueron entrenados para hablar

con voz empostada, meliflua y fingida, para, a semejanza de la voz de las antiguas sirenas, seducir al pueblo con las ilusiones de un amor venal y sin piedad. Voz dulce y gestos compasivos no consiguen más, en la actualidad, que irritar a las personas de buen sentido. El Cristo Consolador fue traído por los agentes de la misericordia divina que descendió al banco del beneficio inesperado, en el comercio impuro de los consuelos fáciles. Los hombres prefieren jugar en la basura de sus almas, que Dios y el Diablo disputan no se sabe por qué.

2

Concepto actual de la Muerte

El polvo de momia desapareció en su propio desprestigio. Su ineficacia curativa correspondía a la ineficacia de las momias para eternizar los cuerpos perecederos. La Cultura del Renacimiento floreció y se desarrolló en la Tierra. En vano la Iglesia condenó las pesquisas, las combatió, las maldijo. Galileo tuvo que defenderse frente a los tribunales de la Inquisición, Giordano Bruno fue quemado en hoguera criminal y herética por sustentar que la Tierra giraba en torno del Sol. Descartes, el filósofo espadachín quien no se tragó la falsa paciencia de los sacerdotes del Colegio de La Fleche, tuvo que huir hacia Suecia y, en un golpe de esgrima, recolocar el problema copérnico del heliocentrismo: “La Tierra está fija en su atmósfera – escribió – que gira en torno del Sol”. Los paquidermos de la Ciencia Divina no percibieron el golpe. La familia de Espinosa tuvo que huir de Portugal hacia Holanda. Su madre lo llevaba en el vientre y Portugal perdió la única oportunidad de tener un filósofo de verdad. Espinosa nació en Holanda y aplastó con su Ética la pobreza mental de los clérigos. Francis Bacon sufrió persecuciones mas no cedió. Nace el movimiento de la resistencia lógica en todo el mundo y la Ciencia humana archivó en la Tierra la supuesta e infusa Ciencia Divina. Gritaron los retrógrados que el ateísmo dominaba al mundo. Mas los resistentes no cedían y ganaban todas las batallas en las emboscadas de la inteligencia. Expulsado de la Sinagoga, guardia esclerosada de la Biblia judaica, Espinosa traza los lineamientos de la matemática filosófica, pulverizando en sus dedos la calumnia del ateísmo para la nueva cultura. Hizo del concepto de Dios el fundamento del pensamiento. Estructuró el panteísmo en términos aplastantes. Lo llamaron “el ebrio de Dios”. Kant corrió para socorrer a Rousseau con su crítica de la razón. Voltaire hería con la sonrisa de su ironía mortal la fiera acorralada del Vaticano y la llamaba corajudamente: “L’infeme”. Con un pie en la fosa y otro en tierra firme, como decía de si mismo, manejaba con pericia sus

armas terribles. No temía morir, pues ya se consideraba, por su salud periclitante, un semimuerto. Nada se podía hacer contra él, sino soportarlo. El Siglo XVIII consolidara el prestigio de la Ciencia. Los clérigos, vencidos en todos los sectores, luchaban para restablecer el prestigio divino que ellos mismos habían destruido. El Evolucionismo de Spencer se oponía brillantemente a la concepción estática del mundo. Darwin investigaba el problema de los orígenes del hombre en términos puramente materiales, mas Wallace dosificaba su materialismo con la verdad espiritual. El Siglo XIX sufría entonces la invasión de los muertos, en América y en Europa. Los fantasmas contrabalanceaban, con sus apariciones, el desequilibrio materialista de la nueva cultura, basada en la herejía de las pesquisas científicas. Fue entonces que Denizard Rivail, discípulo de Pestalozzi, continuador del maestro, profesor universitario, filósofo, sacudió a los nuevos tiempos con la publicación de *El Libro de los Espíritus*, proclamando el restablecimiento de la verdad espiritual contra el vandalismo teológico. Un hombre solitario, dotado de profundo saber y lógica inquebrantable, despertaba contra si todas las fuerzas organizadas del nuevo mundo cultural. Y solito enfrentaba las iras de la Iglesia, de la Ciencia y de la Filosofía. Kant, quien testimoniara los fenómenos de videncia del sabio sueco Swedenborg, no quitaba el pie de su posición científica, afirmando que la Ciencia solo era posible en el plano sensorial, donde funciona la dialéctica. Era impedir al hombre penetrar en los problemas metafísicos. Mas Kardec respondía con los hechos, bajo una avalancha de contradicciones sofísticas, despejadas sobre él de todos los cuadrantes de la nueva cultura. Luchó y sufrió solo, solitario en su certeza. Enseñaba sin cesar que los fenómenos mediúmnicos eran hechos, cosas palpables y no abstracciones imaginarias. El sabio inglés William Crookes, llamado a combatirlo, entró en la arena de las pesquisas psíquicas por tres años y confirmó la realidad del descubrimiento kardeciano. Fredrich Zöllner hizo lo mismo en Alemania y consiguió resultados positivos. Ochorowicz confirmó la realidad de los fenómenos en Varsovia. El Siglo XIX, como diría más tarde León Denis, tenía la misión de restablecer científicamente la concepción espiritual del hombre. El movimiento neo-

espiritualista impresionara a Inglaterra y a los Estados Unidos. Lombroso se levantaba colérico, en Italia, contra esta resurrección amenazadora de las antiguas supersticiones. El Prof. Chiaia, de Milán, lo desafió para que asistiera a las experiencias con la famosa médium Eusápia Paladino. Lombroso aceptó el desafío y tuvo la ventura de recibir en los brazos a su propia madre en un fenómeno de materialización. Charles Richet, en Francia, funda la Metapsíquica. Era el más grande fisiólogo del siglo, premio Nobel, director de la Facultad de Medicina de Paris. Kardec, el solitario, ya no estuvo más solo. Numerosos científicos e intelectuales lo apoyaban. Conan Doyle, médico y escritor de renombre, se tornara ardiente propagador del Espiritismo. Victor Hugo se pronunció a favor de la nueva doctrina. Estaba cumplida la misión del Siglo XIX y León Denis dictaba conferencias en toda Europa sobre la Misión del Siglo XX. Clérigos y teólogos se sensibilizaron con los acontecimientos y surgió en una iglesia de Paris un sacerdote corajudo, Meningem, profesor de la Sorbona, que predicaba a favor del Espiritismo, escribiendo un libro al respecto: *El Cristianismo del Cristo y el de sus Vicarios*. Fue expulsado de la Iglesia.

En 1935 Richet fallecía en Paris, entregándoles a sus discípulos la obra Monumental del Tratado de Metapsíquica. Geley y Osty le dieron continuidad a su obra, en el Instituto Internacional de Metapsíquica, en Paris. Mas la prensa mundial trompeteó que la metapsíquica muriera y había sido enterrada con Richet. No sabia que, cinco años antes, en 1930, Rhine y McDougall habían reiniciado las pesquisas metapsíquicas en la Universidad de Duke, con la denominación de Parapsicología.

En 1940 el Prof. Rhine anunciaba la comprobación científica de la telepatía, seguida entonces por las pruebas de otros fenómenos. Declarando a continuación la existencia de un contenido extrafísico en el hombre, con la aprobación de investigadores de la Universidad de Londres, de Oxford y de Cambridge. Según el esquema de pesquisas de Kardec, mas ahora enriquecido por nuevos métodos y del auxilio de aparatos tecnológicos, hizo esta proclama, que provocó protestas de los conservadores: “La mente no es física y por medios no físicos actúa sobre la materia.

El cerebro simplemente es el instrumento de manifestación de la mente en el plano físico”. Esto equivale a decir que el hombre es un espíritu y no apenas un organismo biológico. Posteriormente las comprobaciones de la tesis de Kardec se continuaron en las experiencias parapsicológicas. Uno por uno, los fenómenos pesquisados por Kardec fueron siendo repetidos en la investigación. Surgió la pesquisa más compleja y peligrosa: a de los llamados fenómenos *Tetha*, referentes a las manifestaciones de los espíritus de los muertos. El Prof. Pratt asumió la dirección del grupo Tetha de pesquisas y obtuvo resultados acentuados. Louise Rhine efectuó pesquisas de campo y verificó la realidad de las apariciones y comunicaciones de espíritus. Solo faltaba ahora la pesquisa de la reencarnación, más difícil aún, por la imposibilidad de pruebas materiales de que una persona fuera realmente otra en una encarnación anterior. El Prof. Ian Stevenson, de la Universidad de California, se incumbió de este sector y publicó un volumen que prácticamente confirma las pesquisas de Albert De Rochas en Paris, en el siglo pasado. La Parapsicología se esparció por todo el mundo civilizado y consiguió perforar la cortina de hierro, penetrando a fondo en URSS, donde el Prof. Vladimir Raikov inició las pesquisas en la Universidad de Moscú. Científicos soviéticos revelaron, en un simposio en Moscú, en que estudiaban las teorías de un racionalista francés del siglo pasado, Allan Kardec. De la Universidad de Rajastam, en India, surgieron los trabajos do Prof. Hamendras Nat Barnejee. Tanto Stevenson como Barnejee estuvieron en Sao Paulo e hicieron conferencias sobre el asunto, en la Asociación Paulista de Medicina y en la Biblioteca Municipal Mario de Andrade, revelándose convictos de la existencia de la reencarnación. Estaba prácticamente confirmada por las pesquisas actuales, las que fueran hechas por Kardec, Crookes, Richet y otros en el siglo pasado.

Resurgió, así, en el seno de las ciencias, la concepción del hombre como espíritu y el concepto de la muerte como simple descondicionamiento del ser, envuelto y condicionado en la forma humana carnal, de origen animal. Restableciéndose también la idea cristiana de la muerte como liberación que reintegra

al muerto a su dignidad humana, vivo y activo. Ante la unanimidad de las conclusiones científicas, en la confluencia de las pruebas universitarias en todo el mundo, se torna imposible el retroceso a la antigua concepción teológica, de origen místico, que hizo del muerto un condenado desprovisto de su capacidad de jurisdicción propia, de voluntad libre y libre arbitrio. Reconociéndose que el hombre es la esencia y no la forma, y que la esencia determina la forma de su adaptación a la vida terrenal, el principio de la identificación del hombre por el cuerpo tornase insatisfactorio y hasta también absurdo. Las filosofías de la Existencia, a su vez, en todas sus corrientes, llegaron a la conclusión de que *la existencia es subjetividad*, lo que vale decir que es espíritu. Las pruebas obtenidas por Raúl de Montandon en Francia, con fotos con luz infrarroja, demostraron que la muerte de pequeños animales por éter liberaba, en los que habían muerto, una forma semejante al cuerpo muerto. Estas pruebas fueron confirmadas por las fotografías recientes de la cámara Kirlian ajustadas a microscopios electrónicos de gran potencia, por científicos soviéticos, en la Universidad de Kirov. Al mismo tiempo, los investigadores materialistas conseguían ver y fotografiar al cuerpo espiritual del hombre, en las pesquisas con moribundos, en el momento de la muerte. Todo ese acervo espantoso de hechos naturales y hechos provocados por la pesquisa científica dan innegable validez al concepto actual de la muerte como liberación del hombre para la vida trascendente espiritual.

Querer oponerle a todas estas pruebas la simple negación materialista, que sirve apenas de argumentos, es una temeridad solo aceptable de parte de criaturas ignorantes, desprovistas de conocimientos e incapaces de comprender el significado de las pesquisas científicas.¹

La Educación para la Muerte no es ninguna forma de preparación religiosa para conquistar el Cielo. Es un proceso educacional que tiende a ajustar a los educandos para la realidad de la Vida, que no consiste apenas en el vivir, mas también en el existir y en el trascender. La vida y la muerte constituyen los límites de la existencia. Entre el primer grito del niño al nacer y el último suspiro del viejo al morir, tendremos la consciencia del

ser y de su destino. Las plantas y los animales viven simplemente, se dejan llevar en la corriente de la vivencia, entregados a las fuerzas naturales del tropismo y de los instintos. Son seres en desenvolvimiento, dirigidos por el elám vital. Mas la criatura humana es un ser definido, que se refleja en el mundo en su consciencia y se ajusta a él, no para permanecer en él, mas para conquistarlo, sacar de él el jugo de las experiencias posibles y trascenderlo, o sea, pasar más allá de él. Gracias a esto existen las civilizaciones, el desenvolvimiento histórico de la sociedad y el cúmulo de conocimientos en el proceso de las sucesiones de los períodos históricos. El hombre que vive sin tomar conocimiento de este proceso no ha vivido, pasó apenas por la vida, como dice el poeta: “Pasó por la vida y no vivió”. Una criatura así no ha entrado aún en la especie humana, no se ha integrado en ella. La integración se hace por la educación, y por esto la Educación para la Vida será la primera en serle dada. En esta educación el ser se amolda al mundo, comenzando por la educación familiar, en el hogar, y pasando después por la educación social en la escuela y por la educación profesional o experiencial, en la cual se hace ciudadano del mundo, apto para escoger su oficio o su *que hacer* y dedicarse a él. También por esto Simone de Beauvoir observó, con razón, que la Humanidad no es una especie, mas un devenir. Es, podemos decir, el flujo de la consciencia en la búsqueda de su propia realización. El negativismo de Sartre lo llevó a afirmar que el hombre se frustra en la muerte, pues en ella acaba su aventura existencial. Mas Heidegger encaró el problema con más profundidad y concluyó: “El hombre se completa en la muerte”. Aquello que para Sartre parecía el fin definitivo, para Heidegger es la ruptura de la existencia para lanzarse en la trascendencia. Esto concuerda con las aspiraciones humanas en todos los tiempos y con la afirmación de Richet: “Mors janua vitae”, o sea, “La muerte es la puerta de la Vida”. Tendremos así definido aquello que constituye realmente el fin de la Educación, su objetivo único y preciso. Desde el momento de la fecundación en el vientre materno el ser humano avanza en la trascendencia natural del crecimiento, del cual todas las cosas y seres participan. Esta es la trascendencia horizontal de Jaspers, que la define especialmente en el plano

social. Mas la trascendencia vertical, que no proviene simplemente de las leyes de la vida, mas de las aspiraciones de realización consciencial, esta solo se puede realizar en el plano existencial, en que el desenvolvimiento de la consciencia lo lleva a buscar la Consciencia Suprema, que es Dios. En este plano el hombre supera la fragilidad de la existencia y se proyecta en la conquista de si mismo, en el control integral de sus pensamientos, sentimientos y acciones. De esta manera, la muerte libera al ser de las condiciones de la existencia y en él se completa la realidad del ser.

La Educación para la Muerte será, por lo tanto, la preparación del hombre durante su existencia, para la liberación de su condicionamiento humano. Liberándose de este condicionamiento, el hombre se reintegra a su naturaleza espiritual, tornándose espíritu, en la plenitud de su esencia divina.

Las religiones nacieran de esta ansia existencial del hombre y debieron transformarse en escuelas de la Educación para la Muerte. No consiguieran este objetivo en virtud de la exigencia cuantitativa, consecuente de la fiebre del proselitismo. Quedaron en el plano de la trascendencia horizontal, imantadas al quehacer existencial.

Quien vio y entendió claramente este hecho fue Bergson, al señalar que la moral cerrada del individuo, que no se prende a la moral abierta de la sociedad, es la única que corresponde a la religión dinámica del *homo sapiens*. En las religiones estáticas de las comunidades quedan apenas los individuos masivos del *homo faber*, necesariamente dependientes de estructuras sociales. Estas religiones comunitarias son siempre totalitarias, exclusivistas, basadas en un concepto de Dios que será simplemente el reflejo del hombre común. Este Dios podría morir y resucitar, como el dios egipcio Osiris, siendo admirado y adorado por su hazaña, mas nunca dará a sus adoradores la menor noción de la inmortalidad. La medida humana no se aplica a Dios para usarla en las coordenadas del Infinito y de la Inmensidad. Estas dos palabras encierran problemas que dan vértigo al hombre apegado a la vida. Las religiones sociales se transforman así en las religiones de la muerte. Porque la muerte es una exigencia vital de

la comunidad, que sin la muerte no se renovaría en el tiempo con la sucesión de las generaciones. John Dewey entendió que la Educación es una exigencia de la muerte para transmitir la cultura de una generación para otra. Fue una interpretación benévola de la muerte, que ganó foro de verdad absoluta. Mas la realidad es otra. El pragmatismo instrumental de Dewey lo llevó a considerar a la muerte como el instrumento práctico de la cultura. Lo que determina la existencia de la Educación es el impulso de trascendencia, el ansia biopsíquico del hombre de proyectarse más allá de sus limitaciones humanas, en la búsqueda de lo divino. Kardec llamó a esto *ley de adoración*, tratando del asunto en un capítulo especial de *El Libro de los Espíritus*. Kant ya había señalado, mucho de Dewey, que la Educación tiene por fin llevar al hombre al desenvolvimiento de toda su perfectibilidad posible. Hubert y Kerchensteiner fueron más lejos, considerando la Educación como un acto de amor, por el cual una consciencia madura procura elevarse a su plano, madurar, una consciencia aún inmadura. La propia función de la muerte, en todos los reinos de la Naturaleza, y no apenas en lo hominal, es desenvolver las potencialidades latentes, llevándolas a las realizaciones posibles de si mismas. Nuestra visión de la Educación se amplía enormemente, se universaliza, más que esto, se empantana al comprender fuera de las penas pragmáticas de Dewey. La educación para la Muerte comienza en la toma de consciencia de esta realidad espantosa. El desenvolvimiento de la grama y el desabrochar de las flores pueden ser ayudadas por el jardinero, para que ambos fenómenos puedan lograr su perfectibilidad posible. Alcanzados los límites de esta posibilidad, la grama y las flores se marchitan y mueren, para avanzar después en el ciclo de los renacimientos. La programación del computador cósmico incluye necesariamente al hombre que muere para renacer en el mismo ritmo ascensional de las cosas y de los seres, mas exigiendo la toma de consciencia de esta patogénesis espiritual. Las religiones de la muerte fallan en esta fase de transición, interpretando negativamente el fenómeno positivo y renovador que sustenta la juventud del mundo. Por esto Jesús enseñó que aquellos que se apegan a la propia vida la perderán, y los que la pierden, en verdad, la ganarán. La vida en abundancia

de los Evangelios será la integración del hombre en la plenitud de su consciencia divina.

3

Los Vivos y los Muertos

Desconociendo la complejidad del proceso de la vida, el hombre terreno siempre se ha apegado, principalmente en las civilizaciones occidentales, al concepto negativo de la muerte como frustración total de todas las posibilidades humanas. No habrá ninguna novedad en la expresión sartreana que se propagó por toda la cultura moderna: “El hombre es una pasión inútil.” Fue siempre este el concepto del hombre en la cultura occidental, volcada exclusivamente hacia el inmediatismo. Sartre no revela ninguna perspicacia filosófica en este simple endoso cultural de una posición común del *homo faber* ante lo inevitable de la muerte. Aunque en las civilizaciones orientales, impregnadas de misticismo, los hombres comunes nunca salieran de este plano inferior de la consideración de la muerte como destrucción pura y simple. La teoría de las *almas viajeras*, de Plotino, que substituyó en el Neo-Platonismo la teoría de la metempsicosis egipcia, no llegó a popularizarse. Las hipóstasis espirituales que estas almas flanquearan, después de la muerte, parecían fantásticas, oriundas apenas de la teoría platónica de los *Mundos de las Ideas* y del deseo instintivo de sobrevivencia que domina al hombre. Mas las pesquisas científicas de la naturaleza humana, particularmente en el campo de los fenómenos paranormales, llegaron a pruebas incontestables de la sobrevivencia del hombre después de la muerte. Esta sobrevivencia implica naturalmente la existencia de planos espirituales (las hipóstasis) en que la vida humana prosigue. El desenvolvimiento de la Física en nuestros días llevó a los científicos al descubrimiento de la antimateria, de las dimensiones múltiples de un Universo que considerábamos apenas tridimensional, a la conquista de los antiátomos y antipartículas atómicas que pueden ser elaboradas en laboratorios, como han sido elaborados. La existencia de las hipóstasis ya no es más una suposición, mas una verdad comprobada. El cuerpo bioplásmico del hombre, como también el de los vegetales y de los animales, fue tecnológicamente comprobado. Los muertos no

pueden ser más, considerados muertos. Lo que murió fue apenas el cuerpo carnal de estas criaturas, que Dios no creó como figuras de *marionetas* para un rápido pasaje por la Tierra. Sería extraño y hasta irónico que, en un Universo en que nada se pierde, que todo se transforma, el hombre fuese la única excepción percedera, sujeto a desaparecer con su despojos. La mayor conquista de la evolución en la Tierra es el hombre, creado, según el consenso general, en la tradición de los pueblos más adelantados, hecho a imagen y semejanza de Dios. Qué extraña decisión habría llevado al Creador a negar a este ser la inmortalidad que confirió a todas las cosas y a todos los seres, desde los más inferiores y aparentemente inútiles? Habría una Economía en la Naturaleza que sería contrariada por esta medida de excepción. Hoy, la verdad se define, cada vez más comprobada e innegable, a nuestros ojos mortales: El hombre es inmortal. Al morir en la Tierra, se transfiere hacia los planos de materia más sutiles y rarefacta, en que continuará viviendo con más libertad y mayores posibilidades de realizaciones, ciertamente inconcebibles para quienes quedan en el plano terreno. El espíritu encarnado, que, luchando en el fondo de un océano de aire pesado, consigue hacer tantas cosas, por qué dejaría de actuar con más interés y visión elevada en un plano en que todo milita a su favor? Se engañan los que piensan en los muertos como muertos. Ellos están más vivos que nosotros, disponen de visión más penetrante que la nuestra, son criaturas más definidas que nosotros, y pueden vernos, visitarnos y comunicarse con nosotros con más facilidad y naturalidad. Será preciso que no nos olvidemos de este punto importante: los hombres son espíritus y los espíritus son nada más que hombres libertos de las órdenes de la materia. Cargamos un fardo, ellos ya lo contrabandearon de sus costillas. Tendremos que pensar en ellos como criaturas vivas y actuantes, como realmente lo son. Ellos no gustan de nuestras tristezas, mas se sienten felices con nuestra alegría. No quieren que pensemos en ellos de manera triste porque esto los entristece. Se encuentran en un mundo en que las vibraciones mentales son fácilmente perceptibles y desean que los ayudemos con pensamientos de confianza y alegría. No tenemos el derecho de perturbarlos con nuestras inquietudes terrenas, en general naci-

das de nuestro egoísmo y de nuestro apego. Millones de manifestaciones de entidades superiores, de espíritus conocidos o no, mas siempre identificados, ocurren en el mundo continuamente, probando la sobrevivencia activa de los que pasaran para el otro mundo y allá no nos olvidan.

Desde la época de las cavernas, de las construcciones lacustres, pasando por las veinte y tantas grandes civilizaciones que se sucedieran en la Historia, los muertos se comunican con los vivos y estos, generalmente, procuran instruirse con ellos. El intercambio es normal entre los dos mundos y una vastísima biblioteca fue producida por los sabios antiguos y modernos que estudiaran el problema y confirmaran la sobrevivencia. Mas, en la proporción en que los métodos científicos se desarrollaran, en la batalla de las Ciencias contra las supersticiones del pasado multimilenario, la aceptación general de esta verdad levantó mayores sospechas en el medio científico. Las raíces amargas de las religiones de la muerte, que vivieran siempre y viven aún hoy vampirizando el pavor de la muerte en todos los cuadrantes del planeta, crearon nuevas dificultades para el esclarecimiento del problema. Aún hoy, después de las pruebas exhaustivas, millones de veces confirmadas por los más respetables investigadores, nuestra cultura pretensiosamente rechaza la flagrante realidad y pesquisada fenomenología de todos los tiempos, como si ella no pasase de suposiciones inverificables.

Cuál sería la razón de esta actitud irracional frente a un problema tan grave, de la mayor importancia para la Teoría del Conocimiento y particularmente para la adecuación del pensamiento a la realidad, objetivo supremo de la Filosofía? Nuestra cultura ha sufrido hasta ahora de una especie de esquizofrenia catatónica, ignorando problemas esenciales y entregándose a agitar actividades pragmáticas. Como dice el refranero popular: "Gato escaldado le tiene miedo al agua fría." La tremenda y criminal oposición de la Iglesia al desenvolvimiento libre de la Ciencia, con el delirio pirobásico de los tiempos inquisitoriales, con sus hogueras asesinas, dejó sus marcas de sangre y fuego en el pelo, en el cuero y en la carne viva del gato escaldado. La cultura es un organismo conceptual vivo, nacido de las experien-

cias humanas y dotadas del mismo instinto de conservación de los organismos vivos. Los pelos del gato escaldado se erizan con la menor aproximación de las cuestiones metafísicas. Remy Chauvin le dio a este fenómeno el apropiado nombre de *alergia al futuro*. Esta alergia, como lo demuestra, tiene sus orígenes históricos en el período inquisitorial. Solo habría un responsable por esta dolencia cultural: la Iglesia, hasta hoy en actividad constante en la lucha contra el desenvolvimiento cultural para asfixiar los movimientos que pudiesen atentar contra su arcaica posición dogmática. Por esto asistimos, aún hoy, en vísperas de la era cósmica, el doloroso espectáculo de sacerdotes airados, particularmente en los países subdesarrollados, de cultura incipiente, disparando los rayos de su indignación insolente contra las conquistas parapsicológicas, mas, al mismo tiempo, con la sagacidad instintiva de los sacerdotes de todos los tiempos y de todas las latitudes de la Tierra, sacando las ventajas posibles de esta actividad histriónica en el cobro, a tanto por cabeza, de los cursos de parapsicología dados al pueblo con el aderezo de los sofismas y mentiras habituales. Debemos a esto nuestro atraso brasilero de cuarenta años en el campo de las investigaciones y del estudio universitario de lo paranormal. En compensación, curas y sacerdotes se entregan libremente a explorar las clínicas parapsicológicas, servidas por médicos ilusos o bien integrados en la lucha contra el avance de la cultura en nuestra tierra.

Si en el plano espiritual la posición asumida por los espíritus fuese la misma de los hombres, seríamos considerados como espíritus muertos. Porque el espíritu que se encarna en la Tierra, apartándose de la realidad viva del espíritu, es prácticamente sepultado en la carne. En los planos inferiores del mundo espiritual, apegados a la costra terrena, los espíritus inferiores que lo habitan se consideran como muertos en la carne, pues perdieran las prerrogativas del espíritu libre. Mas los espíritus que alcanzan planos superiores comprenden esta inversión de posiciones y nos encaran como compañeros temporalmente apartados de su convivir, para fines del desenvolvimiento de sus potencialidades en las luchas terrenas. De esta manera, muertos y vivos somos todos. Nos alternamos en la Tierra y en el Espacio porque la ley

de evolución exige nuestro mejoramiento continuo. Si en el plano espiritual los límites de nuestras posibilidades de aprendizaje se agotan, por falta de desenvolvimiento de los potenciales anímicos, retornamos a las duras experiencias terrenas. La reencarnación es una exigencia de nuestro atraso evolutivo, como la siembra de la semilla en la tierra es la exigencia básica de su germinación y de su crecimiento. Así, nacimiento y muerte son fenómenos naturales de la vida, que no deberemos confundir con desgracia o castigo. Solo los hombres matan para vengarse o cobrar deudas afectivas. Dios no mata, crea. Al sembrar las monadas en los planetas habitables, no lo hace para matarnos, sino para que podamos germinar y crecer como la hierba de los campos. La monada sería la centella del pensamiento divino que encierra en sí, como la semilla del vegetal, todo el esquema de la vida y de la forma humana que de ella nacerá en el seno de los elementos vitales de la carne. Los materialistas creen que el esperma y el óvulo ocultan en sí mismos todas las energías creadoras del hombre. Mas los progresos actuales de la genética animal y de la genética humana los despertarán para que comprendan la existencia de un mecanismo oculto en el semen, del cual depende la propia fecundidad de este. Podríamos decir que Dios no trabaja con cosas, sino con leyes. Las pesquisas parapsicológicas revelaron que el pensamiento es la energía más poderosa de que podemos disponer. Esta energía no se desgasta en el tiempo ni en el espacio, no está sujeta a las leyes físicas, ni respeta las barreras físicas. Es la única energía conocida que puede operar en las distancias ilimitadas del Cosmos. Si pudiéramos verificar esto en las experiencias telepáticas, de transmisión de pensamientos entre las distancias espaciales y temporales que todas las demás energías no consiguen vencer, deberemos pensar en el poder infinito del pensamiento creador de Dios. Mas el orgullo humano se alimenta de su propia ignorancia y prefiere colocarse sobre la propia Divinidad. Por esto el científico soviético Vassiliev no aceptó la teoría de Rhine – la naturaleza extrafísica del pensamiento – y procedió a una experiencia en la Universidad de Leningrado para demostrar lo contrario. Mas no obtuvo las pruebas que deseaba y se limitó a contestarle a Rhine con argumentos, declarando simplemente que el pensamiento se

constituye de una energía física desconocida. Hasta ahora, ni en el más allá, para donde la muerte lo transfirió, su rebeldía, no ha conseguido la refutación deseada.

Este es un episodio típico de la lucha de los negativistas contra la innegable realidad de la naturaleza espiritual del hombre. Será inútil disputar con ellos, que aún cuando son científicos, se apegan rígidamente a sus convicciones, de manera opiniática. Otro ejemplo importante fue el del filósofo Bertrand Russell, que ante el avance científico actual, declaró: "Hasta ahora las leyes físicas no han sido afectadas." Como no lo fueran, si toda la concepción física del mundo se transformara al contrario de lo que era, revelando la inconsistencia de la materia, su permeabilidad, la existencia de la antimateria y la posibilidad científicamente probada de la comunicación de los muertos? Bastaría esto para demostrar que la Física envejecida de medio siglo atrás llevó a Einstein a exclamar: "El materialismo murió asfixiado por falta de materia". Famoso físico americano, posando el brazo sobre la mesa, dijo: "Mi brazo sobre esta mesa es apenas una sombra sobre otra sombra."

Esta actitud opiniática de materialistas ilustres consecuencia de la alergia al futuro de que habló Remy Chauvin, director del laboratorio del Instituto de Altos Estudios de Paris. Por otro lado, tenemos que considerar la influencia de la tradición en el propio medio científico y las posiciones dogmáticas de las corrientes opuestas del religiosismo iglesiero y de las ideologías materialistas, como las del Positivismo, del Pragmatismo y particularmente del Marxismo. La prueba científica de la existencia del periespíritu, el cuerpo espiritual de la tradición cristiana, llamado por los investigadores soviéticos de la Universidad de Kirov, la más importante de la URSS, cuerpo bioplasmático, fue simplemente asfixiada por el poder estatal. En los Estados Unidos no se intentó repetir a hazaña de Kirov porque el Descubrimiento del cuerpo bioplasmático hería los intereses teológicos de las iglesias cristianas. El religiosismo fideísta de las iglesias, ahora reforzado con el religiosismo político y estatal del materialismo, forman hoy la dupla que, actuando en forma de pinzas, impiden nuevamente el desenvolvimiento de la Ciencia.

En los Estados Unidos se llegó al extremo de la divulgación científica de un documento lanzado por instituciones científicas, declarando que los descubrimientos producidos por las cámaras Kirlian, de fotografías paranormales, no pasaban del conocido *efecto corona*. Y Rhine, el gran confirmador de la Ciencia Espírita, fue puesto al margen de los medios científicos oficiales, a pesar de su éxito en todas las Universidades del mundo.

4

La Extinción de la Vida

La insistencia del hombre en la negación de su propia inmortalidad no ocurre, como generalmente se piensa, de las dificultades para probarla científicamente, ni de la visión caótica del mundo en que se pierden los espíritus escépticos, que viven como aturcidos entre las certezas e incertidumbres del conocimiento humano. Ocurre apenas del sentimiento de fragilidad humana, considerado tan importante por los existencialistas. El instinto de muerte de la tesis freudiana, en un mundo en que todo muere, nada permanece, como señalaba Protágoras desolado, supera y aplasta en la sensibilidad humana el instinto de vida, las ansias existenciales generalmente confundidas con el élan vital de Bergson. Sintiéndose frustrado y desolado ante la fatalidad irremovible de la muerte, y llevado a la desesperación ante la irracionalidad de las proposiciones religiosas, el hombre ve secarse sus esperanzas en el invierno único e irremisible de la vida material. Su impotencia se revela como absoluta, apagando en su espíritu las esperanzas y la confianza en la vida que le sustentaban en la mocedad. La vida se extingue en sí misma y a sus ojos por todas partes, en todos los reinos de la Naturaleza, y ninguno jamás ha conseguido impedir el flujo arrasador del tiempo, que lleva arrastrando las cosas y los seres, envejeciéndolos y desgastándolos, por grandes, más fuertes y brillantes que puedan parecer. El paso inexorable de los años marca minuto a minuto, con una seguridad fatal y una puntualidad exasperante, el fin inevitable de todas las cosas y todos los seres.

Al contrario de lo que se dice popularmente, no son los viejos quienes sueñan con la inmortalidad, sino los jóvenes. Porque estos, en la seguridad ilusoria de su vitalidad, son más propicios a aceptar y cultivar esperanzas de renovación. Por más geniales que sean, por más realistas que se muestren, los jóvenes – con excepción de los que sufren de desequilibrios orgánicos y psíquicos – creen en la vida que usufructúan sin preocupaciones. Alegándose que son los viejos y no los jóvenes quienes se intere-

san por las religiones, creyéndose que este interés de la vejez por la ilusión de la sobrevivencia es la desesperación del náufrago que se apega a una tabla de salvación. Imagen aparentemente apropiada, mas en verdad falsa. El viejo religioso, generalmente fanático, sabe muy bien que sus días están contados y teme la posibilidad de su encuentro con los jueces implacables con que las religiones los amenazaran, desde la infancia remota. Quieren generalmente prevenirse de lo que les pudiera acontecer al pasar hacia la otra vida cargados de pecados que las religiones prometen aliviar. El miedo de la muerte está tan generalizado entre las personas que entran en la recta final de la existencia, que Heideggard acentuó, con cierta ironía, la importancia de la partícula *se* en las expresiones sobre la muerte. La mayoría de las personas dicen *morirse* al contrario de moriremos, porque el *se* refiere a los otros y no a si mismo. La figura jurídica de la *legítima defensa*, en los casos de asesinato, se institucionalizó racionalmente el derecho de matar que, si por un lado reconoce la validez social del instinto de conservación, por otro lado legitima en los códigos del mundo el sentido oculto de la partícula *se* en los fraudes inconcientes del lenguaje. Por otro lado, esta partícula confirma el deseo individual de que los demás mueran, y no nosotros, demostrando la inocuidad de los mandamientos religiosos. Por demás, esta inocuidad, como se sabe, se reveló en el propio Sinaí, cuando Moisés, aún con las Tabla de las Leyes en las manos, ordenó la matanza inmediata de dos mil israelitas que adoraban el Becerro de Oro.

Llegamos así a la conclusión de que la posición del hombre frente a la muerte es ambivalente, colocándolo en un dilema sin salida, perdido en el laberinto de sus propias contradicciones. De este desespero resulta la locura de las matanzas colectivas, de las guerras, del apelo humano a los procesos genocidas, tan espantosamente evidenciados en la Historia Humana. Los arsenales atómicos del presente, y particularmente el recurso novedoso de las bombas de neutrones, revelan en el hombre el deseo inconsciente, pero racionalizado por las justificaciones de seguridad, de extinción total de la vida en el planeta. Los versos consagrados del poeta: “Antes morir, que vivir como esclavos”, valen por

una catarsis colectiva. La extinción de la vida es el supremo deseo de la Humanidad, que solo no se realiza gracias a la impotencia del hombre ante la rigidez de las leyes naturales. Por esto la Ciencia acelera sin cesar el descubrimiento de nuevos medios de matanza masiva. Los esclavos de la vida prefieren la muerte.

Este panorama apocalíptico solo podrá modificarse a través de la Educación para la Muerte. No se trata de una educación especial ni supletoria, sino de una para-educación sugerida y hasta también exigida por la situación actual del mundo. El problema de la llamada explosión demográfica, con el acelerado desenvolvimiento de la población mundial, imposible de ser detenida por todos los medios propuestos, nos demuestra la necesidad de una revisión profunda de los procesos educacionales, de manera que se puedan reajustar a las nuevas condiciones de vida, cada vez más intolerables. Como señaló Kardec, solamente la Educación podrá llevarnos a las soluciones deseadas. Los recursos que, en ocasiones como esta, son siempre producidos por la misma Naturaleza, ya nos fueran dados a través de la también llamada explosión psíquica de los fenómenos paranormales. El conocimiento más profundo de la naturaleza humana, llevado por las pesquisas psicológicas y parapsicológicas hasta las profundidades del alma, revela que el nuevo proceso educacional debería alcanzar los mecanismos de la consciencia subliminal de la teoría de Frederich Myers, de manera que substituya las introyecciones negativas y desordenadas del inconsciente por introyecciones positivas y racionales. La teoría de los arquetipos de Jung, como también su teoría parapsicológica de las coincidencias significativas, pueden ayudarnos en dos planos: el de la trascendencia y el de la dinámica mental consciente. La Educación para la Muerte socorrerá a la vida, restableciéndole la esperanza y el entusiasmo de las nuevas generaciones por las nuevas perspectivas de la vida terrenal. Una nueva cultura, ya esbozada en nuestros días, pronto se definirá como la salida natural que hasta ahora buscamos inútilmente para el impase.

Vivimos hasta ahora en un torniquete de contradicciones alimentadas por groseros e inhumanos intereses inmediatistas. El mundo se presenta en una fase de renovación cultural, política y

social, poblado por nuevas generaciones que ansían por el futuro y se encuentran oprimidas y marginalizadas por el dominio arbitrario de los viejos, dolorosamente apegados a vicios incurables de un pasado en escombros. La prudencia miedosa de los viejos y el anacronismo fatal de sus ideas, de sus supersticiones y de su apego desesperado a la vida como ella fue y no como ella es, aplastan bajo la presión de la mentalidad anticuada apoyada en el dominio de las estructuras tradicionalmente montadas de los dispositivos de seguridad. Esta situación negativa es transitoria, en virtud de la muerte, que renova a las generaciones, mas prolongándose en estos dispositivos garantiza la prolongación indefinida de la situación, al mismo tiempo en que las nuevas generaciones, marginalizadas políticamente, no disponen de experiencias y conocimientos para enfrentar a los dominadores, cayendo en la apatía y el desinterés por la vida pública. Esta situación se agrava con la ocurrencia de intentos generalmente ingenuos e inconsecuentes de jóvenes explorados por grupos violentos, lo que provoca el desencadenamiento de represión oficial, generalmente seguida de actos terroristas. Es lo que se ve, principalmente, en los países europeos arrasados material y espiritualmente por la segunda guerra mundial.

Este impase internacional solo podrá ser roto por medidas y actitudes válidas de gobiernos de las naciones en que el choque de mentalidades antagónicas no ha llegado a producir estragos materiales y morales irrecuperables. Mucho puede contribuir para restablecer un estado normal en las instituciones culturales, a través de cursos y divulgaciones, por los medios de comunicación organizados y dados por especialistas hábiles.

La Educación para la Muerte, dada en las escuelas de todos los grados, no como materia independiente, sino ligada a todas las materias de los cursos, insistiendo en el estudio de los problemas existenciales, irá despertando las consciencias, a través de datos científicos positivos, para la comprensión más clara y racional de los problemas de la vida y de la muerte. Todo el empeño debería concentrarse en la orientación ética de la vida humana, basada en el derecho a la vida comunitaria libre, en que todos los ciudadanos puedan gozar de las franquicias sociales,

sin restricciones de orden social, político, cultural, racial o de castas. Lo importante será demostrar, objetivamente, que la vida es el camino de la muerte, pero que la muerte no es el final de la existencia humana, pues esta prosigue en las hipóstasis espirituales del universo, en las cuales el espíritu se renueva moralmente y se prepara con vistas a nuevas encarnaciones en la línea de la evolución óptica de la Humanidad.

Nacimiento y muerte son fenómenos biológicos que se interpenetran. La vida y la muerte constituyen el elemento básico de todas las vidas, que, por esto mismo, son también mortales. El infierno mitológico de los paganos debería haber desaparecido con el advenimiento del Cristianismo, pero fue sustituido por el infierno cristiano, más cruel y feroz que el pagano. Las plañideras antiguas dejaron de llorar profesionalmente en los velorios, mas las ceremonias funerales de la Iglesia sustituyeron de manera más desgarradora y desesperada, con pompas sombrías y latinajos lastimeros, prolongados en semanas y meses, el lamento por aquellos que apenas cumplieran una ley natural de la vida. La idea trágica de la muerte sobrevive en nuestro tiempo, a pesar del avance de las Ciencias y del desenvolvimiento general de la Cultura. Hace millones de años que morimos y aún no aprendemos que vida y muerte son ocurrencias naturales. Y las religiones de la muerte, que vampirescamente viven de los gordos rendimientos de las celebraciones fúnebres y de los rezos indefinidamente pagados por los familiares y amigos de los muertos, se empeñan en un combate contra quienes pesquisan y revelan el verdadero sentido de la muerte. La idea fija de que la muerte es el final y el terror de las condenas después de la muerte sustentan este comercio necrófilo en todo el mundo. Contra este comercio simoniaco será necesario que se desarrolle la Educación para la Muerte, que, restableciendo la naturalidad del fenómeno, dará a los hombres la visión consoladora y plena de esperanzas reales de la continuidad natural de la vida en las dimensiones espirituales y la certeza de los retornos a través del proceso biológico de la reencarnación, claramente enseñado en los propios Evangelios. Conociendo el mecanismo de la vida, en que nacimiento y muerte se reversan incesantemente, los instin-

tos de muerte y sus impulsos criminales se atenuarán hasta desaparecer por completo. Los deseos malsanos de extinción de la vida, que originan los suicidios, los asesinatos y las guerras, tenderán a transformarse en los instintos de la vida. La esperanza y la confianza en Dios, como también la confianza en la vida y en las leyes naturales, crearán un nuevo clima en el planeta, hoy devastado por la desesperación humana. El miedo y la desesperación desaparecerán con el esclarecimiento racional y científico del misterio de la muerte, este enigma que la resurrección de Jesús y sus enseñanzas, como también las del Apóstol Pablo, ya deberían haber esclarecido hace dos mil años.

5

Los Medios de Fuga

La prueba de que el hombre sabe, intuitivamente, que la muerte no es el fin de su ser, de su personalidad y tampoco de su existencia, está en la procura desesperada de los medios de fuga a los cuales se entrega de oídos sordos a todas las advertencias. El no quiere morir, aún cuando se tire del décimo piso de un edificio sobre la calzada. Solo quiere huir, escapar de cualquier manera a la presión de un mundo que nada más le ofrece que opresión, crímenes, atrocidades de toda especie. Mario Mariani, en *La Casa del Hombre*, considera la casa como una jaula de que la fiera humana lucha por evadirse. Es allá dentro de la jaula, en la casa que debería ser un rincón de paz, que los roces familiares y las preocupaciones de la incertidumbre y de la inseguridad del mundo convulsionado, como también las injusticias brutales de la estructura social, pesan aplastadoramente sobre él. Sus nervios van cediendo al martillar incesante de las preocupaciones, al gemido lejano de los torturados por los verdugos, de esta lepra moral que se ha esparcido por todo el planeta después de la última guerra mundial – la tortura. Por todos lados siente la coacción y las amenazas de nuevas coacciones en perspectiva y, como si las llamas de un incendio lo cercasen por todos lados, se lanza por la ventana. Mariani era un soñador, un ideólogo de la libertad y de la paz, de la fraternidad humana completa, sin los límites odiosos de las discriminaciones sociales y políticas. Escribió dos series de romances en los que expuso su pensamiento generoso sobre un mundo más admirable y generoso que el de Huxley. Huyó de Italia, su patria, con la familia, hacia los Estados Unidos, cuando el Fascismo dominaba. En América libre se sintió prisionero de la miseria, vio de cerca y sintió en su propia carne los desniveles degradantes de una sociedad de hipócritas y miserables. Cierta noche de hambre y frío, en New York, resolvió suicidarse y matar a la esposa y a los hijos, para no dejarlos en las garras de un mundo cristiano inclemente. Un amigo lo salvó consiguiéndole un empleo. En la serie *Los Ro-*

mances de la Destrucción coloca al desnudo toda la tragedia de los tiempos modernos, y en la serie *Los Romances de la Reconstrucción* toda la belleza de sus sueños. Quijote italiano del amor y de la libertad, anduvo por el mundo atacando molinos de viento y vino a morir al Brasil, en la década del 30. Su nombre se apagó en la Historia, bajo la invasión de los nombres de bandoleros políticos consagrados como héroes. Mas los que lo conocieran y los que lo leyeran guardan en el corazón y en la memoria la imagen del verdadero héroe, caballero sin montura de la Causa de la Humanidad. Denunció, por todas partes, la exploración y la miseria que un poeta modernista italiano tradujo así: “Italia, palabra azul que brillará hasta el Infinito.”

Mariani imaginaba la Italia del futuro cubierta de casas de vidrio, de paredes transparentes (porque ninguno tendría nada que esconder ni que temer) cercadas de rosales perfumados, en donde sus hijas vivirían alegres y felices, con enamorados jóvenes como ellas, libres del peligro del matrimonio interesado con vejetes adinerados. Un mundo azul y libre, como Plotino soñara establecer en la Campiña Itálica, en los moldes de la República de Platón. Fue el último caballero errante del mundo de las utopías.

Después de él, se desencadenó sobre el mundo real la tempestad de la II Guerra Mundial, desencadenada por los dragones botafuegos y sanguinarios de la opresión y de la violencia. Y en el rastro de cadáveres, sangre y maldiciones dejados por la guerra se abrieran las veredas de la fuga: el suicidio de Stefan Zweig en Río, el asesinato de Gandhi en la India, la andanada de los tóxicos, las revueltas estudiantiles, las invasiones y destrucciones vandálicas de Universidades en nombre del orden y de la fuerza contra el derecho, las aberraciones sexuales justificadas por la Psicología del Libertinaje, la mentira oficializada en el plano internacional, los asaltos universales, los secuestros al servicio de la política de extorsión y así por delante, en el rol de las monstruosidades sin límites.

De tal manera el mundo envilecido se desfiguró que teólogos desvariados proclamaron la Muerte de Dios y anunciaron fanfarrones el advenimiento do Cristianismo Ateo en los sofismas de

brillante excusa de los libros pensados y escritos en la pauta del sin-sentido.

Las bombas voladoras de Hitler se transformaron en los rockets espaciales de la mayor epopeya moderna: la conquista del Cosmos. E, por su origen y sus objetivos sospechosos, la epopeya cósmica, nacida de las cenizas calientes de la guerra, en el nido de ojivas explosivas de las bombas atómicas y subatómicas, se integró en el campo de los medios de fuga. Era la fuga desesperada del hombre hacia las estrellas, no para buscar la paz y la armonía, la Justicia y el Derecho, a la Verdad y a la Dignidad, sino para permitir la más fácil y segura destrucción del planeta a través de los rockets criminales que, en baterías celestes instaladas en la Luna y en los planetas más próximos, pudiesen aniquilar a la Tierra en apenas algunos segundos de explosión nuclear. Ya que la muerte era la nada, la nadificación posible de la vida, era también conveniente que los guerreros de la Era Cósmica diesen realidad efectiva y moderna a los rayos de Júpiter disparados sobre el mundo. No fue de la mente supraliminar de los forjadores de los rockets, sino del inconsciente profundo, marcado por las introyecciones del terror, del irrespeto al hombre, del arbitrio y de la fuerza, del aplastamiento mundial de la libertad, de la coacción extrema que surgió y se impuso a la consciencia supraliminar el proyecto de la conquista diabólica de los espacios siderales. En la base y en el fondo de estas maquinaciones gloriosas podemos detectar las raíces del desespero y de la locura, a que la simple idealización de la muerte como nadificación total – robándole al hombre sus esperanzas y sus ansias –, desencadenó la carrera espacial al lado de la carrera armamentista de las grandes potencias mundiales.

Los primeros hombres de la cosmogonía mítica de la Grecia Antigua, según *El Banquete* de Platón, eran los hermafroditas, criaturas dobles, hombres y mujeres ligados por las costillas, que andaban girando en la agilidad de sus cuatro piernas. Constituían la unidad humana completa, el matrimonio fundido en una unidad biológica de gran potencia. Estos seres extraños fueron separados por Zeus en un golpe de espada, cuando intentaban invadir al Monte Olimpo, subiendo en giros rápidos por sus

laderas, a fin de destronar a los dioses y asumir el dominio del Mundo. De ahí resultó esta humanidad fragmentaria a que pertenecemos y que hoy pretende repetir la hazaña mitológica, invirtiéndola. No quieren robar el fuego del Cielo, como Prometeo, sino llevar al Cielo el fuego de la Tierra y con él incendiar el Cosmos. En el Jardín de las Espérides vivían las Gárgolas, mujeres terriblemente feas y dotadas de misteriosos poderes. Medusa era la principal de ellas, dotada de una cabellera de serpientes. Perseo la mató y de su sangre nació Pegaso, el caballo alado que se lanzó al Infinito. Estos arquetipos griegos continúan activos en la dinámica del inconsciente colectivo de todos nosotros, como impulsándonos en la conquista del Infinito. Mas este delirio griego que figuraba, como en el mito de Pegaso, la dialéctica de las transformaciones espirituales, arrancando de la sangre de Medusa el caballo alado, no desempeña más este papel, en la aridez del pensamiento inmediatista en que el mundo se perdió. La fealdad y la maldad de las Gárgolas estaban cercadas de flores y esperanzas. La cabellera de Medusa estaba hecha de serpientes, mas la sangre que pulsaba en su corazón le dio alas a Pegaso. Nosotros, unidades separadas en mitades biológicas que no se encuentran ni se funden, pues desean apenas el gozo de placeres efímeros y no la conjugación psico-biológica de alma y cuerpo, solo pensamos en el Infinito en términos de finito pragmático.

Los medios de fuga se multiplicaron perdiendo valor. No queremos ni huir para Pasárgada, pues no somos más los amigos del Rey, como en el sueño del poeta. La realidad terrena perdió el encanto de las bellezas naturales, destruidas por el vandalismo inconsecuente. Nuestro deseo de trascendencia es apenas horizontal, volcado sistemáticamente para la conquista de prestigio social, dinero y poder temporal. En esta línea rastrera de ambiciones perecederas, sin ningún sentido espiritual, huimos hacia la negación de nosotros mismos y rechazamos nuestra esencia divina, pues nos tornamos realmente indignos de ella. El hombre frustrado de Sartre transformó la muerte, el túmulo y los gusanos, o el polvo impalpable de las incineraciones cadavéricas, en su única herencia posible. Las palabras alentadoras de Pablo: “Si

somos sus hijos, también, somos herederos de Dios y coherederos del Cristo” resuenan en el vacío, en el hueco del mundo, que ni huecos produce.

Quedaron en nuestras manos profanadoras apenas las herencias animales: la violencia asesina que es el medio normal de que las fieras se sirven para apartar obstáculos de su camino; la astucia de la serpiente para engullir y digerir a los adversarios más frágiles; la destrucción de los bienes ajenos en provecho propio, en el vampirismo desenfrenado de la selva social; la dominación arrogante de quienes no disponen de fuerzas para defenderse; la mentira, el chanchullo, la perfidia de los salvajes cuando se enojan, y que nosotros, los civilizados, transformamos en la alquimia de la canallada generalizada, en procesos sutiles de astucia, que, para vergüenza del siglo y de la especie, consideramos pruebas de inteligencia. Nuestros medios de fuga se reducen a la cobardía de la fuga de nosotros mismos.

“Donde todos se arrastran – advirtió Ingenieros – ninguno se atreve a andar de pie”. El panorama mundial de la actualidad se reduce a un espectáculo de arrastre universal. Porque será preciso vivir, sobre todo vivir, pues solo los materiales de la vida terrena significan alguna cosa en las aspiraciones terrenas. La *existencia*, en que el hombre se afirma por la dignidad de la consciencia, por el esfuerzo constante de superación de si mismo, fue trocada en minucias, en aquellos inflacionados, por el vivir larvario del día a día rutinario y de la sumisión al desvalor de los que conquistaron los puestos de comando en la sociedad envilecida. Inteligencias robustas y promisorias se vacían en la consumación de si mismas, sirviendo de manera humillante a señores ocasionales, que pueden asegurarles el falso prestigio de salarios altos y posiciones envidiadas por el cotarro rastrero. Todos tiemblan de miedo y pavor ante la perspectiva de la referencia desairada proferida por labios indignos. Todos los sentimientos nobles fueron envilecidos y los jóvenes aprenden, a coronadas y bufones de gañanes y primates, que más vale boca cerrada y la cabeza baja que el fin estúpido y definitivo en las torturas de las prisiones infectadas. Porque la única verdad generalmente aceptada es la de la nada. Si el dominio es de la

fuerza y de la violencia, la cobardía se transforma en regla de oro que solo los tontos no aceptan. Todo esto porque se enseñó a las generaciones sucesivas, a través de dos milenios, que el hombre no es más que polvo que en polvo se convertirá. Los sueños del antiguo Humanismo fueran simples delirios de pensadores esquizofrénicos. El orden general, que todos aceptan, es vivir para si mismo y para más nadie.

6

La Heroica Cachetada

Prepararse para la vida es educarse para la muerte. Porque la vida es una espera constante de la muerte. Todos sabemos que tendremos que morir y que la muerte puede sobrevenir en cualquier instante. Esta certeza absoluta e irrevocable no podrá ser colocada al margen de la vida. Quien se atreva a decir: “La muerte no importa, lo que importa es la vida”, no sabe lo que dice, habla con insensatez. Pero también los que solo piensan en la muerte y se descuidan de la vida son insensatos. Nuestra muerte es nuestro rescate de la materia. No somos materiales, sino espirituales. Estamos en la materia porque ella es el campo e que fuimos plantados, como las simientes deben germinar, crecer, florecer y fructificar. Cuando cumplimos toda la tarea, tengamos la edad que tuviéramos, la muerte nos viene a buscar para reintegrarnos en la condición espiritual. Basta este hecho, que es incontestable, para demostrarnos que nuestra vida depende nuestra muerte. Cada pensamiento, cada emoción, cada gesto y cada paso en la vida nos aproximan de la muerte. Y como no sabemos cual es la extensión del tiempo que nos fue marcado o concedido para prepararnos para la muerte, conviene que iniciemos cuanto antes nuestra preparación, a través de una educación según el concepto de *existencia*. Cuanto antes nos preparemos para la vida en términos de educación para la muerte, más fácil y benigna se tornará nuestra muerte, a menos que pesen sobre ella compromisos agravantes de un pasado criminal.

La preparación para la vida comienza en la infancia y los padres son responsables por ella. El niño es el ser que se proyectó en la existencia, disparado como un proyectil que debe transpasarla del comienzo al fin, agujereando la barrera de la muerte para alcanzar la trascendencia. Viene al mundo con su maleta invisible, cargada de sus adquisiciones anteriores en las vidas sucesivas. Muchas veces la maleta es tan pesada que los padres casi no soportan cargarla y temen abrirla. Mas habrá siempre ayudantes invisibles que tornan la tarea más fácil de lo que

parece a primera impresión. Sea como fuere, el huésped llegó para quedarse, pues pertenece a la familia y es generalmente en el seno de esta donde tiene los mayores compromisos, siempre recíprocos e inaplazable, intransferibles. En su bagaje, incorporada a su organismo físico y psíquico, podría haber miembros incompletos, destruidos, desgastados, no se sabe donde ni cuando, psiquismo descontrolado, mente descarrilada y muchas cosas más que la convivencia irá revelando. La carga más pesada será casi siempre el odio, aversión o antipatía a elementos de la familia, que se tornan a veces intolerables. Cabe a la familia luchar para corregir todos estos desarreglos, sin nunca desamparar al huerfanito, que, como enseñó Kardec, viene al mundo vestido con el *ropaje de la inocencia*.

El niño revela todo su bagaje mientras no alcance la fase de maduración necesaria para comunicarse con facilidad. En el período de maduración ejerce sus funciones básicas de adaptación, de integración en la vida y en el medio, que propiciarán a los familiares, particularmente a los padres o a los que los sustituyen, la introyección de estímulos renovadores en su inconsciente, por medio de actitudes y ejemplos. El instinto de imitación del niño favorece y facilita el trabajo de los padres y de los familiares, y ellos mucho podrán hacer en su beneficio, desde que mantengan en el hogar un ambiente de amor y comprensión. El niño es como un árbol – decía Taggore –, se alimenta del medio en que se desenvuelve, absorbiendo sus elementos y produciendo la fotosíntesis espiritual que beneficiará a todos los que le rodean de cuidados y atenciones. El ejemplo es, así, el medio más eficaz de renovarlo, desligando su mente del pasado, para que inicie una vida nueva. La hereditariad genética funciona paralelamente a la ley de afinidad espiritual. De esto resulta la confusión de los materialistas, que atribuyen todos los factores hereditarios exclusivamente al gen, aumentada por las influencias ambientales y educacionales. Los casos de gemelos idénticos, que llevaron al Prof. Ian Stevenson a la investigación de la reencarnación, deberían ser suficientes para demostrar que la pangenética materialista es muchas veces una víctima del preconcepto y de la precipitación, llevando a los científicos a

confundir cuerpo y espíritu, contra lo cual Descartes ya los advirtiera en el inicio de la era científica.

Aunque la influencia genética sea dominante en la formación de las características de familias y razas o sub-razas, la verdad es que el problema de las patronizaciones orgánicas, genialmente intuido por Claude Bernard, en los primordios de la Medicina Moderna, solo hasta ahora está siendo revelado en sus aspectos sorprendentes por las investigaciones científicas en este campo específico. Las experiencias con transplantes de miembros en embriones de ratas demostraron que una pata trasera del embrión, transplantada hacia el lugar de un brazo, se desenvuelve, bajo la influencia del centro patronizador local, como brazo. La formación total del organismo está dirigida por el cuerpo bioplasmático, comprobado e investigado por los científicos soviéticos de la Universidad de Kirov, pero los centros energéticos de este cuerpo se distribuyen en sub-centros locales que operan en el proceso genésico de acuerdo con las funciones específicas de los órganos. Por otro lado, las pesquisas parapsicológicas revelaron la poderosa influencia de la mente – ya hace mucho aceptada por el pueblo y sospechada por diversos especialistas – en la formación y desenvolvimiento de los organismos humanos.

La misteriosa emanación de ectoplasma del cuerpo de los médiums, en las experiencias metapsíquicas de Richet y otros, y su posterior retracción, en la reabsorción por el cuerpo, probada experimentalmente en las pesquisas de Von Notzing y Madame Bisson, en Alemania, confirmaron la existencia del modelo energético del cuerpo intuido por Claude Bernard. En las pesquisas recientes de Kirov y de universidades americanas y europeas quedó demostrado que el ectoplasma está constituido por energías del plasma físico que, por a vez, está formado el referido cuerpo. Estas y otras pesquisas y experiencias universitarias ofrecen base científica a la intuición de Ubaldi, quien vio en los fenómenos de materializaciones de espíritus en las sesiones experimentales mediúmnicas el desenvolvimiento de una nueva genética humana hacia el futuro, en la cual las mujeres serían liberadas del pesado encargo de la gestación y del parto de la herencia animal. Gustave Geley y Eugene Osty, continuadores

de Richet en las pesquisas metapsíquicas, verificaron que la ocurrencia de emanaciones bioplasmáticas de los médiums es más constante de lo que se suponía en el siglo pasado, verificándose en reuniones comunes de manifestaciones espíritas. El misterio de las formaciones de ageneres, que Kardec llamó *apariciones tangibles*, en donde las personas muertas se presentan a amigos y parientes como aún vivas en el cuerpo, capaces de todos los actos de una persona común, deshacen el misterio del ectoplasma de Richet y derrumban el dogma de la resurrección carnal de Jesús, dándole razón al Apóstol Pablo, quien enseña en la I Epístola a los Corintios: “El cuerpo espiritual es el cuerpo de la resurrección.” Es significativo que hubiese cabido a los científicos soviéticos, en la Universidad de Kirov, probar a través de pesquisas tecnológicas la realidad de estas ocurrencias. La reacción ideológica del poder soviético no pudo científicamente anular los resultados de estas pesquisas ni escamotear la calidad científica de los investigadores.

Frente a estos datos, una persona normal comprenderá que el problema de la sobrevivencia del hombre después de la muerte y el de su regreso a la existencia a través de la reencarnación no son residuos de un pasado supersticioso o de religiosismo ilógico, por lo tanto fanático, son, por lo contrario, problemas científicos de nuestro tiempo. No se trata de creer en esto u en aquello, de pertenecer a esta u aquella religión, sino de plantear la cuestión espiritual en términos racionales para poder llegar a una conclusión real. No vivimos más en el tiempo de las religiones tradicionales y aunque no lo podamos aceptar, actualmente, el misticismo irracional, ignorante, alienante y sentimental salvacionista. Estas religiones que nos prometen la salvación en términos de dependencia a sus principios contradictorios y absurdos, solo subsisten en este siglo gracias a la ignorancia de la mayoría, de las masas incultas y del prestigio social, política y económica que consiguieron en un pasado bárbaro de la Tierra. Por esto mismo ahora se pulverizan a nuestros ojos en millares de sectas ingenuas pastoradas por criaturas audaces y violentas. Una persona medianamente instruida no podrá aceptar las absurdas verdades, por más piadosas que sean, de estas religiones de

salvación. Mas la verdad demostrada por las investigaciones de la Ciencia, en el plano mundial, en los mejores centros universitarios de la Tierra, se torna indispensable para orientarnos en la vida, en búsqueda de una trascendencia racional, que no resalta de viejas escrituras sagradas de las civilizaciones agrarias y pastorales, sino de la evidencia de las conquistas del conocimiento en la actualidad.

Un ciudadano ilustrado, diplomado y doctorado, que acepta al mismo tiempo los dogmas absurdos de una iglesia y los Principios racionales de la Ciencia, demuestra desconocer el principio de contradicción, de la lógica, en que dos cosas no pueden ser, al mismo tiempo y en el mismo sentido, ambas verdaderas. Este ciudadano, por más honesto que sea, sufre de una falla mental en su raciocinio, producida por interferencia de elementos afectivos y exacerbados en su mundividencia. Toda su cultura, todos sus títulos, toda su fama en los medios socio-culturales no podrán salvarlo de la condena intelectual a que se destina y de la ingenuidad infantil a la cual se entrega en el plano filosófico. O aceptamos la verdad científica demostrada y probada de nuestro tiempo, con sus perspectivas abiertas hacia el mañana, o nos inscribimos en las filas sin fin de los retrógrados, intentando tapar inútilmente el sol con las manos.

El amor a la verdad es intransigente, porque la verdad es una sola. Los que sustentan el refrán ignorante de la *verdad de cada uno*, simplemente revelan no conocer la verdad y sus exigencias.

La Educación para la Muerte solo podrá basarse en la Verdad Única, probada con exclusión total de las verdades fabricadas por los intereses humanos o por el comodismo de los que nada buscan y por esto nada saben. El hombre educado en la Verdad no usa las máscaras de la mentira convencional ni puede ser sistemático. La pasión de la verdad rechaza toda mentira y lo hace recordar los versos de Tobias Barreto, aplicándolos al campo incruento de las batallas por el Futuro:

*Quando se siente golpear
en el pecho heroica cachetada,
se deja la hoja doblada
mientras se va a morir.*

La intuición de estos versos supera las exigencias formales de la poética para inscribirlos en la realidad viva de una existencia humana volcada hacia la trascendencia. Cuando la verdad es herida, o simplemente tocada por dedos impuros, aquel que la ama en términos de razón cierra el libro de sus estudios y pesquissas para morir por ella, si fuere necesario. Mas, entregando el cadáver a la Tierra, que de hecho pertenece, resucita en su cuerpo espiritual y regresa a los estudios súbitamente interrumpidos. La reencarnación le permitirá, también, retomar en la Tierra, en otro cuerpo carnal regido por su mismo cuerpo espiritual, los trabajos que en ella dejara. La muerte no es un esqueleto, con su calavera de ojos agujereados y una guadaña siniestra en los hombros, como se la figuraran dibujantes y pintores de otros tiempos. Su imagen real, líricamente cantada por lo poeta Rabindranath Taggore, es la de una novia espiritual, coronada de flores, que nos recibe en los portales de la Eternidad para las nupcias del Infinito. Aquellos que así la conciben no le temerán nunca, ni desearán precipitar su llegada, pues saben que ella es la mensajera de la Sabiduría, que viene a buscarnos después de la labor fecunda y fiel en los campos de la Tierra.

“Ven, oh Muerte, cuando llegare mi hora, a envolverme en tus guiraldas floridas” – exclamaba Tagore en uno de sus poemas-canciones, ya viejo y cansado, mas con sus ojos serenos reflejando entre las inquietudes humanas la luz de las estrellas distantes.

Si consiguiéramos encarar a la muerte con esta comprensión y este lirismo puro, desprovisto de los excesos mundanos, sabremos también transmitir a los otros, y especialmente a quienes nos aman, la verdadera Educación para la Muerte.

La Verdad, el Amor y la Justicia forman la tríada básica de esta nueva forma educacional que podría y debería salvar al mundo de su perdición en la locura de las ambiciones desmedidas. Esta tríada expulsará de la Tierra los espantos del Odio, del Miedo, de la Violencia y de la Maldad, que hacen al hombre retornar constantemente a la animalidad primitiva. Entonces no pensaremos más en huir hacia la Luz y de allá, como júpiteres de opereta, lanzarnos hacia el planeta que nos abrigó en el proceso

evolutivo los rayos de nuestra ferocidad. La Astronáutica se liberará de sus implicaciones bélicas y los satélites espías de las grandes potencias infernales desaparecerán para siempre. No somos los herederos del Diablo, ese pobre ángel caído de las leyendas piadosas, que nos lanza en la impiedad. Somos hijos y herederos de Dios, la Consciencia Creadora que no nos edificó para la hipocresía, mas para la Verdad, la Justicia y el Amor.

7

Inquietudes Primaverales

La adolescencia es la fase más difícil y peligrosa de la vida, mas también la más bella. Todo es esperanzas y sueño, incluso para los espíritus más prácticos. Mas existen adolescencias torpes, cargadas de pruebas quebrantadoras. Es en esta fase – entre los 13 y los 14 años hasta los 18 o 20 –, que el joven toma consciencia de sus nuevas responsabilidades, en su nueva *residencia en la Tierra*, para recordar el título de uno de los más bellos libros de poemas de Pablo Neruda. En este período las lecciones y los ejemplos de la infancia maduran lentamente y precisan, más que nunca, ser aumentados de nuevos y vigorosos estímulos. Porque, en esta primavera de la vida se avivan el perfume de las flores, el estupendo olor del polen y las condiciones de vagos recuerdos del pasado. El adolescente se siente atraído por sectores diversos de actividades y arrastrado hacia comportamientos anteriores casi siempre peligrosos. El se muestra rebelde, insatisfecho, se enfrenta a los padres y pretende corregirlos. Tórnase crítico, irónico, generalmente burlón, pretensioso, creyendo saber más que los otros, especialmente que los más viejos. Será el momento de la reelaboración de la experiencias de las generaciones anteriores, muy acentuado en la obra de Dewey. El tiene la razón y sabe que la tiene, mas no sabe como definirla, exponerla y orientar su pensamiento aún informe y ya ansioso por exteriorizarse e imponerse al mundo. No se puede contrariarlo frontalmente ni aprobarlo sin restricciones. Cualquiera de estas actitudes podrá exasperarlo. Se debe tratar con cuidado, evitando excesos, y darle ejemplos positivos sin alardes, sin propaganda. El, solo él será quien deberá percibir lo que se hace de bueno o de malo a su alrededor. Estímulos buenos y tentaciones peligrosas perturban su alegría, pequeñas recepciones le parecerán definitivas. Es en esta fase que se podría percibir, más o menos, cuales fueron los tipos de experiencias por las que pasó en su última encarnación. Esta percepción ofrece indicaciones importantes para la orientación del proceso

educativo, desde que sean consideradas con cautela y confrontadas con otras manifestaciones que las corroboren. De cualquier manera, no se debería hacer saber de estas observaciones al joven. Ellas sirven apenas para los padres y los familiares integrados en el trabajo de orientación. Comunicaciones de entidades serias y suficientemente conocidas podrían también auxiliar.

En las familias espíritas, bien integradas en la Doctrina, el proceso se torna más fácilmente realizable. En las familias católicas y protestantes, o integradas en sectas anti-reencarnacionistas, las dificultades serán mayores, mas no insuperables. La lectura y el estudio de las obras de Kardec ayudarán mucho al desenvolvimiento del proceso educativo, desde que el adolescente se muestre interesado por el conocimiento del problema. Forzarlo a esto sería contraproducente. Todo lo que representa o parezca imposición será fatalmente rechazado. La lectura referida podrá ser sugerida por otro adolescente, sin que se deje transparentar el dedo de un adulto detrás del intento.

De manera general, la observación de la vocación y de las tendencias del adolescente es importante. Mas lo más importante será siempre el ejemplo de los más viejos, en la familia y en la escuela, pues el instinto de imitación del niño subsiste en el adolescente y se prolonga, generalmente, en la madurez, diluido mas constante, lo que podemos verificar fácilmente en el medio social común. Los tiempos actuales no son favorables a los buenos ejemplos, más habrá siempre buenos libros que se pueden regalar a un adolescente en su aniversario, sin dejar percibir cualquier intención orientadora. Los libros que tratan de problemas espirituales y morales deben ser de autores brillantes, que encaren al mundo y la vida de manera objetiva, sin caer en el sermoneo o en el misticismo sentimental. O tratamos con los jóvenes en un lenguaje claro, directo y positivo o no seremos escuchados. Las nuevas generaciones son vanguardistas de un nuevo mundo y no quieren compromisos con el mundo de mentiras e hipocresías en el que vivimos hasta ahora.

No se piense, sin embargo, que todos los adolescentes son difíciles. En su excelente estudio *La Crisis de la Adolescencia*, Maurice Debusse tiene mucho para enseñarnos.

Las inquietudes primaverales de la adolescencia reflejan amarguras y alegrías de otras encarnaciones. Las amarguras corresponderían a fracasos dolorosos de una vida pasada, que tanto puede ser la última como también una encarnación anterior, hasta también longínea. Las alegrías reflejan acontecimientos felices, que por esto cargan también las sombras de la nostalgia, generando en el adolescente extrañas y profundas nostalgias. No se trata propiamente de remembranzas o recuerdos, mas apenas de un eco sobrecogedor que parece resonar en las profundidades de una gruta. El adolescente sufre estas repercusiones sin identificarlas, sin saber de donde llegan a su acústica interior estos ruidos semejantes al de los disponibles en una playa desierta. Ansias indefinidas brotan de su corazón, intentando arrastrarlo hacia distancias desconocidas, mundos perdidos en el tiempo, criaturas amadas mas desconocidas que lo llaman y ansían por encontrarlo. Los sueños lo embalan a veces, al dormir, en situaciones que lo confunden, pues las imágenes de otros tiempos y las del presente se barajan en el proceso onírico, sin permitirle identificar lugares, edificios, ciudades en que las que parece haber vivido. Los terrores nocturnos lo asaltan con visiones que muchas veces nada tienen de trágico o peligroso, mas que no obstante lo despiertan asustado y trémulo. Atrevido y audaz a la luz del día, dispuesto a enfrentar al mundo de los viejos y transformarlo heroicamente en un mundo mejor, se muestra infantil y frágil en estos momentos de resonancia imprecisa del pasado. A veces un pequeño incidente del presente, un intercambio de palabras ásperas con alguien, una joven que lo encaró distraídamente en la calle y después le volteó abruptamente el rostro, será suficiente para llevarlo a huir para su cuarto, encerrándose con llave para llorar angustiado sin saber por qué motivo llora. La crisis de la adolescencia no es fatal, obligatoria, por lo menos en esta intensidad. Varía enormemente en los grados de su manifestación y en algunos adolescentes parece nunca manifestarse. En verdad, se manifiesta atenuada, interpretándose en caprichos extraños, en una especie de esquizofrenia incipiente, que necesitan psicólogos y psiquiatras. Son las variaciones de temperamentos, de situaciones vividas, de sensibilidad más o menos aguzada, de mayor o menor integración del espíritu en la nueva encarna-

ción, que determinan esta variedad. La resonancia existirá siempre, mas no siempre desencadena la crisis. Los temperamentos estéticos, soñadores, son los más afectados. Los espíritus prácticos se apegan más fácilmente a la nueva realidad y la resonancia se produce en ellos de manera desvanecida, sin afectar su comportamiento.

Habrán criaturas que desde la infancia comenzarán a sentir los síntomas de la crisis. Ciertos adolescentes pasan por el período de la crisis como abobados, en estado de permanente distracción. Rechazan el mundo y al medio en que viven y desean morir. Creen que jamás se integrarán a la realidad presente. Realidad que pronto se va imponiendo a estas criaturas que acaban por adaptarse a ella. La vida tiene sus leyes y sabe domar la rebeldía humana. Algunas de estas almas rebeldes se acomodan al mundo, mas nunca lo aceptan de buen grado. Parecen exiladas en nuestro planeta. El período más difícil que atraviesan es el de la adolescencia, rechazando compañías, huyendo de las reuniones festivas, entregados a una especie de desánimo permanente.

En la pesquisa espírita se verifica, en la mayoría de estos casos, la presencia de entidades inconformes que aumentan la inquietud de estos espíritus nostálgicos. En las reuniones mediúnicas y a través de pases encuentran generalmente la solución de esta nostalgia aparentemente sin motivo.

El mundo actual presiona de manera arrasadora a estas almas sensibles, que muchas veces están pasando por los rescates de privilegios que usaran y abusaran aquí mismo, en la Tierra. Los cambios de posiciones sociales, el cambio de un medio refinado por las situaciones inferiores, en el proceso reencarnatorio, causa los desajustes naturales de todos los cambios. Mas cada alma viene preparada espiritualmente para superar estas dificultades de los períodos de adaptación.

En la Educación para la Muerte estos casos se previenen naturalmente a través de los esclarecimientos de la finalidad de la existencia. Enseñándose y probándose, con los datos científicos hoy ampliamente conseguidos, que la evolución es una ley general del Universo y que la evolución humana se desenvuelve en etapas sucesivas que nos llevarán siempre a situaciones

mejores, las inquietudes de la adolescencia son compensadas por la esperanza y también por la certeza de un futuro mejor. La desesperación y el desánimo son siempre producidos por la ausencia de la esperanza. En general esta ausencia es consecuencia de informaciones negativas sobre el destino humano. Las informaciones positivas y desinteresadas, suministradas por científicos que buscan la verdad y no la ilusión mística de las religiones, siempre interesadas en el proselitismo de que viven, son más fácilmente aceptadas y comprendidas. La desmoralización natural de las religiones de la muerte abrió las puertas del mundo a las concepciones negativas del materialismo y del ateísmo. Por esto el mundo se tornó más árido e insoportable, una especie de prisión espacial en que la especie humana está condenada a una vida de réprobos sin perspectivas. Y de tal forma esta prisión asfixió la Tierra que los mismos científicos, inermes ante la cuestión espiritual, se incumbieron de derrumbar la Dictadura de la Física, como señaló Rhine. El cálculo de probabilidades sustituyó la rigidez de las operaciones exactas e invariables de la concepción mecanicista. Introducido el espíritu en las ecuaciones físicas, la libertad se impone en las evaluaciones de la mecánica y de la dinámica de la Naturaleza. En vano surgió la revuelta filosófica del Estructuralismo de Strauss, que no pasó del sueño de una noche de verano para los anti-evolucionistas apegados al molde rancio del Fijismo dogmático. Las perspectivas actuales, no obstante las locuras del momento, son de esperanzas para la Tierra y el Hombre. Bastaría este hecho para alentar a los corazones inquietos y a las mentes perturbadas. El principio del Orden Universal perdió su rigidez estática y el fluir de la vida reveló su fluidez en la sorprendente flexibilidad de las estructuras vivas.

No hay más lugar para los adeptos de la nadificación en nuestra cultura. El Universo se reveló como fuerza energética, espíritu y materia. No se podrá hablar más, como en el tiempo de Bukner, apenas de fuerza y materia. Volvamos al pensamiento griego de Tales de Mileto, el vidente que decía: “El Mundo está pleno de dioses.” En la época, los dioses eran los espíritus que lo poblaban y, por su naturaleza específica, amenazaban sobre la

naturaleza humana común. Todos los sofismas de la Mística milenaria y todas las dudas del Escepticismo antiguo y moderno murieran en las explosiones atómicas de Hiroshima y Nagasaki. Nada se pierde, nada se acaba, todo se integra, desintegra y reintegra en las incesantes metamorfosis del Cosmos. Inadmisible el concepto vacío de la Nada, este hueco en el absurdo. La Nada no existe en parte alguna y la vida no es llama que se apague al soplo de dioses o demonios. Las sondas astronáuticas comprobaron el principio kardeciano de la relación creadora y dialéctica entre fuerza y materia. Ninguno, ninguna cosa u objeto, ningún ser se frustrará en parte alguna, simplemente porque las coordenadas del tiempo y del espacio reposan en la *duración*, este concepto moderno y dinámico que sustituyó al concepto estático de la eternidad.

La naturaleza óptica revela la esencia del ser como síntesis consciencial de la dialéctica espíritu y materia. Como Geley demostrara, la realidad única y densa es un flujo energético ininterrumpido que va del inconsciente al consciente. León Denis, a quien Conan Doyle llamó *El Druída de Lorena*, nos ofrece la síntesis poética y racional (Razón y Poesía – confirmando el hilosoismo griego) en esta visión espantosa de la realidad universal: “El alma duerme en la piedra, sueña en el vegetal, se agita en el animal y despierta en el hombre.” La consciencia es potencia en el mineral, desenvolvimiento progresivo en el vegetal, donde la sensibilidad aflora, transición vital en el animal, que desenvuelve la motilidad, y acto en el hombre, el camino inevitable e irreversible de la trascendencia en la existencia. Dios, la Consciencia Absoluta, no es el Primer motor Inmóvil de Aristóteles, mas la Consciencia Funcional del Cosmos. Como en la definición de la Educación por Hubert, Dios es la Consciencia Plena que eleva y atrae sin cesar a las consciencias embrionarias para integrarlas en su plenitud Divina.

8

La Escalera de Jacob

Nacimiento y muerte determinan el tránsito especial entre el Cielo y la Tierra. Día y noche, sin cesar, descienden y suben los Ángeles por la escalera simbólica de la visión bíblica de Jacob. Los Ángeles son espíritus, y el Apóstol Paulo esclareció que son mensajeros. Traen y llevan mensajes de un plano hacia el otro. Son mensajes de amor, de estímulo, de orientación y encorajamiento. Los mensajes son dados, en la mayoría, a través de intuiciones, en la Tierra, a los destinatarios encarnados. Mas habrá también las que son dadas por vía mediúmnica, a través de un médium, o por sueños. Esta comunión espiritual permanente se conoce desde las épocas más remotas. Mas solo en 1857, con la publicación de *El Libro de los Espíritus*, de Allan Kardec, en Paris, el problema fue encarado como positivo y llevado a la consideración de los sabios y de las instituciones científicas. Las Iglesias Cristianas, teniendo al frente la católica Romana, se levantaron contra esta posición, que decían simplista, de un grave problema teológico. Solo los clérigos y los teólogos, según ellas, tenían el derecho de tratar el asunto. Un siglo después, la cuestión estaba en las manos de las Ciencias y la Ciencia Espírita, fundada por Kardec, era colocada al margen del mundo científico, por no poseer un objeto legítimamente científico, material, al alcance de los sentidos humanos. Richet levantara, en la Metapsíquica, la tesis del sexto sentido, y Kardec sustentaba que los fenómenos mediúmnicos, por el hecho mismo de ser fenómenos, constituían el objeto sensible de la Ciencia Espírita.

En 1830 los profesores Joseph Banques Rhine y William McDougall lanzaban en la Universidad de Duke, en Carolina del Sur (Estados Unidos de América) la nueva Ciencia de la Parapsicología, para la investigación de estos mismos fenómenos. Y en 1840 ambos proclamaban, con sus colaboradores, la prueba científica de la Clarividencia. De allí en adelante creció rápidamente en el mundo el interés por el asunto y surgieron pesquisas y cátedras en todas las grandes Universidades de América y de

Europa. Hoy la cuestión es pacífica en el plano científico, y también en el religioso, puesto que la Iglesia aceptó la realidad de los fenómenos y se interesó efectivamente por las pesquisas. La Parapsicología avanzó rápidamente, siguiendo la trilla de la Ciencia Espírita, sin ningún desvío.

Vencida la barrera de los preconceptos y de las sistemáticas a que se apegaban numerosos científicos, la Parapsicología se definió como la Ciencia del Hombre. Rhine, al aposentarse en la Universidad de Duke, estableció la Fundación para la Pesquisa de la Naturaleza Humana. La Parapsicología sustenta la naturaleza espiritual del hombre y sus posibilidades de acción extensiva e intensiva en el plano físico y mental o espiritual. “La mente, que no es física, actúa sobre la materia por vías no físicas”, declaró Rhine, apoyado por grandes nombres de la Ciencia en todo el mundo. Esta declaración cambió el panorama cultural del planeta. Hoy ninguno duda, cuando nace una criatura, que se trata de un espíritu humano reencarnado biológicamente en la Tierra. Aunque aún existan sectores científicos reacios a la nueva Ciencia, se afirmó en el mundo de manera definitiva. Los científicos que la niegan o rechazan son considerados retrógrados o se definen a sí mismos como pertenecientes a religiones que no deben aceptar los nuevos principios.

La muerte perdió el sentido de negación de la vida. Los fenómenos Tetha, uno de los últimos tipos de fenómenos paranormales pesquisados por la Parapsicología, nada más son las comunicaciones mediúnicas. Más allá del tránsito entre la Tierra y el Cielo – el más movilizado del mundo – existe ahora la comunicación permanente entre los hombres y los espíritus. Los descubrimientos físicos en el plano de las pesquisas sobre la estructura de la materia demostraran que no vivemos en un mundo tridimensional, sino multidimensional. Los que mueren en la Tierra pasan hacia los planos de la esfera semimaterial, de materia rarefacta, que la circunda, y, conforme su grado evolutivo, para las hipóstasis espirituales entrevistadas por Plotino, en la fase helenista de la Filosofía Griega. En las sesiones espíritas, en todo el mundo, millares de personas consiguen conversar con amigos y parientes muertos, que dan pruebas evidentes de su

sobrevivencia después de la muerte. Las restricciones de los sistemáticos y preconceptuosos continúan, mas la realidad se impone de tal manera que estas restricciones han disminuido asustadoramente. La Tierra se espiritualiza, a pesar del materialismo de las religiones. Y la muerte ya no amedrenta a millares de millones de criaturas que muren todos los días.

Generalmente no se piensa en lo que esto representa para la Humanidad. Entregados a sus preocupaciones absorbentes del día a día, hombres y mujeres aún viven en la Tierra como hace millones de años. Cuidan de la vida sin preocuparse con la muerte. Esta posición anestésica es útil en la Tierra, mas desastrosa en los planos espirituales. En las manifestaciones de espíritus (fenómenos tetha) se puede evaluar el perjuicio causado a las criaturas por esta alienación a la materia. Embriagados por sus ansias de conquistas materiales, prácticamente tragadas por la vida práctica, la mayoría de los que mueren no tienen la menor noción de lo que es la muerte. Entran en pánico después del traspaso, apegándose después a personas amigas de sus relaciones, perturbándolas sin querer o procurando, a través de ellas, sentir un poco de la seguridad perdida en la Tierra. Además de estos prejuicios, la falta de educación para la muerte causa el perjuicio mayor de los desesperos, angustias existenciales y locuras que hoy barren la Tierra en toda su extensión. Por otro lado será preciso considerar los perjuicios inmensos producidos por la ignorancia de las finalidades de la vida. Las mismas Ciencias sufren de esta ignorancia, que les barra el camino de descubrimientos necesarios para la mejoría de las condiciones de la vida terrenal.

Por más atildados y dedicados que sean los científicos, si no tuvieren conocimiento de las leyes fundamentales que rigen al planeta y condicionan a la Humanidad, no podrán penetrar en las causas de los males y problemas que enfrentan. Será cuestión pacífica que la falta del conocimiento preciso y amplio del medio en que estamos nos deja entregados a peligros que no podemos prever. Es lo que ahora mismo acontece, en el caso de la contaminación peligrosísima del planeta por las exigencias del desenvolvimiento industrial. La falta de interés por la Ecología sumergió

al mundo en una situación desastrosa, que aún no sabemos como podremos superar. La Ciencia se atiene a los efectos, dejando las causas por cuenta de la Filosofía y de la Religión. Esta última se cerró en dogmas ilusorios, mandando a los santos la cuestión fundamental de las causas. Entregados a los conocimientos empíricos de la realidad constatada en los efectos, los hombres consiguieran realizar la hazaña trágica de la polución total del planeta, con los más graves perjuicios para la vida humana, como también para los vegetales y los animales. Nos descuidamos de la muerte y perdemos la vida. Si no cambiamos urgentemente de actitud, transformaremos la Tierra en una Luna sin atmósfera.

Nuestra insistencia en la consideración escatológica de la muerte, en su función esencialmente destructora – negándole el papel fundamental de controlador de la vida y la de renovador de las civilizaciones –, parece haber provocado una reacción en nuestra propia estructura óptica que nos transformó en nadificadores de nosotros mismos y de toda la realidad. El extraño privilegio que pretendemos, de ser los únicos seres condenados a la nada, un Universo en donde todo se renueva y se eleva, constituye la más espantosa contradicción de toda la Historia Humana. Esta contradicción monstruosa deforma la figura del hombre en el mundo que al contrario de imagen y semejanza de Dios, aparece como la fiera más temible del planeta, donde las fieras salvajes son sistemáticamente destruidas y devoradas por el animal dotado de inteligencia creadora, sentimiento, moral, comprensión de su espiritualidad y sensibilidad ética y estética. El humanismo apasionado de Marx, que soñaba sin saberlo con el Reino de Dios en la Tierra, se negó a si mismo al formular la teoría del poder totalitario y absoluto de una clase social contra las otras. Larissa Reissner, quien luchó por los bolcheviques de armas en la mano, se muestra desolada, en las páginas brillantes de su libro *Hombres y Máquinas*, al referirse a los campos de trabajos forzados de la URSS, en que antiguos y bravos compañeros de lucha pagaban bajo el poder soviético el precio de sus ilusiones para el fortalecimiento del Estado-Leviatán de Hobbes. La terrible dialéctica de las revoluciones sociales materialistas,

sin Dios ni corazón, llevó al Marxismo a la picota de la ley de negación de la negación, negándose a si mismo en el proceso histórico. Sin el respeto del hombre por si mismo, por su condición humana, todos los intentos de mejorar el mundo acaban en la asfixia de la libertad, nadificando al hombre después de transformarlo en objeto. Sería esta también la contradicción fundamental de Sartre en *El Ser y la Nada* y en la *Crítica de la Razón Dialéctica*. Mas es precisamente de las contradicciones entre la tesis y antítesis que podemos obtener la síntesis que nos da la verdad posible de cada problema

Los ángeles que descienden por la escalera de Jacob, en la alegoría bíblica, representan la tesis de la proposición existencial – la verdad posible del Cielo, o sea, de los planos divinos, entendiéndose por divino aquello que supera la condición material. Mas son estos mismos ángeles que regresan para el Cielo representando la antítesis. El tránsito espacial resulta de la síntesis humana en que la propuesta terrena y la respuesta celeste se funden en el proceso existencial de la trascendencia. Por esto Kardec rechazó las revelaciones proféticas del pasado, individuales y exclusivistas, que generaran las religiones de la muerte, estableciendo el principio de las revelaciones conjugadas, de naturaleza científica, en que el mundo es la tesis, el hombre es la antítesis y la verdad es la síntesis. Esta síntesis, como acentuó León Denis, es la mundividencia espírita, de difícil comprensión para los ángeles que descienden y se quedan en la rutina terrenal, en el círculo vicioso de las reencarnaciones repetitivas. La verdad posible esta entredicha a ellos, no por condena divina, mas por opción propia. Cuando ellos rompieren el círculo vicioso podrían comprender esta verdad, la verdad posible, al alcance del hombre que supo trascenderse. En la dialéctica espírita el hombre propone la tesis, el espíritu responde con la antítesis y la Razón elabora la síntesis del conocimiento posible. La religión, como enseña Kardec, sería la consecuencia de la revelación espiritual fundida con la revelación científica. La verdad posible tiene su legitimidad y su validez precisamente en esta fusión. Los limites de la vida terrenal condicionan la realidad humana a las posibilidades cognitivas de la mente humana actualizada en

la materia. El espíritu revela un principio espiritual y el científico revela la ley terrenal a ella correspondiente. Solo en este proceso de perfecto equilibrio el hombre podrá evitar los peligros del misticismo alineante, para vivir en la Tierra marchando hacia la trascendencia, a través de la Existencia. Es este el proceso que permite la fusión dialéctica de Ciencia y Religión, como fundamento de toda la verdad posible en la Era Cósmica. Por esto, no insistimos en el Espiritismo por sectarismo o proselitismo, mas por el hecho incontestable de que el solo nos ofrece los instrumentos conceptuales necesarios a la conquista de la realidad. Sin la fusión de la afectividad con la razón no podríamos alcanzar la síntesis del conocimiento general, en la fragmentación de los efectos sin el esclarecimiento de las causas. El método inductivo de la Ciencia nos permite reunir los efectos para la comprensión posible de la causa única y trascendente.

9

Jóvenes y Maduros

El concepto de Educación como un llamado de una conciencia para elevar su nivel a una consciencia inmadura, según René Hubert, coloca la cuestión en el plano rouseauniano de la educación individual para simplificarla, mas se aplica a todas las formas de la educación colectiva. Rousseau mismo usó esta táctica, puesto que no deseaba reducir la educación a un sistema privado de elite. La Educación como un *acto de amor* se dirige a toda la Humanidad. Cualquier discriminación en el proceso educativo, sea por motivos raciales, sociales, nacionales u otros, será una tergiversación del proceso educativo y una traición a su finalidad básica, que es hacer de un ser biológico, como el niño al nacer, o de un ser social, como el adolescente y el joven, *un ser moral*. Las excesivas restricciones de ciertos tipos de moral, como la victoriana en Inglaterra y la las religiones de la muerte en todo el mundo, llevarán a la moral al descrédito, pues la única virtud que producirían sería la hipocresía. Cuando se quiere asfixiar la naturaleza humana, en sus exigencias vitales, el resultado será siempre el mismo y las consecuencias futuras resultarán en rebeldía total. Mas cuando se trata de un ser moral, la expresión no se refiere a esta u aquella moral, sino a la Moralidad en los términos pestalozianos. En este sentido, la Educación para la Muerte abarca todas las edades de la evolución biopsíquica del ser humano, que solo alcanzará realmente sus fines cuando abarque a las colectividades. Por esto, Pestalozzi dio a su sistema una amplitud filantrópica. El simple hecho de suministrarlos educación específica a los hijos de ricos, relegando a los demás niños y jóvenes a los azares de la suerte, será una inmoralidad que atenta contra el principio del amor, fundamental en la educación. Es precisamente en este punto crucial del problema que la tríada *Educación, Vida y Muerte* se resuelve en una exigencia única y, por lo tanto, indivisible. Quien no educa no ayuda a ninguno a vivir y morir. Esto equivale a decir: Quien no distribuye Educación en pie de igualdad para todos trae los

objetivos existenciales del hombre y de la Humanidad. Por otro lado, el comercio puro y simple de la Educación, mantenido apenas con finalidad financiera, se constituye en un pecado ético mucho más grave que el pecado mortal de las iglesias.

Henri Bergson vio con precisión la unidad fundamental y sustancial de la Religión, de la Moral y de la Educación. Según su tesis, la moral social se funda en la religión estática, cerrada en su dogmática exclusivista, dándole, a pesar de este exclusivismo, la designación de Moral Abierta, porque ella se abre en el plano social. Se opone a ella la Moral cerrada, así designada por ser individual, que no se subordina a ninguna religión institucionalizada, mas apenas la consciencia de los hombres superiores. Esta es la moral que Pestalozzi llamó Moralidad, colocándola sobre las religiones. Refiriéndose también a la religión animal, evidentemente primitiva, nacida de la magia primitiva de las selvas, que determina la moral tribal, de la cual resulta, en el proceso evolutivo del hombre, en la moral social. De esta manera, el problema ético sería el pivote de toda la Educación y de toda la Moral, teniendo por expresión subalterna de las exigencias de la naturaleza humana las formas posibles de la religión. Así, Dios se hace humano y el hombre se hace divino, en el trueque ingenuo de favores mutuos entre el Cielo y la Tierra. Los jóvenes, recién salidos de la adolescencia, se creen e dotados de poderes milagrosos para transformar la realidad árida y caquética del mundo, renovándola en los ardores de su propia juventud. Cuando un joven decide entrar a la carrera eclesiástica es porque la sociedad lo convenció de que en ella podrá usar los instrumentos sagrados, provenientes de la magia de las selvas y mejorados en la estética de la civilización, para realizar, con los poderes terrestres y celestes mezclados que el sacerdocio le faculta, las metamorfosis necesarias de toda la estructura social para implantar el Reino de Dios en la Tierra. Al llegar, sin embargo, al plano de los adultos, madurando en el trato de la mundanidad, en que imperan las ambiciones de poder y ganancia, tan contrarias a las perspectivas divinas de sus sueños que ya penden marchitos a las orillas de los caminos recorridos y marcados por los rastros de amargas, decepciones y frustraciones irremediables, viendo

que los instrumentos divinos, ahora inútiles en sus manos, nada más son amuletos imaginarios. Solo le resta, entonces, rebelarse contra sí mismo, negarse en la dialéctica de los sueños y desencantos y ajustarse al comodismo de la madurez sin perspectivas. Será en este momento fatal del fin de la juventud que las religiones entran en agonía. La creencia ingenua y tejida de leyendas piadosas se transforma en paliativo innoble para las desesperaciones del mundo y los impulsos del antiguo entusiasmo se revelan muertos y pálidos como las serpientes de fuego del kundalini hindú que se transformaron en cenizas y carbón triturado por los años. La Moral, que antes brillaba en el cielo de las aspiraciones supremas del alma, es entonces un cadáver frío que sirve apenas para defenderlo de las debilidades inevitables del pasado. En el velorio estúpido de las carpideiras el héroe fracasado, vencido por sí mismo, solo encuentra el consuelo presente y duramente envilecedor de acomodaciones. Cuál será su concepto de la muerte? La del túmulo, de la podredumbre oculta en el laboratorio de la tierra para el aprovechamiento en la química de los residuos impuros – la nada. El pivote poderoso que sustentaba al giroscopio de las aspiraciones supremas se transformó apenas en un pivote forjado por dentista de arrabal, ahora suelto e inútil en la boca desdentada de una bruja a quien llaman por el nombre de Muerte. No habrá salida alguna en este impase final y definitivo. El hombre se entrega entonces, sin ilusiones o esperanzas posibles, al placer mezquino de la adulación y de la subservidumbre, temperando los restos de su existencia perdida en la zancadilla amarga de las humillaciones. Esta es la tragedia de las generaciones que florecieran en los campos sembrados por las mentiras de la Religión y de la Moral que se alimentan en la hipocresía. Por esto el Fin del Mundo, imaginado por los teólogos y pregonado por los clérigos, nada más sería lo que el aquejarre funambulesco de los duendes sin esperanzas. Los muertos resucitan para la vida eterna, mas lo hacen en sus cuerpos recuperados por un dios sádico, que los retira del túmulo en el estado precario en que murieron en un pasado remoto, dándoles apenas el consuelo de continuar en la eternidad a vivir con las dolencias y las deformidades de una remota vida frustrada. No sería preferible la caldera del Diablo, en este caso, más piadosa que Dios?

Es espantosa la inversión de valores producida por la imaginación teológica en el Cristianismo. Apretados entre dos ordenes de cosas, la humana y la divina, mas fatalmente apegados, por su condición humana y por el condicionamiento de las aspiraciones celestes, los teólogos hicieron tal confusión en la supuesta Ciencia de Dios que heredaron de las mitologías paganas, que acabaron atribuyendo virtudes de Dios al Diablo y atribuyendo a Dios las maldades de este. De esto resultó que Dios aparece muchas veces en el plano teológico vestido con la piel del Diablo, y este se atreve, generalmente, a introducirse diabloticamente en la piel de Dios. Claro que esta lamentable confusión llevaría a los hombres, no a los caminos del Cielo ni a las veredas del Infierno, sino al desierto sin caravanas ni rutas de la incredulidad y del materialismo. Tanto papel impreso se gastó, en tomos inflados de sabiduría fantasiosa, que se tornó necesaria la red de dogmas inexplicables e inviolables, hasta intangibles, para impedir el desmoronamiento total de las gigantescas estructuras teológicas. Mas no hay prisión que esclavice para siempre al pensamiento, hoy reconocido como la energía más poderosa del universo. Estos prometeos de sotana quisieran robar el fuego del Cielo sin escalar el monte Olimpo. Evitaron los rayos de Zeus y de Júpiter, mas acabaron enrolados en sus propias trampas. La Iglesia no confió en las simientes del Evangelio (que Lutero tuvo que arrancar a la fuerza de sus manos cenicientas) y sembró en la Tierra las simientes del Diablo, regadas a maldiciones y sangre, al crepitar siniestro de las hogueras inquisitoriales. Estas mismas hogueras, sin embargo, hicieron madurar la razón humana que explotaría en flores y frutos, en cosechas inesperadas en los finales de la Edad Media y en el Renacimiento. Dios corregiría a los teólogos.

Las nuevas generaciones son las últimas herederas de la herencia teológica y enfrentan los últimos embates con los defensores de una tradición mentirosa e hipócrita. Esta posición exige de los jóvenes pesados gravámenes. Ellos se sienten aplastados por aquellas exigencias de los rabinos del Templo, que Jesús acusó de sobrecargar a los hombres con fardos aplastadores y sin ayudarlos siquiera con la punta de los dedos;

amarrados a tradiciones familiares y al mismo tiempo atraído por las perspectivas de una vida más racional y justa en conflicto consigo mismo. El llamado conflicto de generaciones se acentúa y complica, llevando a muchos jóvenes a la revuelta y al desespero. Acaban rasgando los viejos protocolos de los Sabios de Sión y entregándose a la experiencia, en la búsqueda de originalidades. Llegan a la madurez en plena confusión. No consiguen asimilar la cultura del pasado y precisan integrarse urgentemente en las condiciones de un mundo híbrido en que las opciones se tornan embarazosas. El ansia de los adultos, de parecer jóvenes, los torna generalmente excéntricos, por lo tanto desajustados. En esta fase de transición la edad cronológica pierde su antiguo sentido, juventud y madurez se confunden, generando una vejez insubordinada que exulta sobre los valores antiguos. Mas la fuerza de la edad se acaba imponiendo y obliga a los viejos jóvenes a todos los compromisos de la mentira y de la hipocresía. Es por esto que parece, a los observadores atentos, como vueltos en contravía.

La Educación para la Muerte los libraría de estas situaciones conflictivas, dándoles los instrumentos de la comprensión de la época, necesarios para la orientación segura para los tiempos de inseguridad. La muerte nos espera y sorprende a todos, mas cuando aprendemos que la muerte no es la estación final de la vida sino un punto de trasbordo para otros destinos, reconocemos la necesidad de las fases de transición, que nos hacen conocer el revés del mundo. Es en estas fases que la rutina de las civilizaciones se quiebra, se despedaza, para que el flujo de la evolución pueda proseguir en las civilizaciones subsecuentes. Las personas que no pueden aceptar el principio de la reencarnación, porque les parece absurdo, deberían pensar en la rutina de la vida, que nos encierra también en la rutina de las ideas hechas y aceptadas sin analizar. En un Universo esencialmente dinámico, en que, como decía Talles, no podemos entrar dos veces en un mismo río, puesto que en cuanto salimos de las aguas el río se modificó, no será admisible aceptar que solo el hombre no pueda cambiarse, transformarse, y tenga que desaparecer con la muerte. La regla es una sola, para todas las cosas y todos los

seres. Desde que nacemos, hasta morimos, nuestra propia vida individual será un constante cambio. Por esto preguntó el poeta mexicano Amado Nervo: “Será más difícil renacer que nacer?”

10

La Eterna Juventud

En las pesquisas básicas de la Ciencia Espírita, fundada y desenvuelta por Kardec, los fenómenos mediúmnicos, hoy llamados paranormales, revelaron que los muertos se remozan, rejuvenecen después de la muerte. Las pesquisas posteriores, como las de la Metapsíquica, de la Física Trascendental de Zöllner, de la Biopsíquica de Notzing, de los neo-metapsiquistas como Gustave Geley y Eugéne Osty, y en las pesquisas psicofísicas de William Crookes, de Sir Oliver Lodge, de Crawford (especialmente sobre la mecánica del ectoplasma) y en las pesquisas actuales de la Parapsicología moderna, este fenómeno se confirmó plenamente. También en los fenómenos de apariciones (estudiados recientemente por Rhine y Louise Rhine, por Pratt y su Grupo Tetha de pesquisas), la confirmación se repite. En nuestras pesquisas personales o de grupo, en la compañía de investigadores experimentados como el Dr. Adalberto de Assis Nazaret, o el Dr. Urbano de Assis Xavier (médium de comunicaciones orales, inclusive voz directa, ectoplasma y efectos físicos en general), constatamos directamente el fenómeno del rejuvenecimiento. Un periodista radial, hombre de TV, nos contó un hecho curioso al respecto. Su madre le reclamó ingenuamente a él contra las apariciones desafiantes del espíritu del padre, que se le aparecía como un viejo remozado, mostrándole especialmente el rostro sin arrugas diciéndole: “En cuanto usted continua arrugándose, vea como estoy cada vez más joven.”

Cuando se tiene la noción de la diferencia básica entre espíritu y materia será fácil que se comprenda el fenómeno. El espíritu, como elemento natural y básico de la formación de la Tierra, no se desgasta con el tiempo, mientras que la materia sufre desgaste violento. Libre del condicionamiento humano del cuerpo físico, el espíritu humano no sufrirá el envejecimiento. Cuando se manifiestan envejecidos, lo hacen artificialmente, para comprobar su identidad humana.

Por extraño que parezca, el elixir de la larga vida y de la juventud perenne no está en las manos de los vivos, sino en las manos de los muertos. Solo la muerte goza del privilegio de rejuvenecernos. En la dialéctica de la vida y de la muerte esta contradicción se resuelve en la síntesis de la resurrección, en los términos exactos de la enseñanza del Apóstol Pablo, en su primera epístola a los Corintios. Generalmente buscamos en la Tierra lo que solo podremos encontrar en el Cielo. Es este uno de los mejores motivos para no querer rechazar o maldecir a la muerte. Kardec enseñaba que el mundo primitivo, el mundo matriz del que nació el nuestro, es el espiritual. Este mundillo terreno puede desaparecer en cualquier momento, sin que esto afecte en nada la perfección y la armonía del Cosmos. Así como la criatura humana, al nacer en la Tierra, procede del mundo espiritual, también la Tierra, al ser formada en el espacio sideral, procedía de los mundos ancestrales. Le cupo a los materialistas soviéticos – asustados con esta dialéctica desconocida – probar en este siglo que una simple hoja de árbol tiene su matriz espiritual intangible e indestructible por nuestros instrumentos materiales. Aquello que parecía un simple sueño de Platón, el mundo-matriz de las ideas, se tornó realidad científica y tecnológica de la Era Cósmica en las famosas pesquisas de la Universidad de Kirov. El cuerpo bioplasmático de todos los seres vivos y el modelo ideal de todas las cosas existe y puede ser probado por los que desearan procurarlo en las propias cosas y seres. Los duplicados platónicos, vencidas hace millones de años, pueden ser pagas ahora, sin intereses ni corrección monetaria, en las ventanas de la pesquisa científica mundial. El pánico ideológico desencadenado en la URSS por este temerario descubrimiento, con las reacciones políticas inevitables, no empañan de manera alguna la gloria incómoda de los investigadores victorianos. Sabemos todos que la pesquisa científica no depende de concesiones estatales, como no dependieron, en la Edad Media, de licencias religiosas. Una pesquisa científica será soberana en sus resultados y la validez de estos dependerá apenas de la autoridad científica de los investigadores y de la metodología aplicada. Si todo se pasó en el plano universitario y las pruebas objetivas resisten a las repeticiones experimentales, ningún poder exterior

podrá invalidarlas. Si el Estado Soviético rechazó los resultados contrarios a sus dogmas ideológicos, esto no invalida científicamente los hechos comprobados. En el ámbito del poder estatal el rechazo podrá ser aceptado por la violencia, mas en el plano puramente científico solamente la contra-prueba científica podría invalidarlos. Y como los datos fueran divulgados y confirmados en entrevistas de los investigadores para la prensa mundial y publicados por Universidades extranjera, bajo la responsabilidad de entrevistadoras universitarias, en edición oficial universitaria, el problema escapa al poder del Estado interesado en negarlos. Aceptarse la negación por decreto seria violentar los derechos impostergables de la Ciencia, soberana en su ámbito inviolable.

Dentro de las normas universales de la Ciencia no habrá ni podrá haber otro rechazo de los resultados más allá de la contra-prueba científicamente válida, realizada por científicos capacitados en plano abierto, libre de injerencias extrañas. Si no fuese así y la verdad científica quedase entregada al arbitrio de los Estados poderosos, en detrimento de la verdad y de la propia validez de la Ciencia como tal.

Por otro lado, la realidad del cuerpo bioplasmático ya había sido probada por las pesquisas anteriores de científicos consagrados de Europa y de América, quienes confirmaron la tradición cristiana al respecto, con los mismos resultados de las pesquisas de la Universidad de Kirov. Si el llamado materialismo científico fuese aceptado como árbitro infalible de la Ciencia, en el interés exclusivo de ideologías sociales, la verdad quedaría adscrita al pragmatismo de los Estados interesados y caería en el plano peligroso de los formalismos académicos. Regresaríamos a la sujeción de la Ciencia, lo que vale decir de la verdad, a los déspotas del poder estatal, en sustitución al absolutismo medieval de la Iglesia, con el adendo moderno, pero actual, de la infalibilidad de las revelaciones proféticas.

Ciertas personas se impresionan con pareceres y proclamaciones de entidades paracientíficas que, sin poseer la contra-prueba científica, se arrogan el derecho de condenar al descubrimiento apoyado apenas en argumentos pseudocientíficos. Tenemos contra esto, en la propia URSS, el episodio Vassiliev

contra Rhine, en el cual el notable científico soviético de Lenigrado intentó desmentir la afirmación del Prof. Rhine de que el pensamiento no es físico. Vassiliev confesó el fracaso de sus intentos de contra-prueba y se contentó en afirmar que estaba convencido de lo contrario. Una capitulación que solo sirvió para fortalecer la tesis del científico norte-americano. Y todo quedó en esto, por que no había ni habrá posibilidad de transformarse en materia la naturaleza extrafísica del pensamiento y de la mente.

Las pesquisas sobre la naturaleza del pensamiento han demostrado que no está sujeto a las leyes físicas. No está sujeto a condicionamientos, no se desgasta en las emisiones a grandes distancias, no sufre ninguna influencia de la ley de gravedad y no esta vedado por ninguna barrera física. Un pensamiento emitido aquí y ahora podrá ser captado en el otro hemisferio, ahora mismo o de aquí a varios años. Reconocido como la energía más vigorosa de la que podremos disponer, sería la única que serviría con eficiencia en la comunicación astronáutica. El aislamiento de una nave espacial que pasa por detrás de un cuerpo celeste como la Luna, no pudiendo en este trayecto comunicarse con la Tierra, y roto sin dificultades por el pensamiento. Tendremos así en nosotros mismos los recursos para las incursiones cósmicas. Además de esto el pensamiento recorre las distancias y el tiempo en todas sus dimensiones, pudiendo invadir el futuro y sumergirse en el pasado, en los fenómenos de precognición (profecía) y de retrocognición (adivinación del pasado). El entrenamiento telepático (transmisión del pensamiento) perfecciona y desenvuelve la acción del pensamiento, permitiendo al hombre la omnipresencia de los dioses. Cuando sabemos que esta energía mental es la misma que constituye al espíritu humano, comprendemos que la sobrevivencia espiritual del hombre es una ley natural y que el dominio de la muerte se restringe apenas al campo material. En las fotos paranormales obtenidas por los pesquisadores de Kirov, según los señalamientos de Lynn Schroeder y Sheila Ostrander, pesquisadoras de la Universidad americana de Prentice Hall, el cuerpo bioplasmático aparece radiante, sin la opacidad del cuerpo material. Científicos rusos

dijeron que este cuerpo espiritual se asemeja al brillo de un cielo intensamente estrellado. Es esto lo que somos, y no materia. Y en esta condición estelar gozamos de la juventud eterna, puesto que el espíritu no está sujeto a desgastes ni al envejecimiento. Jesús respondió, cierta vez, a los judíos que lo interpelaban sobre la naturaleza humana: “No está escrito, en vuestras escrituras, que sois dioses?” Los dioses no envejecen ni mueren. Formados de aquello que podemos llamar *esencia mental* – ni materia, ni antimateria – no somos perecederos ni estamos sujetos a envejecer. Educar para la muerte es preparar a los hombres para el paso natural del mundo material hacia el mundo espiritual. Esta preparación no demanda un curso especial y rápido, mas exige un progresivo esclarecimiento de la realidad humana a través de la existencia. Tenemos que arrancar de la mente humana la visión errónea de la muerte como oscuridad, soledad y terror, sustituyendo este anatema del terrorismo religioso por la visión de los planos superiores de que la verdadera vida fluye hacia la Tierra. El luto, los velorios sombríos, las lamentaciones de las plañideras antiguas o modernas, la frente arrugada por las preocupaciones pesadas y dolorosas, todo esto debería pasar en el futuro para los museos de antigüedades macabras y estúpidas.

En todo esto nada existe de sobrenatural. En la Tierra o en el Cielo estamos dentro de la Naturaleza. Las leyes naturales que conocemos en la materia son las mismas que abarcan a todo el Universo, en la riqueza y en el esplendor de la naturaleza. La salvación que todos los creyentes desean no viene de los formalismos religiosos de ninguna Iglesia, mas de nuestro esfuerzo cotidiano para transformarnos de prisioneros de la materia y de la animalidad primitiva hacia la espiritualidad que cargamos oculta y mal ventilada en nosotros mismos. La Filosofía Existencial de nuestro siglo considera la *existencia* como *subjetividad* pura, lo que vale decir que somos espíritus. La juventud eterna del Espíritu es la herencia que nos fue reservada, como hijos de Dios que somos. Porque Dios, la Suprema Consciencia, no nos creó del barro de la Tierra, sino de la luz de las estrellas.

11

El Acto Educativo

Por todo lo que hemos visto hasta ahora, estamos en una fase histórica en que el misterio de la muerte fue amplia y resuelto con seguridad. No habrá más posibilidades a la menor duda en lo tocante a la sobrevivencia de todos los seres vivos al fenómeno universal de la muerte. Nada se acaba; la duración de las cosas y de los seres es infinita. Este es un aspecto de la realidad que estuvo siempre expuesto a la observación humana, probándose incesantemente por si mismo, desde las selvas hasta las más elevadas civilizaciones. Estas pruebas llegaron en nuestro tiempo a un punto decisivo, gracias al desenvolvimiento de las Ciencias, al esclarecimiento cultural que alejó de las mentes más desenvueltas y capacitadas las dudas creadas por las supersticiones y por el comercio religioso de la muerte en todo el mundo. A pesar de esto, la posición de la Ciencia al respecto de la cuestión permaneció invariable en los últimos siglos, particularmente en los siglos XVIII y XIX. El entusiasmo por las conquistas técnicas, por las victorias en la lucha contra el dogmatismo de la Iglesia y la esperanza ilusoria de una rápida y fácil explicación del mundo por las teorías mecanicistas, generaron el materialismo simplista y alegre que Marx y Engels llamarían utópico, reservando para si mismos la clasificación pomposa y temeraria de *materialismo científico*.

En esta misma época surgía la Ciencia Espírita y se abría para el mundo una visión más seria y grave de la realidad total del Universo. Como acentuó Conan Doyle, las invasiones inconsecuentes y dispersas de los espíritus en nuestro mundo terreno, sucedía una *invasión organizada*, dirigida por Espíritus Superiores, con finalidad clara y definida de revelar *la verdad cristiana*, hasta entonces estafada, en su pureza esencial. Solo entonces la muerte comenzó a mostrar a los hombres su cara oculta, revelando al mismo tiempo el sentido verdadero de la vida y, como acentuó León Denis, *su pesada responsabilidad*. Las prácticas misteriosas y aterradoras de la preparación de los hombres para

la muerte sucedían a los primeros intentos, por las manos de Denizard Rivail, discípulo y continuador de Pestalozzi, en el desenvolvimiento de una educación para la muerte.

Toda la larga fase anterior, envuelta en supersticiones mágicas y misticismo alienante, de los tiempos primitivos hasta la primera mitad del siglo XIX, fue apenas de preparación dramática, sombría y trágica de la criatura humana para el misterio insondable en que toda la Humanidad sería fatalmente tragada. Es increíble que las iglesias cristianas se esforzaran tanto, hasta hoy, para mantener esta situación desesperante en el mundo. Aunque hace poco el Papa Pablo VI, mostrándose preocupado con su muerte próxima, declaró que nada dice la Iglesia sobre la muerte, a no ser que sobreviviremos a ella en una forma de vida misteriosa. De misterio en misterio, como se ve, los problemas fundamentales de la vida y de la muerte fueron escapando de las manos de los clérigos. Hoy estos asuntos pasaran hacia el ámbito de la Ciencia. Mas será la Educación y la Pedagogía que, en última instancia, cabe hoy la obligación de elaborar los programas de orientación educativa de todos nosotros para el acto de morir. En la didáctica especializada de esta nueva disciplina resalta, como punto central nuevo campo educativo, el *acto educativo*. En él se concentra, como en el núcleo del átomo, todo el poder organizador y orientador del proceso a desenvolverse. Para René Hubert y Kerchensteiner, el acto educativo es un acto de amor. En las pesquisas sobre la Educación primitiva, entre los salvajes, se evidenció que la naturaleza de la Educación es esencialmente afectiva, amorosa. Esto nos muestra que la Educación para la Muerte no puede ser coercitiva, autoritaria, constreñidora y mucho menos aterrorizadora. Las religiones de la muerte, por lo tanto, se negaron a si mismas al optar por el terrorismo de las maldiciones y de las amenazas para educar a los hombres en el difícil oficio de morir y de soportar la muerte a su alrededor. Simone de Beauvoir observó, en contacto con materialistas ideológicamente convencidos, que morir es una necesidad natural del hombre, que los materialistas temen, principalmente, la soledad de la muerte. Nada saben, como los religiosos, sobre los secretos de la muerte. Debería ser por esto que siempre mueren

con los ojos abiertos, dejando a los vivos el trabajo de cerrarlos. Si los materialistas pudiesen ser filósofos, no les importaría la soledad de la muerte, puesto que si en ella todo se acaba, no podría haber soledad. Y será también por esto que no puede haber una Filosofía materialista. La esencia de la Filosofía es la libertad y su objeto es ella misma. La Filosofía es la captación libre de la realidad que nos dará una libre concepción del mundo. El materialista no es libre, puesto que está preso a la idea fija de que todo es materia. Fue esta posición incomoda que llevó y alejó a Marx de la escuela hegeliana y lo llevó a la corrección errada de la dialéctica cierta de Hegel, poniendo cabeza abajo lo que estaba evidentemente en pie. Por esto, Marx y Hegel, el profeta bíblico extemporáneo y su ángel anunciador, transformaron la Filosofía en un juego de ajedrez cuyos resultados están marcados desde el inicio de la partida. La concepción del mundo del Marxismo es un tablero con piezas fijas e invariables y jugadas pre-fabricadas. De ahí el impase marxista en la Filosofía, rodando siempre en un círculo vicioso, un laberinto en que se perdió el hilo de Ariadna. La misma Revolución Rusa, que debería modificar al mundo, acabó produciendo el impase del constante retorno a las fórmulas capitalistas. Para librar al hombre de la explotación capitalista, la URSS tuvo que capitalizar-se y recurrir, desde los primeros momentos, a la explotación horripilante del trabajo forzado. No habrá una puerta de salida para la concepción solipsista del mundo en el Marxismo, a no ser la del Anarquismo, que no puede ser usada porque se dispersarían pronto las bases filosóficas artificiales. Mientras que no se le devuelva al Espíritu su concepción del mundo, el Marxismo no alzará vuelo. Quedará rodando en el piso por falta de un ala, como explicaba el Prof. Bressane de Lima en sus palestras espíritas. Lo mismo acontece con el Capitalismo, que tiene sus alas presas en el torque histórico formado por las pinzas agresivas y sin piedad de la economía burguesa y de las religiones de la muerte, con sus aparatos y sus esceficaciones ceremoniales. No es por acaso que estamos en un mundo tan lleno de conflictos y angustias. Pagamos caro el mundo fantasioso que orgulloosamente construimos sobre el mundo natural de la Tierra. Re-

adaptar este mundo humano a la realidad planetaria es tarea urgente, que cabe a todos y a cada uno de nosotros.

El *acto educativo*, en el proceso de la educación para la muerte, se revela aún más profundo y significativo que en la educación común. Comienza por el llamado de una consciencia esclarecida y madura a las consciencias inmaduras, para elevarse sobre los conceptos erróneos a los cuales se apegan. Tenemos que revelar y justificar para estas consciencias, con datos científicos actuales, el mecanismo individual y colectivo de la muerte. Urge convencer al hombre de que la muerte no es un mal, sino un bien de la naturaleza y una necesidad para el hombre. Tenemos que demostrar que el muerto no es un cadáver, sino un ser inmortal que, al pasar por la vida y la muerte se enriqueció con nuevas experiencias, adquirió más saber, desarrolló sus facultades o potencialidades divinas. Tenemos que esclarecer el sentido de la palabra hasta hoy empleada de manera alienante, esclareciendo que la condición divina del hombre es simplemente el producto de una existencia de trabajo, amor y abnegación, en que la criatura supera, en las vías de la trascendencia, el condicionamiento animal del cuerpo material y la ilusión sensorial que lo imanta al vivir animal. Tenemos que quebrar la sistemática habitual de las escuelas y de las iglesias, que se apegan al pragmatismo, a las subfilosofías del *vivir por vivir*, desvendando el verdadero significado del placer y del amor, como elementos de sublimación de la criatura humana en las funciones vitales y genésicas de la especie. El mandamiento del amor al prójimo debería ser colocado en plano racional, libre de las amenazas opresivas y de la maraña de las conveniencias inmediatistas. Mostrar que el Amor a Dios, la más elevada forma de amor existente en la Tierra, no se hace con miedo y terror, sino de comprensión; no se dirige a un mito, sino a una Consciencia que nos impulsa en la práctica de la justicia y de la bondad, sin discriminaciones de especie alguna. Tenemos que esclarecer que la muerte está en nosotros mismos y no fuera de nosotros, que convive con la vida en nosotros. Como enseñaba Buda, “la muerte nos visita 75 veces en cada una de nuestras respiraciones”. Tenemos que demostrar que, en verdad, morir es simple-

mente dejar el condicionamiento animal y pasar a la vida espiritual.

La fase más difícil del acto educativo es la que da la comprensión del desapego a los bienes pasajeros del mundo, sin despreciarlos, como forma de preparación para las actividades de abnegación amorosa que deberemos ejercer después de la muerte. Mas no deberemos exagerar las promesas de más allá del túmulo, puesto que no se promete lo que no se puede dar, sino enseñar que solo se llevará, en el cambio de la muerte, el bagaje de las conquistas que se realizan aquí, en la vida terrenal. No seremos premiados, sino pagados en la otra vida, justamente pagados por todo lo que demos gratuitamente en esta vida. Esta enseñanza, acompañada de ejemplos vivos de nuestra vivencia, demostrará a los educandos que no usamos palabras piadosas, sino que los convidamos a caminar a nuestro lado, haciendo lo que hacemos. Deberemos sustituir las ideas de recompensa por las de consecuencia. Pero si hiciéramos todo esto sin amor, pensando apenas en nosotros mismos, nuestros actos no tendrán repercusión, puesto que nada más hicimos que cumplir con nuestro deber, en el contrato social y universal de la convivencia humana. Ninguno hace sin haber aprendido, pero ninguno aprende sin hacer. Así, la reciprocidad de nuestro quehacer nos liga profundamente a los otros en las redes de la ley de acción y reacción, demostrándonos de manera objetiva y subjetiva que somos todos nos necesitamos unos a los otros. La convivencia humana se entreteje de intereses, desconfianzas, despechos y aversiones, sobre un paño de fondo en que el amor, la simpatía y el respeto ofrecen precaria base de sustento. Gran parte de este tejido de malquerencias recíprocas provienen de motivos ocultos, provenientes de envidias y celos. Porque unos están mejor dotados que otros y la vanidad humana no permite a los inferiores perdonar a los más agraciados por la naturaleza o por la fortuna. El problema de la reencarnación explica estas diferencias, muchas veces chocantes, y alienta a los infelices con esperanzas racionales, demostrándoles que cada uno de nosotros será el responsable único por su condicionamiento individual. Los hombres aprenden a tolerar sus derrotas hoy para alcanzar victo-

rias futuras, y en este aprendizaje se superan a si mismos, modificando el tenor inferior de las relaciones sociales. Las pesquisas científicas actuales sobre la reencarnación hacen parte necesaria de la educación para la muerte, que en el caso pierde la mayoría de sus aspectos negativos, transformándose en promesa de recompensa posible. Al mismo tiempo, sustituyendo las amenazas religiosas absurdas por los socorros de las buenas acciones en la vida de prueba, que será siempre pasajera, predisponiendo a las criaturas condiciones espirituales en la vida presente. Las pruebas científicas del poder del pensamiento, que hoy se revela como forma de comunicación permanente en la sociedad humana, nos demuestra la conveniencia de la conformidad y de la alegría íntima en las relaciones sociales.

El acto educativo, en esta extensión y en esta profundidad, tornase el más poderoso instrumento de transformación del hombre, llevándolo a descubrir en si mismo las más poderosas fuentes de energía de que podemos disponer en el mundo, y basta esto para darnos la Nueva Consciencia que apagará en nosotros todos el fermento viejo de que hablaba Jesús a los fariseos, los residuos animales de nuestra condición humana.

No será con sermones tejidos con palabras mansas y palabrería emotiva, ni con piedad fingida, bendiciones s formales del profesionalismo religioso, promesas de un cielo de delicias al lado de amenazas de condenas eternas que podremos despertar a los hombres para una vida más elevada. Tenemos que colocar los problemas humanos en términos racionales, sin contradicciones amedrentadoras. El hombre reacciona, consciente u inconscientemente, a todas las amenazas y condenas y a todas las injusticias de la sociedad y de las potencias divinas. Hasta hoy, hemos sido tratados como animales en fase de domesticación y reaccionamos intensificando la violencia y la revuelta por toda la Tierra. De ahora en adelante precisamos pensar seriamente en la educación positiva del hombre en la vida, con vistas a su educación para la muerte. El instinto de posesión y las ambiciones del poder desencadenaron en la Tierra la ola de violencias que hoy nos asombra. Mas el hombre es racional y puede superar esta situación desastrosa ante la revelación de las primaveras secretas

del amor y de la bondad. En su consciencia está la marca divina del Creador, en la idea de Dios que Descartes descubrió en las profundidades de si mismo. En un mundo y en una sociedad en que los estímulos son, en la mayoría negativos, los ejemplos deplorable, las leyes injustas, las religiones mentirosas entregados al tráfico de la simonía, la moral hipócrita y así por delante, en que los buenos se hundan en la miseria para que los malos vivan con las tripas llenas, no habrá condiciones para el desenvolvimiento de las virtudes del espíritu, sino solamente para los vicios de la carne.

El *acto educativo*, en la Educación para la Muerte, se constituye en un proceso complejo que debe abarcar todas las facultades humanas, para elevarlas al plano de las funciones superiores del espíritu. Comenzando en el individuo, primera brecha por la cual se puede inyectar la idea nueva en relación constante con la muerte, este acto de amor se extenderá a las comunidades, contagiando al mundo. Es lo que Jesús comparó a la acción del fermento en una medida de harina, para levarla. Es también el poquito de sal que da gusto a la insipidez del mundo, a través de aquellos que se dispongan a salarse a si mismos para transmitir a los otros el estímulo salino. Todas estas cosas no son nuevas, son viejas, pero en verdad no envejecen. Hace dos mil años Jesús de Nazarét, carpintero e hijo de carpintero, enseñó al mundo los principios de la Educación para la Muerte y enriqueció sus enseñanzas con su ejemplo personal. Ejemplificó la inmortalidad, resucitando en su cuerpo espiritual – el cuerpo bioplasmático que los materialistas descubrieran y se apresuraron a esconder de la Humanidad. Mas la Educación para la Muerte fue entonces transformada en las Religiones de la Muerte por los mercaderes de los templos y el mundo retornó a las tinieblas, apegado a los mitos y enriqueciendo el panteón mitológico con la imagen del carpintero crucificado por judíos y romanos en colusión. Nos cabe ahora, en la antevíspera científica y tecnológica de la Era Cósmica, disponernos a luchar por la reimplantación de la Educación para la Muerte, que enseñara a los hombres a vivir bien para morir bien, o sea, morir conscientes de que no mueren,

pues la ley de los Cosmos no es la muerte, sino la vida sin fin, indestructible en la realidad infinita de la Creación.

La Hora de la Magia se agotó en las selvas, en los intentos ingenuos de los hombres primitivos, de descubrir y controlar las leyes naturales, dominando la naturaleza por medios ilusorios y grotescos. La Hora de las Religiones se escurrió en las ampollitas de arena o en las clepsidras goteantes. La Hora de la Ciencia se desapareció en las minucias de la técnica. Mas surgió al final la Hora de la Verdad, en que toda la realidad se transforma en estructuras invisibles, en el polvo atómico y sub-atómico de las inversiones de la antimateria. Es la Hora Esperada de la Resurrección del Espíritu.

12

El Mandamiento Difícil

El mandamiento central de los Evangelios, y por esto mismo el más complejo y el más difícil, es el de amar al prójimo como a nosotros mismos y a Dios sobre todas las cosas. Amar al prójimo no parece muy difícil, pero amarlo como a nosotros mismos es casi una temeridad. Mas Jesús lo dio de manera enérgica, explicando también que este amor corresponde al amor a Dios. Amamos naturalmente a nosotros mismos con tal ahínco que extendemos este amor a la familia y se lo negamos a las personas extrañas, generalmente de manera agresiva y celosa. Podemos explicar esto, psicológicamente, por el egocentrismo de la infancia, que es una exigencia de la formación de la personalidad. Si el niño no fuese, como se acostumbra decir, el centro del mundo, y no se apegase a esta centralización, sería fácilmente absorbida en la mundanidad y dispersa en la temporalidad, para usar la terminología de Heideggard. Para mantener su unidad óptica, o sea, para ser *ella misma*, el niño tendrá que apegarse con uñas y dientes a su ego, este pivote interno, en torno del cual se desenvuelven las energías de la afectividad y de la creatividad. El mundo nos atrae e intenta absorbernos en un proceso de dispersión centrífuga. Si no tuviésemos el pivote del ego, con sus energías centralizadoras, el ser estaría sujeto a perderse en la dispersión de las energías ópticas. Lo normal es que estas dos corrientes energéticas se contrabalanceen, sin lo que tendríamos al individuo egoísta o al individuo amorfo, sin nunca alcanzar la formación de la personalidad que define al hombre. La permanente amenaza y el temor de la dispersión generan en el hombre la reacción de defensa contra la eternidad. En las tribus salvajes los niños recién-nacidos son considerados criaturas extrañas y misteriosas, que llegan no se saben de donde. Por esto son tratadas con cariño en la primera y segunda infancia, pero después sometidas a períodos de observación en cuanto las tendencias que deben revelar. Solo adquieren un nombre y se integran en la tribu después de ser reconocidos como en condiciones para tanto.

En las civilizaciones encontramos un desenvolvimiento agudo del sociocentrismo, en que los extranjeros son considerados impuros, como en la Antigua Israel, o considerados bárbaros, como en la Roma Antigua. El mismo instinto de conservación, que comienza en la ley física de la inercia y se prolonga en las cosas y en los seres, hasta el hombre, y sus instituciones, completa este cuadro defensivo. No hay dudas que nuestra desconfianza en relación al prójimo proviene de estas fuerzas instintivas. Solo conseguiremos vencerlas cuando nos sintamos ópticamente maduros, como seres formados y definidos en nuestra personalidad. Cuanto más inseguros nos sintamos, tanto más difícil se torna nuestra aceptación del prójimo, sin prevenciones ni desconfianzas. Nuestra primera actitud ante un desconocido es siempre de reserva o de antipatía. Solamente en los reencuentros reencarnatorios de criaturas afines, con un pasado de relaciones felices o una afinidad vibratoria semejante, los primeros contactos podrán ser expansivos.

La sabiduría de las enseñanzas de Jesús se revela precisamente en estos casos en que se demuestra de manera evidente. Con la enseñanza del amor al prójimo Jesús actuó sobre la indebida extensión de estas fuerzas preservadoras en un tiempo de madurez. No fue solamente con la enseñanza del monoteísmo, de la unicidad de Dios, que él procuró despertarnos para la fraternidad humana. Completando la acción reformista y dándole más énfasis a la necesidad de amar a todos nuestros semejantes, él definió a la familia humana como consecuencia de la paternidad universal de Dios.

Stanley Jones, pastor metodista, llamado *El Caballero del Reino de Dios*, por sus prédicas profundamente humanistas, Descubrió la manera cristiana de combatir esta aversión al extraño, diciendo: “Cuando veo pasar por mi puerta a un hombre condenado por los otros, pienso entonces que, por aquella criatura detestada, el Cristo se entregó a la crucifixión.” Porque, en verdad, Jesús no vino a la Tierra para salvar a este u aquel, sino a toda la Humanidad. Si consiguiéramos comprender esto, alejaríamos de la Tierra el chancro moral del racismo, de la aversión al extranjero, de la impiedad para con los infelices viciados en el

crimen y en la maldad, ofreciéndoles por lo menos un poco de simpatía. Con esto, pringamos con una gota de amor en la taza de hiel que nuestro hermano lleva a sus labios todos los días.

Más extraño nos parece el mandamiento: “Amad a vuestros enemigos.” Entretanto, si no hiciéramos esto, nunca aprenderemos realmente a amar. Porque el verdadero amor nunca es discriminativo, sino abarcante, envolviendo en un solo objeto de afecto a todas las criaturas. Como enseña Kardec, no podremos amar a un enemigo como amamos a un amigo, que conocemos por la experiencia de la convivencia, depositando en él nuestra confianza. Amar al enemigo no es fácil, exige principalmente el sacrificio del perdón y del olvido de lo que él nos hizo de mal. Y por esto mismo este amor será sublime, pudiendo llevar al enemigo a transformarse en nuestro mayor y más reconocido amigo. No podemos, sin embargo, actuar con ingenuidad en estos casos. Tendremos que usar siempre, como Jesús enseñó, la mansedumbre de las palomas y la prudencia de las serpientes. Dice el pueblo que “Quien hace un cesto hace un ciento.” El hombre, heredero de los instintos animales, es también heredero de los instintos espirituales de que trata Kardec, y posee el poder discriminador de la consciencia. Actuando siempre con la debida prudencia, podrá apagar las amarguras de la enemistad sin entregarse a las trampillas de la traición. Así, el proceso de amar al enemigo no pueda ser inmediato, sino progresivo, según la prudencia de los salvajes en el trato con los nuevos y aún desconocidos compañeros que llegan a la tribu *vestidos con el ropaje de la inocencia*, según la expresión kardeciana. Lo que importa, en el caso, no es el milagro de la conversión del enemigo en amigo, sino el despertar en el hombre la comprensión verdadera del amor.

La importancia de este problema, en la educación para la muerte, se relaciona con la cuestión de la sobrevivencia. Las pesquisas de la Ciencia Espírita demostraron que muchos de nuestros sufrimientos en la Tierra provienen de las malquerencias del pasado. Un enemigo en el Más Allá representa casi siempre ligas negativas, de forma obsesiva, para el que quedó en la Tierra sin saber perdonar. La técnica espírita de la desobse-

sión, de liberar al hombre de las vibraciones de odio y venganza de los enemigos muertos, es precisamente la de la reconciliación de ambos en las sesiones o a través de oraciones reconciliadoras. La situación obsesiva es grandemente desfavorable para el que continua vivo en la Tierra, puesto que este se olvidó de los males cometidos y el espíritu obsesor, vengativo, se recuerde claramente de todo. Por esto, las prácticas violentas del exorcismo, judío o cristiano, con amenazas y rechazos negativos del obsesado, podrán llevar al auge el odio del obsesor.

La condición del obsesor en el plano espiritual, alimentando el odio que llevó de la Tierra, es también responsabilidad del obsesado que no supo perdonar ni pedir perdón. Todos los sufrimientos de una situación de penoso desajuste en el después de la muerte son producidos por la dureza de corazón del que continuó en la Tierra o a ella regresó para el necesario reajuste. Por esto, Jesús advirtió que deberemos acertar el paso con nuestro adversario mientras estemos en el camino con él. Conocidos estos principios de manera racional, podremos influir en el alivio de la pesada atmósfera moral que pesa sobre la Tierra en momentos como este que estamos viviendo. No se trata de problemas que deban ser resueltos por este u aquel tribunal, humano o divino. La solución estará siempre en nuestras manos, puesto que fue con ellas que practicamos los crímenes que ahora punzan sobre nuestra consciencia como los rayos de Júpiter. En los tenebrosos anales de la pesquisa psíquica mundial encontramos numerosos casos, descritos en minucias por los protagonistas de tragedias de esta especie. De ahí la advertencia de Jesús, que parece temeraria a los ignorantes: “El que reprenda a su hermano de *raca* está condenado al fuego del infierno.” La palabra *raca* es una injuria grandemente ofensiva, mas el castigo parece exagerado. Deberemos recordar que el fuego del infierno no es eterno, como quieren los teólogos, pero que el dolor de la consciencia fuera de la materia quema como fuego. Tuvimos la oportunidad de convivir algunos días con un asesino quien matara a su adversario a cuchillo, por las costillas. Era un hombre de formación protestante, que continuaba apegado al Evangelio y se justificaba con pasajes vengativos de la Biblia, apoyados

por Dios. Repelió nuestras explicaciones de que la Biblia es una colección de libros judíos y nos dijo, con asustadora firmeza: “Si él me apareciese ahora redivivo, lo mataría de nuevo.” Episodios como este nos muestran como los sentimientos humanos pueden perdurar en los espíritus encarnados o desencarnados, de manera asustadora. El odio de este hombre no se extinguirá con la sangre del enemigo. Ninguna sombra de remordimiento transparentaba en sus ojos cargados de odio y amenazas. Le faltaba, sin embargo, el conocimiento de las leyes morales. Más tarde, según nos dijeron, su corazón se ablandó. Tuviera un sueño con el adversario muerto, que le pedía perdón, llorando, por haberlo llevado a la desesperación del crimen.

Las tragedias de esta especie, en que la víctima generalmente es responsable por el crimen, por motivos de su intransigencia, son en mayor número de lo que suponemos. Tornase muy claro, en estos casos, el proceso dialéctico de la evolución humana. En este criminal aparentemente insensible había un corazón profundamente herido por la intransigencia del adversario. Cuestiones formales de honor, de derechos violados, de prepotencia y humillación torturaron la mente del asesino y lo llevaron al crimen. Cometido este, transcurridos amargos años de prisión, con la familia en la miseria y enlodad por la mancha criminal, la víctima transformada en verdugo no lograba perdonar al muerto. Los instintos animales, en fermentación en su afectividad y en su consciencia, no le permitían abrirse para la comprensión de la gravedad de su acto. Al mismo tiempo, el asesinado, en los planos espirituales inferiores, removía su odio y su frustración, acusando al asesino de haberle quitado la vida. El trueque de vibraciones mentales entre ambos los mantenía en la misma lucha. Solamente la interferencia de la misericordia divina consiguiera abrir una rendija de luz en la mente del asesinado, para que él cayese en si y reconociese su culpabilidad. Para la sociedad terrena la tragedia terminara en las gradas de una prisión, mas para el mundo espiritual proseguía. En la consciencia del asesinado la visión de la realidad hasta entonces oculta despertaba los instintos espirituales, las ansias de superación de las condiciones animalidades a que se entregara en la carne. La

Educación para la Muerte habría liberado a ambos en la misma vida carnal, llevándolos a la comprensión de que no eran fieras luchando en la selva, sino criaturas humanas dotadas de potencialidades divinas. No les habrían faltado los socorros espirituales de la intuición y del llamado terreno en el campo religioso. Uno era protestante y el otro católico, ambos tuvieron contacto con los Evangelios desde la infancia, mas la reacción hipnótica de los intereses mundanos los había imantado fuertemente a la materia, haciéndolos olvidar la naturaleza espiritual de la criatura humana. Las religiones, por su parte, imantadas a las interpretaciones dogmáticas, no pudieron ampararlos con la explicación racional de la situación que enfrentaban. Mientras tanto, hace dos mil años, Jesús advertía: “Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!”

13

A Conciencia da Muerte

Todos sabemos que moriremos, que la muerte es inevitable, pero estamos tan apegados a la vida y nos hacemos una idea tan negativa y temerosa de la muerte que la rechazamos en nuestra consciencia y la transformamos en un mito, apartándola para el Final de los Tiempos. Mito asustador, ella permanece en la distancia, envuelta en nebulosas, de manera que solo la vemos como figura trágica de un cuento de terror. Heideggard observó que solo la aceptamos, para los demás, con la expresión aleatoria *morirse*, que nunca se refiere a nosotros. Fascinados por el flujo incesante de la vida, sumergidos en el torbellino de nuestras preocupaciones del día a día, tenemos la sensación inconsciente y agradable de que ella siempre se distancia de nosotros. También cuando, conscientemente, pensamos en la muerte, lo hacemos con la ilusión de que ella no llegará tan pronto, puesto que tenemos aún muchas cosas por hacer y sentimos que la vida rebulle en torno de nosotros sin permitir la entrada de la muerte en nuestro medio. Esta es una forma ingenua de protegernos de nuestra muerte, según las exigencias del instinto de conservación. Así aliviarnos el miedo de la muerte, confiados en el poder de la vida.

De nada valen estas pequeñas trampas. La muerte llega cuando menos la esperamos y generalmente nos lleva hacia la otra vida sin darnos tiempo para comprender lo que acontece. Las pesquisas psíquicas, a través de más de dos siglos, demuestran el curioso espectáculo de muchas criaturas muertas que no saben que murieron. Continúan vivas en la materia por cuenta de sus propias ilusiones y pasan a asombrar sin querer y sin saberlo a los lugares en que Vivian o frecuentaban. Es claro que permanecen desajustadas en el mundo espiritual.

Para evitar estos y otros inconvenientes, deberemos desenvolver en nosotros la consciencia de la muerte, sabiendo positivamente que ella existe y es inevitable, siendo inútil cualquier ilusión en este sentido, que solo podrá perjudicarnos. Tendremos

que familiarizarnos con la muerte, considerándola con naturalidad, no transformándola en tragedia o en espectáculos inútiles de desesperación. En las sesiones espíritas se cuida mucho de estos casos, procurándose despertar a los muertos de sus confusiones producidas por el apego a la Tierra e integrándolos en la nueva forma de vida para la cual pasaron. Ellos no son tratados como *almas del otro mundo*, sino como compañeros de la vida terrenal que se liberaron del condicionamiento animal por retornar a su mundo de origen, que es el espiritual. Los adversarios de la doctrina critican este proceso mediúmnico, alegando que criaturas aún encarnadas nada tienen para enseñar a las que ya se libraron del cuerpo material. Pero desde las pesquisas de Kardec hasta la actualidad el proceso de adoctrinamiento ha dado los mejores resultados, tanto en favor de los espíritus perturbados por el pasaje súbito al plano espiritual, cuando en el esclarecimiento de personas que sufren las influencias de estas entidades. Esto se explica por dos razones fundamentales:

- 1) El adoctrinamiento es la transmisión de enseñanzas de los desencarnados superiores dados a Kardec, a través de la mediumnidad, para la renovación moral y espiritual de la Humanidad. Apoyados en el conocimiento de estas enseñanzas es que los médiums y los adoctrinadores atienden a las entidades desencarnadas.
- 2) Las pesquisas de científicos eminentes como Richet, Crookes y Zöllner, en el siglo pasado, y Geley, Osty, Crawford, Soal, Carington, Pratt y Price, en la actualidad, probaron que en los ambientes mediúmnicos la emanación del ectoplasma ampara a los espíritus desencarnados e inseguros en el plano espiritual, dándoles la sensación de seguridad física necesaria para conversar con los adoctrinadores como si estuviesen encarnados. La situación de los espíritus recién-desencarnados, en el plano espiritual, no les permite la lucidez necesaria para comprender fácilmente las enseñanzas que reciben de las personas que dirigen el trabajo mediúmnico.

Este intercambio se procesa en beneficio de los espíritus y de los hombres, sin ningún sistema de evocaciones ni rituales. Los

espíritus se manifiestan por su libre voluntad, deseosos de comunicarse después de la muerte del cuerpo físico, con familiares y amigos que dejaron en la vida terrenal. Estas manifestaciones naturales marcan toda la historia de la Humanidad, en todo el mundo y en todos los campos, sin ninguna interrupción. No son descubrimientos modernos ni invenciones de cualquier investigador; figuran en los libros sagrados de todas las religiones, en la cultura de todos los pueblos y en las grandes obras literarias, filosóficas y científicas de las grandes civilizaciones. Constituyen, por lo tanto, una fenomenológica al mismo tiempo arcaica y moderna, actualmente comprobada por las pesquisas tecnológicas, tanto en las áreas espiritualistas como en las materialistas del mundo actual. No se trata de productos de creencias o supersticiones, sino de una realidad fenoménica científicamente probada y comprobada. Las interpretaciones personales de estos fenómenos, formuladas por clérigos interesados en negarlos o subordinarlos a procesos puramente psicológicos, nada representan, son apenas palpitos ingenuos o interesados, hartamente negados por las grandes pesquisas científicas del pasado y del presente.

La muerte es un fenómeno natural, de naturaleza biológica, en el cual se verifica el agotamiento de la vitalidad en los seres por la vejez o por accidentes fisiológicos. No atañe la esencia del ser, que es siempre de naturaleza espiritual, refiriéndose apenas al cuerpo material, lo que quiere decir que ella no existe como extinción de las formas de ser de las plantas, de los animales y de los hombres. Hablar de la muerte como la nadaficación, como hacia Sartre, es simple ilogismo, tanto desde el punto de vista puramente racional, como del científico. Las condiciones actuales del desenvolvimiento científico eliminarán totalmente cualquier posibilidad de sustento de la teoría de la Nada, este concepto vacío, como Kant lo consideró. Quienes insisten en la destrucción total del hombre por la muerte revelan ignorancia del avance de las Ciencias en nuestros días. Lo que se hizo en este siglo en la investigación de este problema, directa o indirectamente, liquidó las últimas esperanzas de los que soñaron con la irresponsabilidad de la nada, de un Universo inconsecuente y sin

finalidad. Indirectamente, la Física reveló las potencialidades ópticas de la materia y, en sus entrañas, la eterna dinámica de los átomos y sus partículas, siendo que estos, cuando libres, tienden siempre a formar estructuras atómicas definidas y plasmas orgánicos. Las pesquisas de la antimateria revelaron la misma tendencia en los anti-átomos, creadores de espacios nuevos y anti-estructuras materiales. Los vacíos espaciales se mostraron cargados de campos de fuerza que escapan a nuestra sensación, a la precariedad de los sistemas de percepción humana, generalmente superados por la percepción animal. Y, directamente, el avance de las pesquisas psicológicas, profundizadas por la Parapsicología, confirmó la tesis del avance constante del inconsciente hacia el consciente, de Gustave Geley, confirmando la teoría de la evolución creadora de Bergson. Científicos soviéticos volvieron, en las pesquisas astronáuticas, a desvendar los misterios de los siete velos de Ísis, como lo hicieron M. Vassiliev y Sianiukovch, en *Los Siete Estados del Cosmos*. En las captaciones e grabaciones de lo inaudible por Raudive, en Alemania, en las pesquisas de Pratt sobre los fenómenos *tetha* (avisos de muerte y comunicaciones de espíritus de personas muertas) y en las pesquisas sobre la reencarnación por Ian Stevenson, Wladimir Raikov (este en la Universidad de Moscú) y por Barnejee en la Universidad de Rajastam, tenemos una constelación imponente de hechos y datos positivos sobre la realidad, hoy innegable, de la transitoriedad de la muerte. Al mismo tiempo, ante este panorama de revelaciones científicas, la muerte adquiere una importancia gigantesca en la construcción de la génesis moderna. Se tornó imposible sustentar líricamente las tesis materialistas en nuestros días.

La necesidad de una toma universal de consciencia sobre el sentido, el significado y el valor de la muerte, se tornó imperiosa. Es simplemente inadmisibile, en este siglo, cualquier doctrina que pretenda sustentar con simples argumentos que la muerte es el final y la frustración total de los seres vivos y especialmente de la criatura humana. El panorama científico actual exige de todos nosotros el desenvolvimiento de la consciencia de la muerte, cuya fatalidad innegable se explica por la necesidad de

renovación de las estructuras de la vida en todos los planos de la naturaleza. En consecuencia, la presencia de Dios, como Consciencia Suprema que rige a toda la realidad, en una estructura lógica, teleológica y antiteleológica, se afirma como el imperativo categórico de la comprensión del mundo, del hombre y de la vida. Los teólogos que proclamaran, ante la tragedia nazi en un exiguo espacio-tiempo de nuestro pequeño planeta, la Muerte de Dios, mataron la Teología en que se amamantaron por siglos, prácticamente un matricidio vergonzoso y estúpido. En última instancia, se suicidaron en la puerta del Cielo, en el momento exacto en que el Cielo era conquistado por la Ciencia mundial. Nunca se vio mayor fiasco que este, que redujo a simple opereta la hazaña de Prometeo y a su muerte en el Caucaso. Sonó la hora final de las Iglesias, el instante fatal de la falencia eclesiástica, transformada en todas partes en una nueva muerte del Padre. La gran Diosa murió para nuestros ojos, como ya había muerto el Dios Padre en los fiordos de Noruega, ante la capitulación dolorosa de Knut Hamsun. Las Iglesias, universalmente transformadas en supermercados de quinquillerías sagradas, están ahora vendiendo sus saldos de bodega a los misioneros por cuenta propia que invadieran a las naciones para vender de puerta en puerta, en los submundos de la ignorancia falsamente ilustrada y del populacho ansioso por un cielo de delicias pasmosas *made in Bizancio*. Por que Bizancio fue el final esquizofrénico del Mundo Antiguo después de la caída de Roma y hoy la Nueva Roma, ya también esclerosada, parece destinada a sellar el fin del mundo de la arbitrariedad y de la violencia en que vivimos.

Esta rápida mirada al pasado de intentos frustrados de implantación del Cristianismo en la Tierra basta para mostrarnos que precisamos desenvolver en nosotros la consciencia de la muerte, para aprender a morir con decencia y dignidad. Si esta civilización apoyada en arsenales atómicos nada más puede esperar que su propia explosión, que al menos nos preparemos para morir con las manos limpias, sin manchas de sangre y de robos, a fin de poder regresar en las futuras reencarnaciones, en condiciones conscienciales que nos permitan realizar un nuevo intento de cristianización del Planeta. Sin una toma de consciencia

cia del sentido y del valor de la muerte estaremos arriesgados a continuar indefinidamente en el círculo vicioso de las vidas repetitivas y sin sentido. La vida solo tiene sentido cuando sirve de preparación para vidas mejores. El destino no es vivir como fiera, sino vivir para trascender, en una escalada del Infinito en búsqueda de las constelaciones superiores. Los secretos de la muerte nos son ahora racionalmente accesibles para poder aprender a perder nuestra vida para reencontrar al Cristo.

14

Dialéctica de la Consciencia

Dios no ha muerto, pero murió el Papa. Los teólogos agoreros de la Muerte de Dios también morirán, uno por uno, cada cual con su muerte individual e intransferible. Pablo VI pasó silencioso por el tumulto del mundo. Fiel a la sistemática de la Iglesia, no inventó reformas ni intentó cercar a las reformas audaces de Juan XXIII. Ante la insubordinación del Cardenal Lefevre, quien ordenó ejércitos de nuevos sacerdotes para luchar contra él, no se atemorizó ni promovió represalias sagradas. Acusado brutalmente de pecados horribles cuando era cardenal de Milán, se limitó a lamentar al calumniador. Daba la impresión de un Júpiter envejecido, que no disponía más de fuerzas para lanzar los rayos de la ira mitológica sobre los atrevidos. Se dedicó a la siembra de la paz entre los hombres, se ofreció como rehén en los casos de secuestro y, al contrario de amenazar a los incrédulos con el espanto del Diablo, llegó a prestar el más espantoso homenaje al Ángel Rebelde, afirmando: “Quien no cree en el Diablo no es cristiano”. Últimamente pasó a hablar de su muerte próxima, como si preparase al mundo para aceptarla como él la aceptaba. Si no consiguió pacificar a los hombres, por lo menos mantuvo la paz de la Iglesia, defraudando a los fanáticos que todo hicieron para merecer una maldición. Hizo justicia al título de Su Santidad, que tantos de sus antecesores ostentaron sin dar muestras de merecimiento.

La impresión que se tiene, ahora que su cadáver está delante del mundo como un llamado silencioso a la concordia y al amor, es la de que él fuera el último Papa. El Colegio Cardenalicio que debe elegir al nuevo Papa está en dificultades.² Si el Espíritu Santo no posa dulcemente en la cabeza veneranda de uno de los candidatos a su sucesión, no se sabe como los votantes harán la escogencia. La Barca de Pedro está balanceando indecisa sobre las aguas, como el Arca del Diluvio. Tal vez haya llegado el momento de la Iglesia, que hace mucho lucha en vano para salir

de los arrecifes teológicos en que encalló después de la última conflagración mundial.

La consciencia no es, como Sartre supuso, un vacío que se llena con datos del mundo. Por lo contrario, la consciencia es la garra psíquica del hombre, con la cual él se apodera del mundo para transformarlo, subyugándolo y adaptándolo a las exigencias humanas. Desde la selva este diálogo se desenvuelve a través de las civilizaciones. Los datos de la consciencia anteceden al mundo, provienen de las regiones arquetípicas del inconsciente humano, donde se desenvuelven las extrañas floraciones de las ansias de perfección, justicia y belleza, que dejaron sus marcas por todas partes, desde las inscripciones y los dibujos rupestres de las cavernas hasta las obras-primas de la escultura griega, de las leyendas y canciones del Folclor más remoto hasta la pintura italiana y las sinfonías de Beethoven. El vacío que deberá llenarse es el del mundo, por los datos subjetivos de la consciencia. El mundo fue creado por Dios en el misterio infinitesimal de la monada, esta idea platónica que encierra en si toda la realidad futura, como, en la teología hebrea, el alma de Araón ya contenía en si todas las almas futuras. El mundo vacío, sin la presencia humana, es apenas la materia-prima de que la consciencia del hombre se servirá más tarde para desenvolverse. El niño que nace desprovisto de las garras, instrumentos defensivos de los animales, trae en si mismo las potencialidades humanas de la Humanidad en perspectiva. La simiente necesita de la Tierra para germinar y desenvolverse, la monada necesita de la carne y sus formas para actualizar su espantosa potencialidad humana y divina. Las fuerzas naturales preparan, por milenios incalculables, con los elementos de los reinos inferiores, el material flexible y vibrátil que la consciencia modelará en el tiempo, imprimiéndole lentamente los moldes secretos de sus ansias.

Las Filosofías incipientes se apegan a los efectos sensibles de los procesos y se olvidan de sus causas. La liviandad humana, esta herencia en el hombre de la irresponsabilidad animal, lleva a los pensadores y a los científicos la formulación de hipótesis y tesis absurdas sobre una realidad que no conocen. Proliferan las sabidurías vacías, los doctores pontifican en las cátedras y en los

púlpitos haciendo afirmaciones temerarias que solo sirven para aumentar la inseguridad y la angustia del hombre en las sociedades formalizadas. No obstante esta gratuidad aparente, la consciencia fermenta las inquietudes y aguza la curiosidad, liberando los vectores del espíritu en el plano de las realizaciones superiores. Hasta las pompas asombrosas de la muerte contribuyen para desencadenar en el hombre sus aspiraciones de una visión más segura y precisa de la realidad a que fue lanzado como un naufrago en la playa de un país extraño. En las civilizaciones más adelantadas la presión de los formalismos socio-culturales aplasta a las criaturas. Rousseau rompió las murallas de la Ginebra formalista al intentar la aventura de la libertad humana. Voltaire se armó de la ironía para derrumbar las instituciones mentirosas. La consciencia se definió como amenaza peligrosa en los burgos y en los castillos, inflamando en los hombres el amor sacrificio por el castillo desconocido a que en los postreros llamarían Libertad. Sin esta dama solitaria y temida el mundo jamás escaparía de la barbarie.

La Dialéctica de la Consciencia se constituye en la tesis de la realidad inmediata en confrontación, estática y poderosa en su estructuración social, con la antítesis de la utopía, que lanza Don Quijote contra los molinos de viento en las tierras yermas de la Mancha. Sancho será el contrapeso que ablandará sus excesos en la búsqueda de Dulcinea. El desafío de la Tierra lleva los hombres a soñar y a delirar. Y a pesar de todas las Condenas de la sociedad acomodada y estática, el Quijote avanza impávido, transfigurado por el amor, en la conquista de su ideal. Aún hoy los hombres se matan, galopando en sus rocinantes de acero, contra todos los poderes de la sociedad real, armada de explosivos atómicos, para salvar a la gente oprimida en el castillo. Los intereses bastardos parecen haber asfixiado todas las esperanzas humanas. Mas las ansias de la consciencia, que brotan de las profundidades del alma humana, no cesan de sacudir y minar las estructuras del presente con los sueños del futuro. Nada detiene ni podrá detener a las fuerzas secretas de la consciencia, vectores imponderables que transfiguran la realidad material del mundo.

El apego humano a la realidad concreta es consecuencia natural del condicionamiento animal de la especie, que a su vez proviene de la unidad del Cosmos, de la totalidad de lo real, que solo se fragmenta en la percepción sensorial. Las pesquisas astronáuticas confirmaron esta unidad ya percibida por los griegos y confirmada rigurosamente por el desenvolvimiento actual de la Física, de la Biología y de la Psicología. Los especuladores filosóficos del pluralismo se pierden en las discusiones bizantinas sobre una realidad caótica jamás comprobada. La multiplicidad que visualizan a distancia en la infinitud cósmica o en la variedad microscópica se resuelve naturalmente en la comprensión de la naturaleza orgánica de la realidad única. Cuando pasamos del politeísmo al monismo lo hacemos por el simple motivo de haber superado la ilusión sensorial de la multiplicidad. Kardec resolvió este problema a través del encadenamiento natural de las cosas y de los seres, con este principio gestáltico: “Todo se encadena en el Universo”. Este encadenamiento es el fundamento del Orden Universal, sin el cual no habría lógica en la realidad y el conocimiento y la Ciencia se tornarían imposibles. Casirer recuerda que la fe en el orden universal equivale, en la Ciencia, a la fe religiosa en un Dios Único. Ambas no podrán ser probadas por ninguna pesquisa, mas se imponen a nosotros por necesidad lógica. Actualmente, con el acelerado desenvolvimiento de las pesquisas parapsicológicas, no hay como negar la superación de sensación psicofisiológica por la percepción extra-sensorial de la mente, que penetra en todas las dimensiones de lo real comprobando y justificando las espantosas intuiciones de los griegos en la Antigüedad.

La concepción monista del Universo corresponde a la concepción monoteísta. Dios es uno porque es Consciencia Cósmica, no en figura humana, sino en un dinamismo consciencial abarcante, que todo lo envuelve, de manera que al mismo tiempo supera la realidad universal y en ella se entraña. Por esto, como quería Flammarion, Dios está en la Naturaleza y es Naturaleza. No obstante, el hecho de ser naturaleza no obliga a Dios a la materialidad. La diferencia entre Dios y la Naturaleza es cualitativa, su cualidad consciencial lo distingue de la cualidad material

de la Naturaleza. Espinosa ubicó bien este problema en su teoría de la *Natura Naturata* y de la *Natura Naturans*, correspondientes a los principios platónicos de sensible e inteligible. Pero esto no implica una división de la Naturaleza de Dios, que es una. Como en Platón, la Naturaleza Ideal de Dios se refleja en el Universo como proyección creadora. Esto nos lleva a la teoría del elam creador de Bergson, este impulso vital que penetra en las entrañas de la materia para producir la vida. Y llevándonos también a la teoría estética de Hegel, en que lo Bello se infiltra y se desenvuelve en la creación artística, desde las formas primitivas y monstruosas del arte hasta el equilibrio armonioso del arte clásico.

Es evidente la relación de todos estos pensamientos con el problema de la muerte, en que la vida anima los cuerpos materiales y los lleva a toda la perfectibilidad posible, como quería Kant, para después revertir los elementos vitales, con la muerte, a nuevas experiencias creadoras. Sobre las teorías de Platón y Aristóteles, Tomás de Aquino y San Agustín forjaron las bases de la Teología Cristiana, despreciando el pensamiento griego y desfigurando los principios del Cristo en la retorta de los dogmas sincréticos sacados de modelos paganos. De estos intentos atrevidos surgieron las Religiones del Miedo y de la Muerte, que llevaron a la Civilización Terrenal a la aberración del materialismo.

El estudio de un tema como el de la educación para la muerte exige incursiones difíciles en el pensamiento antiguo, moderno y contemporáneo, para establecer las conexiones orientadoras. No se podrá entrar en el laberinto sin el hilo de Ariádna en las manos, puesto que el Minotauro puede estar esperándonos. En una fase de transición cultural como la de este siglo el problema de la muerte exige de todos nosotros un esfuerzo mental muchas veces aturdidor. Pero tenemos que hacer este esfuerzo, para que la vida no fracase en nosotros. La vida nunca fracasa en si misma, pues la vitalidad nunca se debilita, pero puede fracasar en nosotros. Los que se apegan *a su vida*, como enseñó el Cristo, la perderán, mas los que la pierden por amor a El la reencontrarán en abundancia. Quien impide el flujo de la vida se suicida en la

barrera de su egoísmo y regresa al círculo vicioso de las reencarnaciones repetitivas. Este será el castigo que el espíritu perezoso se impone a si mismo.

15

Espías y Golpeadores

El sondeo de la muerte por los vivos viene desde la más remota Antigüedad.

A través de las manifestaciones paranormales espontáneas o provocadas, videntes y profetas, místicos cristianos, sutis mahometanos, pitonisas griegas, hebreas y romanas, magos babilónicos, xanãs de las regiones árticas, hechiceros africanos, pajes de los trópicos y así por delante se empeñaron en el espionaje posible de la muerte. Ya que todos moriremos, será natural el interés de los vivos por lo que nos espera en el reverso de la vida. Los espías de la muerte siempre se mostraron misteriosos y sofisticados, sirviéndose de actitudes y prácticas que los distinguían del común de los hombres. Y como las facultades paranormales están sujetas a las variaciones del humor orgánico, surgieron entre ellos los Barberos egipcios, sumerianos, árabes y chinos, cultivadores de malabarismos y trapacerías, encantadores de serpientes y evocadores de espíritus por medios pitónicos. Toda esta farándula de escamoteadores llevó a los videntes y profetas auténticos al descrédito. Las Ciencias en desenvolvimiento repelieron en nombre de la razón a esta turba de delirantes profesionales y las religiones maldijeron a los que no ejercían estas funciones en los recintos sagrados, donde se hacían exclusivamente milagros de esta especie.

Dante Alighieri rearguyó el prestigio de los videntes con las revelaciones espantosas de su espionaje secreto (puesto que poeta es profeta) y por las manos de Beatriz recorrió los caminos de la diosa Hécate, especie de inspectora de los reinos celestes e infernales, ofreciendo al mundo la versión católica medieval de las regiones de luz y sombra. Aumentó en las Iglesias el espionaje del Más allá y Shakespeare llevó a los palcos sus geniales escenificaciones de fantasmas vengativos. Ya entre los griegos habían ocurrido cosas semejantes, y en la Guerra de Troya las videncias proféticas de Casandra sembraron el terror de las profecías nefastas. Viene de lejos el prestigio y el temor de los

agoreros excitando los dones paranormales legítimos e incentivando las trapacerías de los aventureros. En esta situación multimilenaria de ambivalencia tenemos la mayor prueba de la naturalidad y permanente ocurrencia de estos fenómenos, y al mismo tiempo la prueba de su normalidad, como manifestaciones inherentes a la misma naturaleza humana. La designación científica de paranormal para este tipo de manifestaciones revela el excesivo escrúpulo de las Ciencias en relación a los problemas que amenazan sus esquemas rígidos de una realidad que aún está lejos de abarcar en su totalidad. En lo tocante apenas al hombre, a la naturaleza humana, los trabajos de científicos eminentes como Richet, Crookes, Lodge, Zöllner y tantos otros causaron estupefacción y provocaron reacciones brutales en el medio científico, lo que demuestra una mentalidad cerrada y precientífica. El caso de la Parapsicología es otra prueba, y esta reciente, de la aversión de la mayoría de los científicos por los nuevos descubrimientos. Mas esta mentalidad, que Remy Chauvin llamó alergia al futuro, ya no está pudiendo resistir al impacto de los tiempos actuales. No obstante el misoneísmo de las academias y otras instituciones del género, las Ciencias avanzarán con tal rapidez en este siglo que no podrá más detener su marcha. Las exigencias tecnológicas y hasta también el aumento poblacional y las exigencias bélicas empujaron a las Ciencias más allá de sus estrechos sistemas, forzándolas a perseguir objetivos reales.

En el siglo pasado el sabio Swedenborg, médium vidente y ectoplasmático, almorzando con el filósofo Kant en Alemania, vio y le describió el incendio de su propia casa en Estocolmo. Kant dudó de la veracidad del hecho, que podía ser simple producto de alucinación. La noticia probatoria demoró en llegar a Alemania, mas acabó llegando con los pormenores descritos por Swedenborg. Kant establecía la más rígida línea demarcante para los límites de la Ciencia, afirmando el principio de la imposibilidad de la Ciencia más allá de la materia. Y esto pasaba con un hombre como Kant. Lombroso acusaba a Richet, en vehementes artículos de prensa, de devolver a la Ciencia a la superstición, con sus pesquisas metapsíquicas, y solo comprendió su

error después que su madre se materializara en sesión con Eusapia Paladino y él pudo tomarla en sus brazos. Rhine fue acusado de fraude en su control estadístico de las experiencias parapsicológicas y tuvo que recurrir a dos congresos científicos para probar, a través de exámenes de las comisiones competentes, que los controles estaban correctos. Para negar los trabajos de Crookes, inventaron que él se enamoró de la médium Florence Cooke, puesto que hiciera un poema alabando la belleza de Katie King, el espíritu que se materializaba en sus sesiones experimentales. Todos estos hechos, y muchos otros, revelan el bajo nivel de una mentalidad pseudo científica, aún inmersa en los tiras y jalas de las fases escolares. Por esto declaró Kardec que los hombres más eminentes del planeta revelan a veces una liviandad que nos espanta, en el trato con los más graves problemas. Los títulos académicos y las cátedras absolutistas hacen subir la mosca azul a la cabeza de los doctores que se creen muy seguros en su sabiduría, como si tuviesen en las manos todos los secretos de la vida y de la muerte. Fueron hombres de este tipo universitario patronizado, dominados por el fetichismo de los sistemas y de las reglas inviolables, como los clérigos a sus dogmas, que intentaron e intentan, hasta hoy, aplastar con los pies, como cucarachas indefensas, las más fecundas conquistas de científicos independientes. Felizmente la Ciencia no está subordinada a estas igliesillas obstinadas y grandes figuras del panorama científico tuvieron el coraje moral de enfrentarlos en defensa de la verdad.

Los videntes y los médiums sinceros, aunque ultrajados, perseguidos, ridicularizados, muchas veces apresados y condenados, nunca se atemorizaron frente a estos sabiduchos (como Richet los llamó) y por todas partes anticiparon las conquistas científicas con sus previsiones. Se tornaron los espías de los reinos prohibidos y fueron secundados por los golpeadores atrevidos que no solo espionaron de lejos los misterios ocultos, sino que también penetraron en estos reinos para traer a nuestro mundo oscuro, no el fuego del Cielo robado por Prometeo, sino las luces de la vida inextinguible que continúan encendidas más allá de las lápidas de los cementerios. Estos golpeadores audaces no temie-

ron desprenderse de los cuerpos mortales sin morir, para invadir los reinos prohibidos. Kardec, en su extrema prudencia de hombre de ciencias, no aprobó estas aventuras, pero reconoció el valor de las que eran legítimas. Prefirió los métodos fríos de la pesquisa objetiva, calentándolos con el calor del amor por la Humanidad, y creó los métodos específicos de la pesquisa espírita, adecuados al objeto de la nueva Ciencia. A través de ellos, se anticipó a los descubrimientos tecnológicos de hoy, como la naturaleza extrafísica del pensamiento y de la mente, la constitución plasmática del cuerpo espiritual, los medios de comunicaciones con el mundo invisible, la pluralidad de los mundos habitados, la naturaleza cósmica y no apenas planetaria de la Humanidad, la posibilidad de la acción mental sobre la materia y de la posibilidad de comunicación con los espíritus de criaturas muertas, de apariciones intangibles y también las apariciones tangibles de los espíritus, la necesidad evolutiva de las reencarnaciones, el problema del ectoplasma, que hasta hoy aturde a los sabios de sabiduría escasa, y así por delante. Aún hace poco uno de estos sabios declaró a la prensa que los fenómenos de materialización de espíritus es hoy teóricamente posible, mas en la práctica es imposible, pues, para que se produzca la materialización de una criatura humana mediana precisaríamos de doscientos años de producción de energía. Kardec ya había respondido a esta objeción hace más de un siglo, cuando explicó que la materialización no es un fenómeno físico, sino fisiológico. Ninguno puede producir un fenómeno de materialización, aunque con la producción de energía eléctrica durante un milenio, si no dispusiere del plasma específico emanado del cuerpo espiritual de un médium. El plasma físico, cuarto estado de la materia, ya Descubierto por Crookes como materia radiante, fue ahora redescubierto por los científicos materialistas de la Universidad de Kirov, en la URSS, y sus efectos demostrados en experiencias sucesivas.

Faltó a las Ciencias del planeta la humildad necesaria para comprender que hasta ahora solo se habían preocupado con el aspecto sensible de la Naturaleza (en términos platónicos) olvidándose del aspecto inteligible u espiritual. Toda la realidad se constituye de espíritu y materia, y el espíritu es el elemento

estructurador de la materia. Este nudo gordiano que las Ciencias del mundo no pudieron desatar, prefiriendo cortarlo como hizo Alejandro, sin percibir que en este corte confesaban su potencia y caían en el abismo inexplicable de la muerte. La Ciencia Espírita desató pacientemente el nudo y por esto avanzó mucho más allá de la ilusa sabiduría de los sabios terrenos. Esto no quiere decir que los espíritas hayan sido más cuidadosos, sino apenas que la humildad y la sensatez de Kardec los libraron de caer en la misma trampa-puerta. Como ya comprendiera Bacon, la Ciencia es un acto de obediencia a Dios. El científico podrá no creer en Dios, mas si no obedeciere sus leyes – que estructuran toda la realidad – nada podrá hacer. El comenzará por estudiar las leyes de cada campo de la naturaleza en que pretende actuar, y si no las conoce con precisión y no las obedece con rigor, jamás logrará sus objetivos. Repeler las manifestaciones paranormales, que siempre, en todas las latitudes de la Tierra y en todos los tiempos se hicieran presentes y actuantes, por el supuesto anticientífico de que no pasan de supersticiones populares, sería dar prueba de falta de sentido y de pretensión orgullosa. Negar la existencia de un poder creador y ordenador del Cosmos sería negar lo evidente. El pecado de las Ciencias materialistas no es el de la desobediencia, puesto que ellas no pueden desobedecer a Dios, sino el estúpido pecado del orgullo arrogante. En la hora individual de la muerte de cada uno, todos se curvan hacia el piso en obediencia a Dios. No hay Ciencia sin obediencia. Esta es la ley básica de todo el desenvolvimiento cultural. No será sensato ni científico negar la realidad en que estamos involucrados, en la cual vivimos y de la cual no podremos escapar. La cultura materialista no proviene del conocimiento, sino del equívoco. Y la finalidad de la Ciencia nada más será que deshacer los equívocos para llegar a la verdad. Las bravatas de los astronautas materialistas que dieron vueltas en la órbita de la Tierra y, al no encontrar a Dios, llegaron a la conclusión de que no existe no pasan de infantilidad. Esto prueba que el materialismo lleva al infantilismo cultural. De otro lado encontramos al infantilismo de las religiones dogmáticas y formalistas, que aceptan la existencia de Dios en forma humana, hacen de la

criatura humana una Caperucita Roja en la Entrada del Bosque y nos asustan con la imagen del Diablo en forma de Lobo Malo.

Los espías y los golpeadores de la muerte deshicieran las leyendas ingenuas que nos encantan en la infancia, pero al mismo tiempo nos mostraron que ellas corresponden a símbolos oníricos de realidades que deberemos identificar al amanecer como hombres.

16

Los Amantes de la Muerte

La teoría psico-fisiológica de que el dolor es la exageración del placer tiene su confirmación social en la existencia universal de las comunidades de amantes de la muerte. Desde todos los tiempos estas comunidades se desenvuelven en el seno ambivalente de las religiones, donde se nutren de desesperos y angustias, sacrificios, auto-flagelaciones, cilicios y conformismo piadoso, torturándose para las delicias del Paraíso. La ambivalencia de esta situación es evidente. Desean y temen el placer en la Tierra, donde todo pasa de prisa, y escapan del impase por la puerta de las promesas divinas que les ofrecen el placer eterno. Juegan en la lotería del Más Allá la fortuna de la salud y las monedas doradas de la alegría, cubriéndose de cenizas y harapos, como hacían los judíos antiguos, o sumergiéndose en la suciedad, en el desinterés por la comodidad y limpieza, como hacían los frailes penitentes, para morir en *olor de santidad*. El hedor de la suciedad garantizaría la participación en los banquetes de la Eternidad. Los frailes de los conventos aislados de los desiertos permanecían analfabetos para no caer en las trampas del Diablo, llenas de menudencias intelectuales peligrosas. Las más peligrosas de estas privaciones sagradas eran benéficas, pues, trocando los placeres carnales por los placeres ideales del otro mundo, desencadenaban en las criaturas ingenuas los delirios del misticismo lúbrico, evitados por los espíritus de íncubos y súcubos, atavismos en la edad Media. Dios entregaba a sus siervos interesados y egoístas a las tentaciones fatales de estos demonios insaciables. Mas la lección no produjo efectos, a no ser el de los expedientes de la hipocresía, con que los más expertos conseguían pasar como santos prematuros, cuyos deslices ocasionales eran cubiertos piadosamente por excusas pagadas de indulgencia. Hasta el mismo Apóstol Pablo, vibrante y culto, mas inclinado al peso del remordimiento por las persecuciones a los cristianos y por la lapidación de Esteban, recomendaba a los cristianos que no se casasen y a los casados que no practicasen relaciones

sexuales. Mas muy pronto tuvo que recriminar a los santos de la Iglesia de Corinto, que se tornaban peores que los pecadores paganos. Como aún no había píldoras anticonceptivas, crecían los cuernos del Diablo en las comunidades de los santos y algunas santas aparecían embarazadas. El culto al desnudo, como estado de gracia proveniente del Edén, aún en los tiempos medievales, precisó ser reprimido por medidas enérgicas. Hasta hoy perduran en el mundo cristiano los residuos de estos tiempos, en que los siervos de Dios desobedecían la ley bíblica del *multiplícaos*, que no traía ninguna recomendación matrimonial, como se ve en la Biblia.

Los amantes de la muerte fueron siempre muy prácticos en el trato de la vida. El celibato de sacerdotes y monjas fue siempre agujereado por medidas de excepción y hasta por la creación de tasas especiales de licencia, como en el caso referido por Aldous Huxley en *Los Demonios de Ludan*. En el esfuerzo para sofocar la vida en favor de la muerte, las iglesias siempre fracasaron y fracasarán, al menos que Dios permita la producción en masa de la nueva bomba de Neutrones, para salvarse del terrorismo de un nuevo diluvio.

Jesús no violó las leyes naturales creadas por Dios; aumentó el vino que alegraba las Bodas de Caná, libró a la mujer adúltera de la saña feroz de sus lapidadores, no escogió celibatarios para sus discípulos, aceptó a Pedro con la familia como su apóstol, recibió a Magdalena como discípula y fue a ella a quien se apareció en la resurrección. A pesar de todo esto, el fermento viejo de los rabinos del Templo aún hoy leva masas impuras en el medio cristiano. El Espiritismo no se organizó en iglesia para evitar los prejuicios de esta hipocresía contraria a la ley de amor del Evangelio. También así, aparecen aún ahora en el medio espírita los predicadores de la santidad hipócrita. Son predicadores angélicos que siembran estas ideas en la ingenuidad pretensiosa de las masas espíritas, tal vez interesados en los cuernos del Diablo o en el restablecimiento de las costumbres de Sodoma, tan hartamente restablecidos en nuestro tiempo. Es increíble que esto pueda acontecer en el medio espírita, contrariando los principios racionales y científicos de la doctrina. Pero todo puede

acontecer en un período de transición como este que estamos viviendo. Espíritas que se dicen abstemios, de manos puestas y ojos volcados para el Más Allá, intentando negar su condición humana para alcanzar el Cielo, es lo más ridículo y absurdo se pueda imaginar. Las funciones normales de la especie no pueden ser suprimidas en un organismo humano sin causar desequilibrios peligrosos. La función sexual no tiene por objeto el gozo sensual, sino la reproducción de la especie. No obstante, el placer sexual natural, en la conexión normal y afectiva de dos criaturas que se aman, es también importante elemento de equilibrio orgánico, psicofísico. La condena del sexo es estúpida manifestación de la hipocresía. Quienes intentan ahora introducirla en el medio espírita solo pueden ser individuos frustrados o lamentablemente desviados de sus funciones normales. Estos individuos sirven a los desequilibrios de los espíritus vampíricos que se banquetean en los vicios inconfesables de criaturas humanas por ellos subyugadas.

Recientemente tuvimos la oportunidad de ver y oír, en un programa de televisión, en que hablaban representantes de varias religiones, un representante de una casa espírita declarara que precisamos sufrir intensamente en la Tierra para poder llegar a los planos espirituales superiores. Era un amante de la muerte, y al responder la pregunta del presentador: “Cómo el señor desea pasar para el otro lado?” dijo: “Muriendo muy lentamente en el lecho.” Las palabras fueron acompañadas por un gesto sacerdotal y una expresión fisonómica de delirio imbecil. Una triste muestra de falta de conocimiento espírita y de tendencia masoquista delirante. Aquel pobre hombre aprendiera Espiritismo al contrario y soñaba con la muerte por el debilitamiento, como si agradase a Dios la tortura diabólica de una muerte en esta condición de miserableza total. Qué Dios sería este, algún Moloc acostumbrado a alimentarse de niños vivos asados en brasas? Y qué imagen de la doctrina este hombre presentaba a los tele-espectadores? Sería uno de los ángeles de la casa por él representada que le sugería esta demostración de mentalidad masoquista?

Ni tampoco un sacerdote trapista, en olor de santidad, traído como momia egipcia de la era faraónica, haría con tanta perfección la más desfigurada y triste figura de un masoquista delirante. El pobre hombre parecía saborear, en éxtasis, las delicias de su debilitamiento en el lecho, a la espera del Paraíso. El masoquista es un esquizofrénico de sensibilidad invertida. La esquizofrenia lo aparta de la realidad inmediata y lo envuelve en el delirio de los placeres futuros que transforma en satisfacciones subjetivas en el proceso de las transposiciones alienantes. En aquel breve instante televisivo, bajo las luces de las lámparas aturdidoras, el pobre hombre se sentía debilitarse frente a las cámaras y del mundo, en la plenitud de los gozos de la muerte lenta, inversiones espasmódicas de sensaciones ancestrales archivadas en el mundo mágico del inconsciente. Era doloroso verlo así, en aquella bienaventuranza de la frustración.

El dolor, el sufrimiento y la muerte no tienen, en la concepción espírita, este sentido delirante que él les daba. Por lo contrario, todo en el Espiritismo se define como articulaciones del proceso único y universal de la evolución. Y esta no es milagrosa o sobrenatural, puesto que es el desenvolvimiento de las potencialidades de las cosas y de los seres en el desarrollo histórico, en el plano temporal, como en el caso de la Razón en Hegel. Todo es teleológico, tiene una finalidad que se entrosa en el engranaje espantosa de la teleología universal. El dolor – decía León Denis – es ley de equilibrio y educación. En esta concepción no hay lugar para el dolor punitivo, castigo divino o maldición. El dolor es el efecto intrínseco de las actividades evolutivas, como el placer. Por esto dolor y placer son verso y reverso de determinada acción del ser en la existencia.

De la misma manera, la muerte, siendo el límite extremo del proceso existencial, se liga a todo el proceso vivencial del desenvolvimiento humano. La ley de unidad encadena la realidad en la dirección única del ser, de lo que resulta que el espíritu, en su expresión humana superior, refleja la unidad total del cosmos en su unidad óptica. Dios crea y sustenta lo real, pero los seres trabajan para si mismos y para otros en la facticidad de cada uno y de todos. El Cosmos es la Colmena general en que cada abeja

tiene su misión la tarea vital y espiritual específica y entrosada en el programa de la especie o de la raza. La consciencia trae en sí el esquema general del Sistema, desde el esbozo inconsciente de los planos inferiores hasta el dibujo nítido y cada vez más vivo de los planos superpuestos, entrosados e interpenetrados, según la visión de las hipótesis de Plotino. Por esto podremos abarcar, en nuestro microcosmo individual, como idea general imanente en nosotros, toda la complejidad infinita del Sistema. De esta manera, seremos también responsables por la Creación y sufriremos las consecuencias de nuestras actividades conscienciales, vitales y existenciales, como también materiales, sin que ninguna autoridad externa nos condene o nos apruebe. Así comprendida la realidad, podremos también comprender la total libertad del ser como consecuencia natural de su responsabilidad total. Somos aquello que hacemos en nosotros y por nosotros en el lugar que nos compete.

La muerte marca el límite de la tarea que nos fue confiada y nos transfiere hacia el plano de evaluación de nosotros mismos y de lo que hicimos. El renacimiento resulta de este balance final de una existencia y nos prepara para el siguiente. Los méritos y deméritos de todo cuanto hiciéramos son exclusivamente nuestros, puesto que el objetivo del Todo es la formación de todos y de cada uno para las actividades futuras en el desenvolvimiento de toda la *perfectibilidad posible* en todo, en todos y en el Todo.

Las preparaciones religiosas para la muerte y los sacramentos extremos no ofrecen al hombre los datos necesarios para la comprensión de todo este proceso. Simplemente refuerzan en el espíritu del moribundo las vagas esperanzas del perdón y las terribles amenazas del castigo. Los familiares pueden orar por los que participan, mas nunca saben para donde partieran y lo que realmente acontece en este viaje misterioso. La Educación para la Muerte es un curso de bien vivir para bien morir, con plena consciencia del sentido y del significado de la muerte y de su importancia para la vida. Los amantes de la muerte no la conocen, como tampoco conocen a los muertos, de los cuales solo ven los cadáveres. La Espiritualidad actual del mundo es una *a-espiritualidad*, como la definió Kierkegaard. Si no tratá-

ramos de la Educación para la muerte no saldremos del círculo vicioso en que entramos sin haber vivido.

17

Los Voluntarios de la Muerte

La tendencia al suicidio caracteriza a los candidatos del voluntariado de la muerte. La necrofilia es un componente natural del psiquismo de todos los seres vivos. La teoría, antigua y actual, de la existencia de pueblos necrófilos, como los egipcios y los japoneses, por ejemplo, es discriminativa y exagerada. Mas no hay duda de que la necrofilia, como todas las variantes psicoafectivas, se acentúan más en algunos pueblos, en razón de concepciones religiosas, tradiciones de honor, condicionamientos culturales y morales, herencias tribales sobrevivientes y hasta también condiciones mesológicas, como en las regiones sujetas a catástrofes geológicas periódicas. La verdad es que en todos los pueblos, como lo revelan las estadísticas del suicidio en todo el mundo, las ocurrencias de esta naturaleza se verifican con alternativas de crecimiento y disminución. Es evidente la existencia de una repercusión social del suicidio en nuestro tiempo, más acentuada por la divulgación más intensa a través de los medios de comunicación. La teoría parapsicológica de Jung, sobre las coincidencias significativas, sugiere la presencia de una forma de contagio mental-afectivo en los medios sociales. Sea como fuere, la existencia del suicidio en el reino animal, como elemento ligado a la propia reproducción de la especie – como en las arañas, escorpiones y abejas – prueba que la tendencia al suicidio existe en todos nosotros y puede ser intensificada no solo por factores individuales, sino también por factores de orden exterior. La concepción antropomórfica de Dios llevó a las religiones a considerar generalmente al suicidio como un acto de rebeldía y desobediencia a Dios. De esto resultaran las condenas asustadoras de las religiones que niegan el socorro de los sacramentos al alma del suicida. Esta también es una manifestación de la necrofilia en las religiones, que niegan amparo y ayuda precisamente a los seres más necesitados, procurando matar la propia alma del suicida, en una exasperación sádica del instinto de muerte. Aunque esta medida sea generalmente tomada en el sentido de

represión al suicidio, la impiedad es chocante para con las víctimas del suicidio y para sus familias, que se sienten impedidas de dar al suicida el menor consuelo. Esta medida extrema, como todas las de este orden, sirve apenas para exasperar el instinto de muerte en los medios alcanzados por la desgracia. Desde el punto de vista de la Ciencia, de la Parapsicología y del Espiritismo, el suicidio, que interrumpe de manera brusca el proceso vital, causa trastornos graves a quien lo practica. La mente se conturba ya antes de la práctica del acto criminal, puesto que el suicidio es un auto-asesinato, generalmente largamente meditado. Sea de esta naturaleza o determinado por condiciones patológicas, locura o decepciones violentas, será siempre una interrupción brusca del curso vital de una existencia necesaria. Este corte violento de todas las posibilidades en curso produce un choque reversivo en la estructura psico-mental-afectiva del suicida, llevándolo a un estado de confusión y angustia que podría durar largo tiempo. Dios no castiga al suicida, es él mismo, el suicida, que se castiga con el mismo acto de suicidarse. Negar socorro religioso a un espíritu en estas condiciones es una impiedad, es abandonar a sí mismo al espíritu desequilibrado. Pensar en el suicida como en un condenado eterno será aumentar su angustia y su desespero, colocándonos en la posición de torturadores crueles. Además de esto, habrá suicidios que se justifican, como en el caso de la inmólación voluntaria para salvar a otras personas. Esta intención, si fuere justa y real, y no apenas fantasiosa o creada por precipitaciones, ablanda el llamado *martirio de los suicidas*, tan insistentemente divulgado en el medio espírita con la finalidad de evitar estos actos. Cada pensamiento, cada palabra, cada gesto nuestro tiene sus repercusiones inevitables en el curso existencial. Las leyes naturales, que tanto son materiales como espirituales, no podrán ser violadas sin que esta violación nos acarree las consecuencias del abuso. El orden universal, instituido en todo el Universo, no se comprueba apenas en la vida carnal, sino en todos los planos existenciales. No se debe temer en el suicidio el supuesto castigo de Dios, sino las consecuencias naturales del acto de violación de un proceso vital. Tenemos que comprender la dinámica de la Naturaleza, tanto para vivir como para morir. Tenemos que enterarnos del aspecto

racional de la realidad en que vivimos y moriremos, para escaparnos a la ilusión del antropomorfismo religioso, cargado de misticismo y de miedo, que nos hace ver en los procesos naturales la mano oculta de un Dios que no usa las manos sino su poder mental para llevarnos al conocimiento de nosotros mismos, de nuestros deberes y compromisos espirituales. Solo así podremos racionalizar nuestra vida de manera espontánea y clara, evitando los caminos tortuosos de creencias e incredulidades antiguas. El acto de creer es emotivo y antecede a la razón. La fe nacida de la creencia es sugestiva y, por lo tanto, emocional. Puede llevarnos a la pasión y al fanatismo, generando los monstruos sagrados de los torturadores y asesinos al servicio de Dios. Solo la razón, basada en experiencias objetivas y en principios lógicos podrá darnos la fe verdadera que nos permite decir, como Denis Bladle: “Yo no creo, sé.” El saber es superior al creer, puesto que es una conquista de la experiencia individual en el trato directo con los hechos reales. El voluntariado de la muerte no crece en las siembras positivas del saber, sino en los campos fantasiosos de la ilusión. Cuando la razón periclita y desfallece al impacto de las emociones tumultuosas, en los embates del mundo, podremos perder los frenos de la razón y entregarnos al desespero. En este caso la razón solo podrá restablecer su control si fuere socorrida por la voluntad madurada en el tiempo.

Se acusa la razón de frialdad e insensibilidad, mas la razón posee el calor del entusiasmo y la sensibilidad de la justicia sin venda en los ojos. La visión clara, precisa y serena de la realidad puede explotar en razón en surtos de indignación contra los falsificadores de la verdad. Podemos confrontar este hecho en las páginas del Evangelio, en los pasajes decisivos en que el Cristo descargó los rayos de su indignación contra la hipocresía y la astucia interesada de los fariseos. Quienes aman la verdad no pueden tolerar la mentira ni hacerse cómplice con los exploradores de la mentira.

La muerte no es una puerta de escape para los pusilánimes, sino la catapulta de la trascendencia para los bravos que enfrentaron las batallas de la vida sin acobardarse. Ninguno está

obligado a madurar antes del tiempo, mas los que ya están maduros no pueden regresar sin traicionarse a si mismos y a la verdad.

Si existen los atenuantes del suicidio, como ya vimos, la verdad es que ellas son más rigurosas que las exigencias de la vida. Esto porque la programación de cada vida se incluye en el proceso de la evolución general del planeta. Tenemos nuestras obligaciones que cumplir en la encarnación, no solamente en nuestro beneficio, sino también a favor de los que fueran designados para participar de nuestras luchas. No podemos pensar en el suicida que escapó a sus deberes, sin recordarnos también de los que quedaron abandonados a si mismos ante la fuga y deserción, del que engolfaron en su egoísmo, como si no tuviesen con ellos ningún compromiso. Por estas razones colectivas, y no por motivos particulares, ni por el presupuesto absurdo de la Ira de Dios es que el crimen de la fuga se transforma en traición que pesará fatalmente en la consciencia culpable. El voluntariado de la muerte no es desastroso por ser de la muerte – puesto que todos moriremos – sino por ser la legión de los traidores de la vida y de los que quedaron vivos en la Tierra.

Los batallones de voluntarios de la muerte son siempre seguidos, en todo el mundo, por el cortejo de los frustrados de la vida. Es un cortejo colgante, escuálido, formado por los millones de niños natimuertas o que no consiguieron sobrevivir al nacimiento más que por algunos días. Se podría deducir, de la ley de causa y efecto, que estos bandos anónimos, procedentes, en general, de los suburbios miserables de las ricas metrópolis, se constituyen de ex-voluntarios que regresan a la encarnación ansiosos de retomar las oportunidades de realizaciones que despreciaron en el acto del suicidio. En una reunión mediúmnica de la que participábamos, se manifestó un espíritu que, al principio, parecía un burlón. Reclamaba de haberlo convencido, en el plano espiritual, para reencarnar y así aliviar en la vida terrenal la consciencia pesada. Y explicaba: “Acepté la propuesta, me sometí a todos los preparativos, soporté pacientemente los pesados meses de una gestación en que yo y mi nueva madre pasamos momentos difíciles. Por fin, nací, pero no tuve la posibilidad de sentir el gusto por la vida nueva. Morí y volví inmediatamente para el

mundo espiritual. De qué me sirvió todo este sacrificio? Quiero que ustedes me expliquen, puesto que aquí no tengo posibilidad de conversar con alguien que entienda del asunto. Aquí en la Tierra vivimos de cambalaches, mas aquí la situación es diferente, cada cual tiene que arreglarse en el medio que le es propio.” En este momento el médium tomó una posición estática, parecía caído en éxtasis. Luego regresó a la naturalidad y dijo: “La cara que hizo pasar hasta que llegó y cuando estaba explicando esto y ganando tiempo. Pasé por todo esto para aliviar mi conciencia del remordimiento del suicidio. Ya me siento más aliviado.” Esta historia real levanta una punta del cielo que oculta a nuestros ojos el misterio de las muertes prematuras. No existe el acaso en los procesos de la naturaleza. Existen leyes. Por los datos suministrados por el espíritu frustrado fue relativamente fácil comprobar la realidad de los hechos. Ninguno de los participantes de la reunión conocía a ninguna de las personas vivas relacionadas con el caso, pero los hechos-claves del suicidio y del nacimiento frustrado fueron comprobados. En los anales de las Sociedades de Pesquisas Psíquicas de Europa y de América habrá numerosos registros de casos de esta naturaleza. Todas las interpretaciones teóricas contrarias a la teoría espírita parecen remiendos mal cosidos, ante la evidencia y la coherencia de las pruebas obtenidas.

Habrán personas que no aceptarán estos hechos mediúmnicos alegando que todo en ellos se pasa de manera muy semejante a los hechos de la vida terrenal. No perciben que están condicionados por las fantasías de lo maravilloso ofrecidos por las religiones de las que ya se desligaron, sin abandonar sus fardos. La idea de que el muerto es un alma del otro mundo, transformándose en una entidad mitológica, continúa funcionando en el inconsciente de estas criaturas que son contradictorias sin percibirlo. Los reflejos mentales condicionados exigen maravillas de los pobres muertos humanos que siguen siendo humanos, por no haber logrado aún alcanzar los planos de la angelitud. Los espíritus humanos son almas humanas, que animaron cuerpos humanos en la Tierra. Cuando los espíritus se presentan de manera milagrosa no merecen el crédito de los estudiosos del

asunto, pero consiguen fácilmente encantar y fascinar a los amantes de lo maravilloso. Esto, como señaló Kardec desde mediados del siglo XIX, es la mayor dificultad para la aceptación de la realidad espiritual.

18

Psicología de la Muerte

En la dramática Historia de la Psicología, en que tantos caminos y extravíos fueran trillados, surgió en este siglo de novedades violentas la psicología de la Muerte, resultante de las resurrecciones clínicas producidas en los hospitales, a través de las técnicas médicas del restablecimiento de las pulsaciones cardíacas en personas víctimas de muerte súbita. En los Estados Unidos se hizo famosa la Dra. Ross, con sus investigaciones minuciosas sobre las sensaciones y visiones ocurridas durante el estado mortal y descritas por los pacientes resucitados. La Psicología volvió a la fase de la introspección, dependiendo de los relatos de los pacientes, mas ya ahora apoyada en grandes y profundas pesquisas instrumentales. Los relatos de los pacientes pueden ser comparados con las observaciones y los sondeos clínicos. La verdad es que estos hechos han ocurrido siempre, en todo el mundo, mas solo ahora están siendo sometidos a la pesquisa científica. La mecánica de la técnica de resurrección, con masajes y ejercicios de los brazos, dio tranquilidad al materialismo científico. Mas la inquietud provocada por los relatos orales de los pacientes creó algunos problemas, impidiendo la explicación simple de la vida como efecto de mecanismos orgánicos. La muerte perdería con esto su prestigio y la vida se transformaría en una cuestión de relojería. Bastaría accionar al péndulo parado para así poner al difunto en la línea y restablecer su tic-tac. Mas la vida y la muerte no se muestran así tan dóciles, no quisieron satisfacer los biólogos y químicos empeñados en producir vida en laboratorios. No obstante, en este caso no aparecieron las intervenciones de poderes extracientíficos, como hicieron los clérigos en el pasado, al interrumpir las pesquisas con anatemas y maldiciones. Menos felices que los psicólogos de la muerte fueron los pesquisadores soviéticos que, en la Universidad de Kirov, consiguieran probar la existencia del cuerpo bioplasmático de los seres vivos, lo que les costó la excomunió estatal, reforzada fuera de la URSS por las condenas de las

Iglesias a través de instituciones científicas por ellas controladas. Lo mismo había acontecido en los Estados Unidos con el problema de la reencarnación y el de las pesquisas parapsicológicas. El Prof. Rhine, de la Universidad de Duke, tuvo que reaccionar contra los psicólogos que lo criticaban, demostrando que usaban contra sus pesquisas métodos anticientíficos, con simples argumentos, sin la contra-prueba experimental. Mas todo esto pertenece al proceso de desenvolvimiento de las Ciencias, que es una lucha incesante contra los preconceptos y las creencias institucionalizadas. La verdad es que, de todas estas luchas, quedó el hecho innegable de la posibilidad de elaboración de la Psicología de la Muerte. La pesquisa en el hombre vivo reintegra la muerte en su naturaleza psico-biológica, sacándole los aspectos misteriosos y el sentido de sobrenatural que teólogos y gurus le dieran a través de los siglos. Toda la mitología iglesiera de la muerte, de la resurrección y del renacimiento o reencarnación caen por tierra con sus arreglos y aderezos, para que la Muerte, como la Verdad, pueda salir del fondo del pozo con su desnudez clásica.

Al mismo tiempo, en el precioso filón de las exploraciones de la muerte, de que tanta gente ha vivido con las tripas afuera, surgieran los intentos de manutención de la muerte en conserva, con los cadáveres de millonarios congelados, en catalepsia forzada, en la manutención precaria de una subvida sin ninguna perspectiva. Nos faltan los recursos básicos para una experiencia realmente científica en este campo, que son el frío absoluto y un suero mágico que impidiese las quemaduras del congelamiento absoluto, que Barnayll inventó en *En las Noches de los Tiempos*, en términos de ficción científica. Mas como la esperanza es la última que muere y los millonarios pueden pagar todas las esperanzas, será evidente que estos intentos proseguirán libremente.

Las pesquisas parapsicológicas probaran la existencia de la percepción extra-sensorial en los animales. En las pesquisas espíritas, más antiguas y más profundas, las manifestaciones físicas de animales fueran ampliamente verificadas. Animales domésticos muertos fueran materializados, comprobando su sobrevivencia al fenómeno de la muerte. En Sao Paulo, en el famoso Grupo Espírita de Odilon Negro, se dio la manifestación

ectoplasmática inesperada de un cachorro de raza, perteneciente a la familia de un amigo. Tres médiums de materializaciones participaron de la reunión: D. Hilda Negro, el Dr. Urbano de Assis Xavier, cirujano-dentista, y el Dr. Luis Parigote de Sousa, médico. Ninguno de los presentes pensaba en el cachorro, que muriera en la Hacienda de la familia, en Sao Manuel. Fueron los espíritus controladores del trabajo quienes anunciaron la presencia del animal, por el fenómeno de voz directa (la voz del espíritu vibrando en el aire, sin intermediario mediúmnic). El Dr. Antonio, presente, fue quien reconoció al animal, que, materializándose, se dirigió a él, festejándolo. El prof. Ernesto Bozzano, famoso científico y pesquisador espírita de Milán (Italia), verificó y estudió varios casos de esta naturaleza. Los anales de las Sociedades de pesquisas Psíquicas de Inglaterra y de los Estados Unidos registraron numerosas de estas ocurrencias espontáneas. Conan Doyle, el famoso escritor e historiador inglés, médico y pesquisador psíquico, obtuvo fotografías de fenómenos semejantes. Kardec fue el primero en constatar esta realidad, hoy en pauta de las pesquisas parapsicológicas. John Gunter, famoso reportero y ensayista alemán, en su libro *En estos Tiempos Tumultuosos*, en vísperas de la II Guerra Mundial, relata curiosa manifestación de un cachorro de raza, de gran porte, que asombraba un Hotel de Lujo de Baviera. La manifestación se dio frente a él, en la escalera del Hotel. Estos hechos pusieron por tierra las teorías cartesianas sobre el animal-máquina, movido apenas por instintos, y las doctrinas religiosas que atribuyen alma exclusivamente a los seres humanos. Este antropocentrismo, bien al gusto de la vanidad de los hombres, fue también abalado por las pesquisas de la Psicología Animal y por las pesquisas parapsicológicas. Con esto, se reafirma el principio espírita de la evolución general de los seres a través de las especies, sustentadas por Roussell Wallace, el científico inglés que se opuso al materialismo de las teorías de Darwin. Resultados de pesquisas y de hechos espontáneos demostraron que la lógica de la naturaleza es superior a la lógica pretenciosa de los hombres.

La Psicología Sin Alma, de Watson, en los Estados Unidos, negó la propia alma humana, basándose en las teorías del re-

flexionismo ruso de Betcherev y Pavlov, pero acabó reducida a un sistema mecanicista de interpretación del hombre.

Freud no era espiritualista, mas fue obligado a penetrar en las profundidades da alma en sus pesquisas del inconsciente. La complejidad del dinamismo anímico por él revelada contradecía flagrantemente con la simplicidad generalmente ingenua de sus conclusiones negativistas. Contrariando a Descartes, quien descubrió en su propia alma la idea de Dios y elevó este hecho a la condición de ley universal, Freud se perdió en los subterráneos de la libido y consideró la idea de Dios como simple introyección del mito fálico en el inconsciente. Carl Jung, su discípulo, se rebeló contra el maestro, formulando la teoría de los arquetipos, en que el arquetipo Supremo es la idea de Dios, que Kant consideró como el supremo conflicto formulado por la mente humana. En su libro *El Hombre Descubre Su Alma*, Jung sustenta la imposibilidad ontológica de excluir al alma de la realidad ôntica de la persona humana. En este libro, Jung declara, en 1944, estar convencido de que "el estudio científico del alma será la Ciencia del Futuro". En el campo de la Parapsicología la contribución de Jung fue la más importante, con su teoría de las coincidencias significativas, con la cual superó las groseras comparaciones de la mente con las emisiones radiofónicas, demostrando que no habrá emisiones de energías físicas en el proceso telepático, sino coincidencias mentales en un plano de afinidad supra-sensible. En sus memorias, Jung relata hechos paranormales de los que fue participante y hasta también productor, cierta vez cuando discutía el problema con Freud, habiéndose negándose a analizar la cuestión, que le parecía fuera de su campo de estudios.

Para Rhine, la Psicología no podría desviarse de su objeto, que es el alma. Por esto acusó a la Psicología actual de haber perdido su objeto, transformándose en una *ecología*, como ciencia del comportamiento humano, de las relaciones del sujeto con el medio en que vive. La Psicología del Alma abarca necesariamente al nuevo ramo de las Ciencias Psicológicas, que revela la dinámica esencial de las relaciones cuerpo-alma durante la vida y en el momento de la muerte, cuando el alma u espíritu se

libera de su condicionamiento carnal. Ya decía el padre Vieira: “Queréis saber lo que es el alma? Ved un cuerpo sin alma.” La muerte es el momento en que el alma y su instrumento de manifestación material, el cuerpo carnal, se muestran separados. En este estado de separación el cuerpo material se inmoviliza y el cuerpo bioplasmático de los investigadores rusos de la Universidad de Kirov continúa en actividad, desprendiéndose del cuerpo carnal. El cuerpo espiritual de la tradición cristiana, que Kardec llamó *periespíritu*, puesto que se presenta como una envoltura semimaterial del espíritu propiamente dicho, fue considerado por los rusos como la vida. La designación científica de bioplasmático lo define en su naturaleza y en sus funciones. *Bio*, porque es vida, cuerpo vital, y *plasmático* porque está constituido por un plasma físico, elemento formado de partículas atómicas libres, no ligadas a ninguna constelación atómica, a ningún átomo. Este cuerpo, que fue fotografiado por los rusos, a través de cámaras Kirlian de fotografías paranormales, se presenta brillante y transparente como si fuese de vidrio. Las pesquisas con vegetales y animales, en Kirov, probaron que este cuerpo rige todas las funciones del cuerpo carnal y ofrece una visión total del estado de salud, enfermedad u aproximación de estados mórbidos del cuerpo carnal.

Todo esto corresponde exactamente a lo que la pesquisa espírita ya había revelado sobre el periespíritu. El cuerpo carnal solo se cadaveriza cuando el cuerpo bioplasmático se desliga completamente de él. Entonces la muerte se consuma. Es importante que este descubrimiento se hubiese hecho en la URSS por científicos materialistas, confirmando plenamente las conquistas de la Ciencia Espírita, hechas por Kardec y por científicos del mayor renombre como Crookes, Richet, Crawford, Zöllner, Scherenck-Notzing, Paul Gibier, Ochorovicz y otros. Tuvimos la oportunidad de ver este cuerpo en algunas de nuestras experiencias mediúnicas, mucho antes de las pesquisas de Kirov. Las pesquisadoras de la Universidad de Prentice Hall, en los Estados Unidos, quienes fueran a la URSS, vieron las fotografías y entrevistaron a los científicos responsables por las pesquisas de Kirov, se mostraron deslumbradas con el cuerpo espiritual del

hombre El relato completo de este descubrimiento puede ser leído en el libro *Experiencias Psíquicas Detrás de la Cortina de Hierro*, de Lynn Schroeder y Sheila Ostrander, de la Editora Cultrix, Sao Paulo. El título inglés no se refiere a experiencias, sino a descubrimientos. La edición original americana es de la propia Universidad de Prentice Hall, pero hay ediciones posteriores de la Editora Bentam Books, de Nueva York.

La Psicología de la Muerte no quedará, ciertamente, restringida a los problemas específicos de la relación alma-cuerpo. La muerte nace de las entrañas de la vida; por esto, vida y muerte caminan juntas, de manos unidas, a lo largo de la existencia. Se acostumbra decir que comenzamos a morir desde que nacemos. Buda decía que la muerte nos visita 75 veces en cada una de nuestras respiraciones. La Psicología de la Muerte, por lo tanto, debería comenzar en la vida, pesquizando las diversas formas por las cuales las criaturas en general encaran la muerte, cómo la sienten en relación a si mismas y en relación a los otros, qué influencias la muerte ejerce en la vida de las personas; cuáles son los sentimientos que determinan ciertas actitudes frente a la muerte; cómo se encara hoy el problema de las exigencias religiosas en la hora de la muerte y en los funerales; cuál es el efecto del terror de la muerte en el comportamiento de las criaturas en varias edades; cómo se podría cambiar todo esto en favor de condiciones mejores y así por delante. La observación de Heideggard sobre nuestra tendencia de siempre hablar de la muerte como la de los demás y no la nuestra merecerá especial atención en las pesquisas. Vivimos en un mundo que solo conocemos por una cara, aunque sabemos que la otra cara nos espía. Conocemos la cara de la vida, siempre volcada hacia nosotros, pero nada o casi nada sabemos de la cara de la muerte. Qué efectos tendrá esta situación en nuestro psiquismo? Los hombres se matan por cosas mínimas. Cuales serían los impulsos reales que llevan a los hombres a esta situación brutal e inconsecuente? Por qué la muerte parece no afectar a la mayoría de las criaturas, que viven sin preocuparse con ella?

Si la Psicología de la Muerte no se interesara por la vida, fracasará en su intento de esclarecer los problemas de la muerte y

ajustarnos conscientemente al hecho de que nacemos para morir. Solo podremos comprender la vida después de que comprendamos la muerte. No será extraño que hayamos hecho todo al contrario, hasta ahora, temiendo y al mismo tiempo despreciando la muerte? La muerte es segura, dicen con indiferencia. No obstante, la muerte es generalmente incierta, puesto que no sabemos cuándo y de qué manera llegará. Si todos nos interesáramos más por la muerte, no podríamos vivir mejor, con menos ambiciones y menos desesperaciones inútiles? La Psicología de la Muerte no surge por acaso. En la mortalidad masiva de nuestro tiempo la muerte adquiere mayor importancia que la vida; porque sabemos que estamos en la vida y la conocemos bien. Mas y la muerte?

19

Los Muertos Resucitan

La resurrección de los muertos en el último día, en el final de los tiempos, es una alegoría judía de la cual Jesús se sirvió, como de tantos otros elementos del Judaísmo, para enseñar el sentido verdadero de la muerte como transición o paso de un mundo hacia otro, del mundo material hacia el espiritual. El último día es apenas aquel en que moriremos. El final de los tiempos sería el final del mundo, mas de qué mundo? La imaginación rabínica antecedió con ventajas a la de los teólogos cristianos. Mais integrada en las tradiciones proféticas del *Fértil Creciente*, la inmensa región oriental descrita por John Murphy en su *Historia de las Religiones*, los rabinos judíos dispusieron de las *excitaciones* naturales de la época en que un nuevo mundo se estaba construyendo en la Tierra. La era apocalíptica judía, de que el Apocalipsis de Juan nos da una imagen alucinante, fue el mundo mágico de las profecías judías. Jesús, judío nacido en la Galilea de los Gentiles, en medio de los griegos de la Decápolis, se salvó de la helenización gracias a la humildad y pobreza de su familia. La profesión de carpintero que el padre le transmitiera, según las costumbres de la época, lo libró de las influencias herodianas que hicieran de Magdalena una cortesana griega típica. Educado en la sinagoga, recibiendo la bendición de la virilidad a los trece años, en el Templo de Jerusalén, Jesús era un judío entre judíos. Su inteligencia excepcional y la elevación natural de su espíritu le permitían servirse de los elementos de la cultura judía para transmitir a los judíos sus ideas generosas, intentando romper el terrible sociocentrismo judío, racista y pretencioso, que hasta hoy perdura de manera chocante en la arrogancia y en la insolencia del nuevo Estado de Israel. Este esfuerzo generoso de Jesús, como podemos ver hoy, no surtió los resultados que un dios griego, por ejemplo, podría haber obtenido. Los romanos, que se casaban bien con las antivirtudes judías, habrían hecho de Jesús el Mesías esperado si la helenización herodiana lo hubiese envuelto. Mas el joven carpintero se integró

de tal manera en las aspiraciones grandiosas del Judaísmo, y se apegaba tanto a sus ideas generosas de renovación del mundo, que su destino solo podría ser, en el cubil de serpientes del rabinato, la condenación a la muerte infamante en la crucifixión romana.

Esta visión racional de la vida de Jesús, que no nos sería posible después del final del Mundo Antiguo, fue de tal manera envuelta por las alucinaciones proféticas del Judaísmo, por las fascinaciones mitológicas de la era masivamente dominada por los mitos, y después más por la efervescencia de las sectas judías, de las influencias filosóficas y místicas de la cultura griega y por las maniobras habilísimas de la política imperialista romana, que llegó hasta nosotros en la forma-disforme y atormentada de un sincretismo cultural asustador. El joven carpintero fue transformado en mito, en rey y, por fin, en un dios griego que absorbía en su naturaleza los poderes totales del Mesías, de Yahvé, de Zeus e de Júpiter. Roma se rindió a este sincretismo por la fuerza de las circunstancias, mas con la condición de mantener en sus manos imperiales las redes de la nueva era. La caída del Imperio por la invasión de los bárbaros y la subyugación posterior de Bizancio – aumentando el sincretismo cultural, cuantitativa y cualitativamente por la turbulencia y la vitalidad de los pueblos bárbaros, se completó en la desfiguración mitológica del Cristianismo, de manera irremediable, en el trágico totalitarismo sagrado del medioevo. Por esto, cuando los primeros vientos del Renacimiento comenzaran a soplar sobre Europa orientalizada, afectando la estructura gigantesca y toda poderosa de la Iglesia, la insurrección luterana desencadenó las fuerzas adormecidas de la renovación de los tiempos. Y cuando un joven seminarista, Ernest Renan, resolvió pasar en limpio la Historia Cristiana, no solo fue quemado en la plaza pública porque, como señaló Kardec, la cola de la inquisición ya se arrastraba en tierras Españolas.

Sin la comprensión rigurosamente histórica de este vastísimo y trágico panorama, sin las fantasías mitológicas y aliviadas de las toneladas de quincallerías sagradas con que Roma lo asfixiara, no podríamos comprender la formación del mundo moderno,

de cuyas entrañas nacemos para descifrar los enigmas aturdientes de la Esfinge Romana. La Loba nos devoraría con la impiedad de los Césares.

Los muertos resucitan, no en el final de los tiempos, en el último día, puesto que harían su resurrección en el vacío, en el mundo sin tiempo o en el tiempo sin mundo? Y de que les serviría resucitar, al final de los milenios con sus miserables cuerpos dolientes y deformes, a los cuales Dios, en un exceso de crueldad, concedería la vida eterna con sus enfermedades y achaques?

Esta idea espantosa, que parece derivarse de las tragedias griegas, salió de la cabeza de teólogos iluminados por las hogueras medievales, ante la lección de Jesús a Tomás, quien tuvo que tocar con los dedos las llagas de la crucifixión en las manos del maestro, para creer que era el mismo Jesús quien allí se presentaba, en el cenáculo de los apóstoles. A pesar de las muchas manifestaciones de muertos resucitados en estado de pureza y belleza etérea, que ocurrían en el culto pneumático o culto de los Espíritus, en la era apostólica, los teólogos bizcos creyeron que los muertos tendrían que resucitar con sus marcas y achaques. Y como Dios les confería la vida eterna, continuarían así por la eternidad. Es tan obtusa esta deducción que nos cuesta creer que tantos hombres estudiosos, tantos maestros del pasado y del presente hubiesen endosado y enseñado al pueblo esta burralidad sumaria. Untersteiner, en *La Fisiología del Mito*, intentó esclarecer la función racional del mito en el desenvolvimiento de la cultura. Dónde colocamos todo esto: razón, fe y cultura, frente de un jorobado, como el de la Catedral de Notre Dame de Paris, en la ficción de Víctor Hugo, resucitado con su cuerpo deforme para arrastrarlo por la eternidad? Y qué decir del suplicio de los muertos que tuvieron que sufrir la descomposición de sus cuerpos en la tierra durante milenios, a la espera de este premio terrorista de una recomposición divina de sus miserias y achaques *eternizados*? Todo esto no merecería el gasto del papel y la tinta que estamos haciendo, no fuese la aceptación maciza e inconsciente de estas y otras cosas semejantes que los teólogos inventaran y los clérigos sembraran en el mundo. El simple hecho de tratarse de esto ya es ridículo, mas deberemos expo-

nernos al ridículo cuando el amor a la verdad y el amor al prójimo nos exige este sacrificio. Los nuevos teólogos, surgidos del infierno de la II Guerra Mundial, se levantaron contra estos absurdos, mas a su vez propusieron el absurdo mayor de la Muerte de Dios. El Padre Teilhard de Chardin procuró contribuir a la renovación teológica en nuestros días, mas por poco no fue excomulgado. La Iglesia Eterna no abre sus ventanas a los vientos renovadores. No puede dejar de ser lo que fue. Las corrientes del pensamiento renovador no son aceptadas por la Iglesia.

Las lecciones de Jesús sobre la resurrección de los muertos abarcan los problemas de la resurrección propiamente dicha y de la reencarnación. Los textos evangélicos son de absoluta claridad. En el caso de Juan el Bautista como reencarnación de Elías, en el del ciego de nacimiento, en el diálogo limpio e incorruptible con Nicodemo y en otros pasajes, mas particularmente en la discusión con los apóstoles al respecto de él mismo, Jesús no dejó dudas posibles, mas los teólogos se incumbieron de crear las dudas que la Iglesia siembra hace casi dos milenios. Si Jesús no concordase con el principio, habría corregido a los discípulos, como lo hizo de manera enérgica en tantas ocasiones. Jesús oyó pacientemente lo que decían de él: antiguo profeta que resurgiera de los muertos (reencarnación), el Cristo, Hijo de Dios (encarnación mesiánica), no habiendo en esta, en virtud de su misión, el problema de las pruebas. Después de la crucifixión, las pruebas individuales concretas de su resurrección en el cuerpo espiritual. Los teólogos, ignorando las leyes de estos fenómenos e imbuidos de supersticiones mitológicas, no percibieron que Jesús aprobara la tesis reencarnacionista, confirmando sin embargo, como cierta, la de la encarnación mesiánica, que era su caso. Más tarde todo se esclarecería con las pruebas dadas a los discípulos, al comenzar por Magdalena, de que resucitara en espíritu, como todos resucitaremos. Tampoco percibieran que, en el caso de la transfiguración en el Tabor, con la prueba de la resurrección de Moisés y Elías, y con su propia transfiguración en el cuerpo espiritual, anticipara la demostración práctica de lo que teóricamente enseñaba. En aquel tiempo los judíos confundían, como

observa Kardec, reencarnación con resurrección. Se comprende que los teólogos cristianos continuaban y continúan, hasta hoy, ayunando en el asunto, como los judíos antiguos. Conviene recordar, también, la afirmación de Jesús de que podría destruir y reconstruir su templo en solo tres días. Todo esto escapó a los teólogos y a los clérigos cristianos, quienes hasta hoy, con raras excepciones, nada aprendieron al respecto. La respuesta de Jesús a Nicodemo, advirtiéndolo de que, si no lo entendía cuando hablaba de las cosas de la Tierra (reencarnación como nuevo nacimiento en la carne y en el espíritu), cómo quería entender las cosas celestes. Esta advertencia continua pesando sobre las iglesias cristianas actuales en todo el mundo.

Le cupo al Apóstol Pablo explicar, en la I Epístola a los Corintios, que tenemos cuerpo material (animal) y cuerpo espiritual, y que este cuerpo, el espiritual, sería el cuerpo de la resurrección. Con esta explicación, Pablo, que había reconocido en la Entrada de Damasco al Cristo en el esplendor de su cuerpo espiritual, enseñaba a los cristianos de la iglesia de Corinto que Jesús había resucitado al tercer día en su cuerpo espiritual y no en su cuerpo carnal. Si los corintios comprendieron esto no lo sabemos, mas sabemos con certeza absoluta que las Iglesias Cristianas de nuestros días aún no han percibido nada de este grave e importante problema, que sería suficiente para renovar sus Iglesias secretas. Hasta ahora las Iglesias hacían, en la Semana Santa, la Procesión del Señor Muerto, enterrando de nuevo, simbólicamente, el cuerpo de Jesús.

La Ciencia Espírita probó científicamente que los espíritus, en sus apariciones tangibles, como ageneres, se muestran capaces de hacer todos los actos de una persona viva encarnada: comen, beben, estrechan las manos de los amigos, conversan, parten el pan y así por delante. Porque Jesús hizo todo esto en su cuerpo espiritual, teólogos y clérigos andan pregonando hasta hoy que resucitó en la carne. Entretanto, la resurrección de entre los muertos, en la carne, nada tiene que ver con las apariciones tangibles, puesto que la reencarnación del muerto en nuevo nacimiento carnal.

Todos moriremos, mas todos resucitaremos. Por esto no somos mortales, sino inmortales. Mortal es el cuerpo material de que nos servimos para – según las Filosofías Existencialistas, – proyectarnos en el plano existencial. En la Tierra, solo existimos cuando integramos la humanidad encarnada. Los filósofos existenciales, hasta el materialista Sartre, están obligados a admitir una anterioridad de nuestro ser (dónde y cómo?) para podernos proyectar en la existencia. Sartre dice apenas que, antes de existir, somos *en-si*, una cosa viscosa y cerrada en si misma, que se proyecta en el *para-si*, la existencia material, para hacer el trayecto de la vida en dirección a la muerte, buscando la síntesis del *en-si-para-si*, que sería nuestro pasaje para el plano divino. Mas Sartre cree que el hombre es una pasión inútil, pues no consigue alcanzar la divinidad. A pesar de su confusión, Sartre es más coherente en esta tesis que los teólogos cristianos. Pues estos nos entierran y nos sacramentan para hacernos dormir en las catacumbas hasta el Final de los Tiempos, a la espera del Juicio Final.

Mas la más difícil tarea de la Educación para la Muerte será precisamente la de quebrar este condicionamiento milenario, integrando a los hombres en una visión más realista de la vida. Los hechos son de todos los tiempos y están al alcance de todas las criaturas dotadas del buen sentido. Hoy, gracias a la apertura científica producida por el avance acelerado de las Ciencias, no se puede admitir que personas razonablemente cultas continúen amarradas – como acontece en la Parapsicología, – al sincretismo teológico del Tomismo de Tomás de Aquino, como acontece con Robert Amado en Francia o a las teorías peripatéticas del viejo René Sudre, que regresa al tocar su organillo oxidado en nuestros días. El organillo de Sudre fue desmontado por Ernesto Bozzano en el siglo pasado, de manera irremediable, con la técnica, la lógica y la precisión matemática de Bozzano. Mas el viejo porfiado aún lo pone a funcionar, para deleitar los oídos esclerosados que no perciben el sonido rascante de las piezas carcomidas por el óxido. “Morir no es morir, amigos míos. Morir es cambiarse”, exclamó Víctor Hugo después de las experiencias espíritas de su exilio en la isla de Yérsey. Lombroso,

conteniendo la emoción, abrazó a su madre materializada en la casa del Prof. Chiaia, en Milán. Frederic Figner, judío ortodoxo, se tornó espírita en una sesión en Belén del Pará, en donde la médium Ana Prado le devolviera a su hija muerta, la niña Raquel, quien regresó para abrazarlo a él y a su esposa, sentándose en cuello de ambos y advirtiéndole a la madre que debería quitarse el luto, pues ella, Raquel, como probaba en aquel momento, no muriera. Richet, el fisiólogo del siglo, escribió a Schutel: “La muerte es la puerta de la vida.” Rhine, Pratt, Carrington y Price, en la actualidad, comprobaron y sustentan con pruebas en las manos la sobrevivencia del hombre a la muerte del cuerpo material. Lord Daofinng, en la batalla de Londres, de la II Guerra Mundial, conversó con sus pilotos muertos sobre el territorio alemán. Estarían todos alucinados, habrían perdido el sentido y la capacidad de discernimiento para aceptar trapacerías indignas? Seremos acaso mejor dotados que estas grandes figuras de nuestra vida cultural? De qué elementos disponemos para rechazar nuestra sobrevivencia? Que contra-pruebas podremos oponer a nuestro derecho de superar la muerte – la destrucción total del ser humano –, en un Universo en que nada se destruye?

FIN

Notas:

-
- ¹ Consúltese, a propósito, el libro de la Dra^a Lynn Schroeder y Sheila Ostrander, lanzado por la Editorial de la Universidad Prentice Hall, en los Estados Unidos, y ya traducido para nuestra lengua por la Editora Cultrix, de Sao Paulo: *Descubrimientos Psíquicos detrás de la Cortina de hierro*. Las autoras son pesquisidoras científicas de la referida Universidad y verificaron estos hechos en visita oficial a la URSS.

- ² En el momento en que el Autor escribía este capítulo, no había sido elegido el sustituto de Pablo VI. (N.E.)